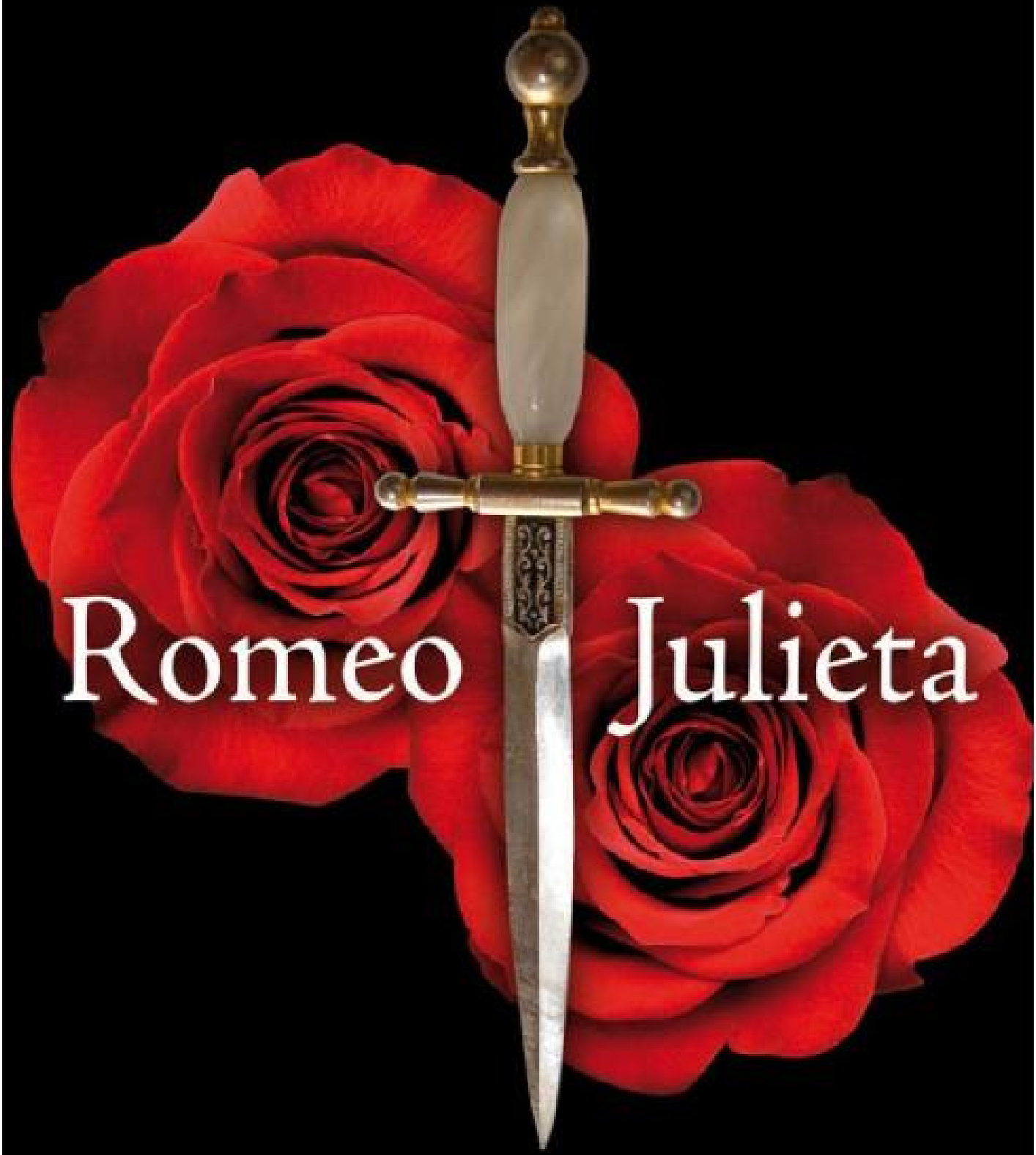

Romeo y Julieta

William Shakespeare

Traducción

Pablo Neruda

Table of Contents

Romeo y Julieta

Introducción

Nota sobre la traducción

Romeo y Julieta

- Personajes
- Prólogo
- Acto I
  - Escena I
  - Escena II
  - Escena III
  - Escena IV
  - Escena V
- Acto II
  - Escena I
  - Escena II
  - Escena III
  - Escena IV
  - Escena V
  - Escena VI
- Acto III
  - Escena I
  - Escena II
  - Escena III

Escena IV
Escena V
Acto IV
Escena I
Escena II
Escena III
Escena IV
Escena V
Acto V
Escena I
Escena II
Escena III
Notas

BIBLIOTECA
UNIVERSAL

Biblioteca Universal.net es un sitio web en el que podrás encontrar una gran variedad de libros en formato digital. Contamos con una recopilación en aumento de más de 7000 libros en español los cuales podrás descargar en formato PDF o EPUB para luego agregarlos a tu dispositivo favorito.

Tengas un smartphone, una tablet o un e-book llevá tu lectura siempre con vos!

Vas a poder acceder a todos los ebooks pudiendo seleccionar por variados filtros y en forma ordenada para tu comodidad. La suscripción te permitirá el acceso a la descarga de los libros que quieras.

Cada mes se cargan nuevos libros para la colección universal y tu satisfacción.

William Shakespeare, Romeo y Julieta.

Uno de los más hermosos dramas del inglés, que muestra el trágico amor de dos adolescentes en la Verona medieval. Neruda declaró: «Lo he traducido con devoción para que las palabras de Shakespeare puedan comunicar a todos, en nuestro idioma, el fuego transparente que arde en el as sin consumirse desde hace siglos».

Título original: *The Most Excellent and Lamentable Tragedie of Romeo and Juliet* William Shakespeare, 1597

Traducción: Pablo Neruda

Diseño de portada: Piolin

Editor digital: Ninguno

Corrección: Ninguno, winchester815, DiabloKhel

Introducción

LEOPOLDO BRIZUELA

Los más grandes poetas, declara George Steiner, son aquellos que consiguen crear mitos. ¿Qué elogio sería digno, entonces, de William Shakespeare? Ya desde mucho antes de su muerte temprana el pueblo inglés, aun sin haber asistido a ninguna de sus piezas, sabía qué era ser un «Shylock» o un «Otelo», o a qué se refería quien hablase de «una historia de Montescos y Capuletos» o «una arbitrariedad como la del Rey Lear»… Pero con el correr de las décadas, y tras la publicación más amplia de sus piezas teatrales, el propio Shakespeare se convirtió en un mito, la representación del punto más alto de creatividad y comprensión a que puede llegar un ser humano, el médium que al fin ha conseguido escuchar la voz de las cosas, la que dejamos de oír

cuando nos expulsaron del edén, y traducirla para nosotros en una lengua también casi divina.

Sólo el genio podría explicar el genio. Pero los escasos datos de que se compone la biografía de William Shakespeare sirven, en cambio, para pintar una época que favoreció el desarrollo del suyo, como ninguna otra quizás hubiera podido hacerlo. Según consta en actas de bautismo, Shakespeare nació en la primavera de 1564 en la remota villa rural de Stratford-on-Avon. En ese ambiente, parroquial y férreamente tradicionalista, su padre destacaba por ser un católico, y sobre todo, por encarar los negocios como una forma de aventura en la que, incesantemente, prosperaba. Algo de este espíritu se percibe como el principal rasgo de carácter del William adolescente, en su aplicación voraz a los estudios a que podían iniciarlo los mediocres maestros del pueblo (sobre todo el de las lenguas antiguas, que le descubren la alta poesía y los misterios de la traducción); en su temprano deseo de forjarse un destino completamente distinto al de sus paisanos; y luego, sin que mediara al parecer razón forzosa, en su traslado a Londres, hacia 1592, y cuando ya contaba con mujer y dos hijos. Según los testimonios, poetas y dramaturgos consagrados se burlaban de él «por ignorante y provinciano»; hoy parece evidente que sólo un forastero, urgido por una necesidad

de aprender antigua como sus días y acaso como varias generaciones de su gente, pudo haber captado tantas maravillas como las que él captó de la capital inglesa; y sobre todo, aquellas otras que, día a día, barcos de exploradores, barcos de conquistadores, barcos de piratas, dejaban en sus muelles a los pies de la Reina Isabel.

Entre todos estos «prodigios modernos» de Londres, acaso nada maravilló más a Shakespeare que el mismo teatro, que, como espectáculo estable —es decir, ofrecido regularmente por compañías consolidadas, bajo el patrocinio de uno u otro gran señor, y en edificios creados ex profeso— era casi tan joven como el propio Shakespeare. Que él muy pronto consiguiera trabajo como actor y empezara a esbozar sus primeras piezas no debe hacernos olvidar que en forma paralela, y con idéntica seriedad, encaró una labor de poeta ejercida hasta el fin de sus días:

«Venus y Adonis», un poema que alcanzó gran notoriedad, se publicó en 1593, casi al mismo tiempo que *Enrique VI*, su primera obra, subía a escena. Pero lo cierto es que los teatros parecen haber sido su verdadera escuela, y sus compañeros de las dos compañías que integró, la del Lord Chambelán y la de los Hombres del Rey, sus mejores maestros. De allí y de ellos, Shakespeare tomó la idea de un teatro que ante todo era poesía puesta en escena, música verbal interpretada por

esos complejísimos instrumentos: los actores. Un teatro sin escenografía, en donde el espacio físico se construya con una poesía tan poderosa como para decir «luz» y que la luz se hiciera. Un teatro como un laboratorio en donde se fundían, no siempre armónicamente, las más variadas tradiciones teatrales —literarias, gestuales, musicales, etcétera— recogidas por las antiguas compañías ambulantes de los cuatro extremos de Inglaterra. Un teatro que no pretendía ser un reflejo del mundo de los espectadores, sino un bellísimo artificio que lograba convencer, no por el simple uso de elementos reconocibles sino porque desplegaban metáforas que, conmoviendo, revelaban «correspondencias» con la verdad más profunda de cada espectador. En este teatro, en estas compañías, donde «las grandes aventuras fueron siempre interiores», escribió más de treinta obras entre las que, por cuestiones de brevedad, sólo citaremos las grandes tragedias, *Romeo y Julieta* (1594), *Hamlet* (1603) *Otelo* (1604) *Macbeth* (1605) y *El rey Lear* (1605). En 1609, cuando ya se ha convertido en un hombre rico que pasa largas temporadas en su finca de Stratford, da a conocer sus *Sonetos*, una de las cumbres de la poesía universal, y poco después, *La tempestad*, una «comedia» que es su testamento y

para muchos, su *opera magna*. En cuanto a él, no sabemos si, como el resto de sus contemporáneos, consideraba la lírica un arte superior; lo cierto es que sus obras teatrales sólo fueron recopiladas en ediciones póstumas, pues hasta entonces apenas circulaban varias de ellas en volúmenes individuales, de los que a algunos se los juzga ediciones pirata y a otros se les reconoció valor tardíamente.

En cierta medida, aun el menosprecio con que por entonces se miraba el teatro, y aun su precariedad, fueron para Shakespeare un verdadero beneficio. A la ausencia de reglas rígidas como las que condicionarían, en épocas posteriores, ciertos géneros teatrales «consagrados», debemos las tres características más obvias de su dramaturgia: la desmesura, la libertad para experimentar con materiales provenientes de los ámbitos culturales más opuestos, y, en fin, la originalidad con que consigue amalgamarlos en obras, por lo demás, siempre distintas. Los manuales suelen destacar que, antes de *Romeo y Julieta*, el amor era tema de comedia o de «géneros bajos»; hacer del amor tema de tragedia, y de tragedia con un fuerte cariz político, es un gesto típico de Shakespeare, para quien no existían barreras fijas entre artes, ni otra jerarquía que la que establece la potencia comunicativa de signo. En efecto, su identificación con la «alta cultura»

suele hacer olvidar el fuertísimo arraigo de Shakespeare en la cultura oral y en los

«géneros marginales». Como los trágicos griegos, Shakespeare nunca trabajaba con historias enteramente inventadas por él: de ahí que cada edición de sus obras venga precedida, tradicionalmente, por una larga enumeración de «fuentes» literarias.

Pero mientras que Esquilo, por ejemplo, recreaba un mito de carácter sagrado, y Racine, a su vez, recrearía mitos ya elaborados por los trágicos griegos, Shakespeare toma como punto de partida fuentes nada «canónicas», apenas prestigiosas: alguna comedia del latino Plauto, sí, alguna crónica histórica de la vieja Inglaterra, notoriamente las de Holinshed; pero sobre todo, cuentos populares como los que todavía se contaban usualmente en el campo y, siglos más tarde, recopilarían Charles Perrault, los Hermanos Grimm o, ya en nuestro siglo, Italo Calvino. Es el caso de *Romeo y Julieta*: su fuente más lejana es *Il novellino*, compilación de cuentos tradicionales de Massuccio de Salerno (1476), de donde luego tomó el argumento Luigi da Porto (1524), de quien a su vez la recogió Luigi Grotto (1578) y así una serie de recopiladores o recreadores ignotos que sin

embargo consiguieron volverla, para la época en que Shakespeare decidió llevarla a escena, «una leyenda inmensamente popular».

Más aún: la influencia de estas «fuentes literarias» sobre Shakespeare parece infinitamente menor que el influjo de un sinfín de saberes que mucho tiempo después la ciencia llamaría «folclore», y que, lejos de limitarse al ámbito de la narración de historias o las diversas formas de la representación, se extiende a todo el conocimiento humano. Se sabe que la «pócima para fingirse muerto y evitar un matrimonio no querido», pertenece a un viejo cuento popular; que la muerte conjunta de amantes recrea, no tanto el viejo mito de Píramo y Tisbe, como un cúmulo de fábulas tanto italianas como inglesas. Pero ¿qué otros recursos del arte popular, que quizá por menosprecio nunca consignaron los libros, alentaron la creación de, por ejemplo, *Romeo y Julieta*? ¿Qué formas de la lírica popular se enhebran con el «pentámetro yámbico» de Shakespeare, hasta dar esa sensación de que toda la obra es, sí, una exaltada balada de amor sin música? ¿De qué género popular, tan parecido al melodrama, tomó ese recurso de la constante alternancia, según el cual nunca a una escena sigue otra semejante —y que Dickens tomaría como principio rector de sus propias novelas? ¿A qué «números» y habilidades de juglares y acróbatas remontan los pregones y las escenas de esgrima? ¿No parece haber, en la raíz del extrañísimo personaje de Fray Lorenzo, con tan poco de sacerdote y tanto menos de católico, algún otro «tipo» del teatro inglés medieval, quizás un brujo, quizás una celestina, quizá una original mezcla de ambos? La teoría de que la variedad del teatro de

Shakespeare evidencie la existencia de varios autores ha caído en descrédito; pero *Romeo y Julieta* deja sentir, sí, esa alegría de la creación en cofradía, en que los actores enseñan e inspiran al autor y el autor les devuelve personajes maravillosos que encauzan y acrecientan todo su talento.

Ahora bien. Así como es errado pensar que el teatro de Shakespeare quisiera

«reflejar el mundo», mucho más equivocado es, por supuesto, decir que *Romeo y Julieta* transcurre en la Italia medieval. En realidad, transcurre en la Italia que un inglés como Shakespeare podía imaginar, con el material de sus limitados conocimientos, que muy probablemente no quisiera profundizar, y es más, con toda una serie de prejuicios compartidos por sus contemporáneos y compatriotas. La

Italia de la obra —como la de *Otelo*—, es ese Sur de Europa donde las fuerzas de la Naturaleza, y entre ellas, las pasiones humanas, se desatan ciegamente; en oposición a la Escocia de *Macbeth* o a la Dinamarca de *Hamlet*, cuyos personajes se abisman en el tramado de sutiles intrigas o en complejísimas introspecciones, los personajes de *Romeo y Julieta* actúan atravesados, forzados por pasiones que apenas se detienen a analizar, anteriores y mucho más poderosas que cualquier cálculo. Italia, para Shakespeare, es también la tierra del arte, que por supuesto no conoció pero que imaginó como otro aliciente para el goce de los sentidos. De ahí que el coro pinte a Verona —cuyo nombre es casi sinónimo, incluso en inglés, de

«verdad»— con un solo adjetivo, «bella»; y de ahí que de inmediato denuncie que, bajo la belleza y la verdad aparentes, no existe el entramado racional de una ley, sino la oscura red del odio y sus continuas catástrofes. Del mismo modo, la Edad Media que imagina Shakespeare es un medioevo tardío, en que ya la ciudad y el Príncipe priman sobre los señores feudales; un medioevo imaginado a partir de ciertas tradiciones inglesas y de los resabios que ese período histórico había dejado sobre la Inglaterra isabelina. Por último, y por sobre todo, Italia es para Shakespeare la tierra de dos géneros literarios que ama, y que se funden en *Romeo y Julieta*: la lírica petrarquista, amorosa y refinada, consolidada en la forma

«soneto» que emplean el coro y los amantes en varios de sus parlamentos; pero sobre todo, la del cuento popular. A propósito: la maestría verbal de Shakespeare, su capacidad de crear personajes tan complejos y distintos entre sí, ha sido mucho menos destacada, por alguna razón, que su genio de cuentista, urdidor de historias que, como la obra que nos ocupa, merecen equipararse, por su precisión y

economía, a las mejores de Charles Perrault o los Hermanos Grimm; y por su disposición, ambientación y su perfecto *in crescendo*, a las de un Edgar Allan Poe.

Ahora bien: si consideramos exclusivamente esa trama de *Romeo y Julieta*, tal como la recontaron «para los niños» Charles y Mary Lamb, comprendemos que aunque sus protagonistas sean, quizás, los enamorados más famosos de la literatura, la pieza no puede considerarse una «historia de amor» en sentido estricto. Desde la presentación a cargo del coro, que adquiere las dimensiones de un narrador y apela a un público contrario a la «clase noble» (probablemente la floreciente burguesía de la Londres isabelina, y, posiblemente, el pueblo raso),

sabemos que la obra narra un conflicto político entre dos grupos, y de cómo su manera de entender y conservar ese poder —que coincide con la vieja mentalidad feudal— arrastran invariablemente a las nuevas generaciones a la muerte y a la autodestrucción. A lo sumo, podría decirse que, si largos parlamentos de la obra se ocupan, como lo harían los *Sonetos* publicados en 1609, de la naturaleza de la pasión amorosa, su relación con la trama política echa luz sobre un tema más vasto: las relaciones entre amor y poder, entre deseo y cultura. Ese hábito típico del «cuento de hadas» (como se lo llama en inglés) de incluir condes y duques como protagonistas sirve perfectamente a este propósito político de Shakespeare.

Que en la nobleza un matrimonio implique una alianza de patrimonios y de factores de poder, que el deseo íntimo de los novios, en el caso de ser contrario a los dictámenes de las bodas acordadas por «poderes superiores», los inste a subvertir ese ideal de perduración, y por lo tanto, ponga en riesgo un plan de importancia social, obliga al público a pensar la relación entre la reproducción biológica y social que exige de sus miembros toda comunidad humana, y sobre la coincidencia o disidencia de ésta con el deseo personal —conflicto que, por supuesto, puede darse en todas las clases sociales.

Como sucede en esos cuentos populares, los personajes de Romeo y Julieta son, en general, caracteres «planos», mucho menos ricos que, por ejemplo, los protagonistas de las tragedias posteriores de Shakespeare; siguiendo el criterio del teórico ruso Vladimir Propp, quizá cabría hablar, no de «caracteres», sino de

«actantes», esto es, de personajes que importan, y son definidos, por las acciones que los integran a la trama, con la particularidad, ya mencionada, de que muchas veces ni siquiera parecen ser ellos quienes «actúan», sino verdaderas «fuerzas superiores» —el amor, el odio—

que apenas los usan como instrumentos. En este sentido, la crítica ha llegado a decir que en *Romeo y Julieta* hay sólo dos verdaderos caracteres: por un lado, las dos familias nobles, y por otro, los dos amantes disidentes —y hasta cierto punto la clasificación tiene su validez.

Montescos y Capuletos se igualan en el odio visceral, en la infinita serie de crímenes que éste los obligó a cometer y de traumas que les obligó a sufrir y, como resultante de todo ello, en una compulsión a la violencia y al asesinato tan antigua que ya la confunden con su propia naturaleza. Por otro lado, los dos amantes, desde el mismo momento en que se conocen y, sobre todo, desde el primer beso, están atravesados por el amor, un amor absoluto y avasallante que tampoco permite

ni pensar ni actuar en otro sentido. En términos de discurso, ambos «personajes colectivos» son también muy diferentes: Montescos y Capuletos, personajes de la batalla, hablan en la prosa, o la casi prosa, de las grandes épicas; Romeo y Julieta, desde el mismo momento en que se enamoran, se vuelven poetas, y comienzan a hablar, no como quien emplea palabras indudables para nombrar cosas conocidas, sino como quien inventa palabras nuevas para nombrar realidades aún inexpresadas. Sin embargo, cabría decir también que, de los dos amantes, Julieta es asimismo menos compleja que Romeo: cambia radicalmente, pero en ambos estadios, es un personaje plano, elemental, sin contradicciones. Romeo, en cambio, mucho más cercano a Hamlet o a Miranda, sufre, aprende, cambia y quizás, al final, vence.

George Steiner, en un libro reciente, deplora que en toda la obra de Shakespeare no haya un solo personaje de maestro, con la excepción —ciertamente dudosa— del Próspero de *La tempestad*. Podríamos pensar, en este sentido (¿concepción esperable de ese casi autodidacto que fue Shakespeare?) que, como en las alegorías, Amor es el verdadero maestro de Romeo, que su historia puede definirse como la de un aprendizaje, y que él mismo se vuelve, después de la

«lección» dada con su propio suicidio, el Maestro que imparte las leyes para una nueva Verona. Antes de conocer a Julieta, Romeo se caracteriza por la

«melancolía», un síntoma menos espiritual que físico, un «amotinamiento del cuerpo» ante las coerciones de la vida social cuya manifestación más grave, a ojos de los otros, es la ausencia de los movimientos colectivos: el baile, las batidas de esgrima. Esta melancolía no implica todavía, en términos ideológicos, ninguna disidencia respecto de su propia familia.

Pero después de ver por primera vez a Julieta, y sobre todo, después del primer beso —como si fuera necesario el contacto físico para conjurar el mal que tortura el cuerpo propio— no sólo comprende qué lo entristecía; la visión de Julieta le muestra, por «correspondencias» (un concepto clave en el mundo isabelino: cada atributo de la amada se parece a un elemento del Universo, y lo revela en sí mismo bueno e «imitable») que el orden social actual es aberrante y que es necesario construir otro, al precio, si es preciso, de la propia vida. Y esa conciencia es en sí misma felicidad. En literatura, se suele decir que el Amor —separado del puro

deseo y del imperativo social de la reproducción— es un invento medieval de la poesía provenzal; y no parece casual que la famosa «escena del balcón»

escenifique el típico esquema del amor cortés, con la Amada-Señora en lo alto y el amante, como un siervo, a sus pies: Romeo ha dejado de acatar las secretas leyes de la bella Verona, para servir a la Madre Naturaleza por la que su cuerpo clamaba. Lo fulminante de la pasión permite reabrir un viejo interrogante: ¿estaba ya Julieta en Romeo, antes de que éste la conociera? ¿Hasta qué punto creamos lo que amamos? Como sea, esta revelación por el amor no impide que, durante el resto de la obra —y a diferencia de Julieta, más negligente respecto del efecto que su muerte fingida causará a los suyos—, Romeo se sienta escindido entre su fidelidad al ideal amoroso y su lealtad y su afecto a sus familiares y amigos, particularmente cuando, por su negativa a combatir, su amigo Mercucio es brutalmente asesinado, y Romeo asesina una vez más para vengarlo. De ahí que el suicidio de Romeo sea no sólo un intento de unirse a la amada sino también un modo de hacer visibles los horrores de la «bella Verona». En verdad, que Romeo muera no significa, en modo alguno, que fracase: al precio de su vida, ha logrado modificar la estructura social, ha salvado a Verona. No en otros términos se suele considerar victoriosa la muerte de otros seres mitológicos o históricos, como Jesús, como el Che Guevara.

Desde su publicación a mediados del siglo XX, la versión de *Romeo y Julieta* realizada por Pablo Neruda, y que se ofrece en este volumen, se considera uno de los monumentos de la cultura latinoamericana, por la belleza y fluidez de los versos pero, sobre todo, por el modo en que logra provocar, con recursos exclusivos de la mejor poesía española, el mismo y maravilloso efecto que la poesía de Shakespeare provoca en el oyente inglés. Desde el punto de vista de Neruda, el teatro de Shakespeare es ante todo música verbal concebida para ser dicha ante multitudes; más aún: para arrebatarlas, ya sea hablando de amor o de guerra. Al solemne «pentámetro yámbico» —el verso más usual en el

teatro de Shakespeare, que consiste en la repetición de cinco pies bisilábicos, acentuados en la segunda sílaba, y que en español sonaría forzado y ridículo—, Neruda prefiere para su traducción el verso endecasílabo, el de aquella lírica petrarquista y del soneto que, ocasionalmente, aparece —como vimos— en el original inglés. Al

mismo tiempo, para quitar solemnidad a las largas tiradas de versos de «arte mayor» (el teatro español de la época de Shakespeare acudía, en general, al octosílabo), Neruda realiza una virtuosa serie de encabalgamientos y súbitos cambios de ritmo, que se suman al ocasional cambio de métrica —como el propio Shakespeare lo hacía al incluir, en muchas de sus obras, breves canciones o letrillas. Por último, es obvio que a la fidelidad estricta al significado de las palabras y expresiones, Neruda a menudo prefirió la fidelidad al sentido general de la frase y sobre todo, al tono de cada parlamento. Así como el arrebatado lirismo de Shakespeare suele remitir a las baladas populares inglesas y a los grandes poetas que lo precedían, el *Romeo y Julieta* de Neruda recuerda al Siglo de Oro español —y a su propia y mejor poesía, desde el lujoso erotismo de *Residencia en la tierra* a la épica encendida del *Canto general*.

Nota sobre la traducción

PABLO INGBERG

Pablo Neruda realizó esta traducción de *Romeo y Julieta* especialmente para el Instituto del Teatro de la Universidad de Chile, cuyos alumnos la estrenaron en Santiago de Chile el sábado 10 de octubre de 1964. Desde ese mismo año, Editorial Losada ha venido publicándola. En líneas generales, esta traducción sigue de cerca el texto inglés. Sin embargo, tal como a menudo suele hacerse con las versiones destinadas a la representación, Neruda suprimió, y en algunos pocos casos adaptó ligeramente o resumió, unos cuantos pasajes de diversa extensión, que en total suman casi seiscientos versos o líneas de prosa. También hizo tres breves agregados de su propio cuño (pregones y canciones), según se verá señalado en respectivas notas al pie. Las omisiones más extensas corresponden a pasajes cómicos, o narrativos que refieren hechos acaecidos en escena, o el declamatorio que sigue a la falsa muerte de Julieta. Las más breves suelen coincidir con juegos de palabras o alusiones mitológicas, probablemente en la idea de que podrían ofrecer dificultades a los espectadores en una representación, quienes obviamente no están en condiciones materiales de detenerse a releer el texto o leer una nota al pie.

A fin de que el lector pueda contar al mismo tiempo con la traducción de Neruda y con un texto que refleje la obra entera, he procedido a

completar lo omitido por él con una traducción de esos fragmentos realizada especialmente a tal efecto, puesta siempre entre llaves para que pueda advertirse a primera vista dónde comienza y dónde termina cada agregado. En los pocos casos en que él adapta o resume y el añadido vuelve redundantes algunos de sus versos, éstos han sido preservados en notas al pie. Me pareció no sólo imposible sino también absurdo y hasta improcedente pretender imitar su estilo de traducción, de manera que hice mi parte a mi propio estilo. Lo más visible de las diferencias entre ambos contribuye incluso a que se distinga con mayor facilidad la traducción inicial de lo agregado: Neruda vierte los pentámetros yámbicos en endecasílabos (a veces sin correspondencia uno a uno con los versos del original sino incrementando su número), muy de tanto en tanto irregulares, con ocasionales rimas asonantes y sin

reproducir las rimas cuando las emplea el autor; las adiciones en verso están en alejandrinos (que siguen uno a uno los del texto inglés), con rima consonante sólo cuando la hay en Shakespeare. Con todo, están respetadas las formas que adoptó Neruda para los nombres y para el tratamiento de la segunda persona del singular y del plural («tú», «usted», «vosotros», aunque él conjuga también en algún que otro caso con el «ustedes»). Asimismo, fueron suprimidas unas pocas acotaciones que él ideó en función de una puesta en escena moderna (por ejemplo «murmullos grabados»), e incorporadas algunas otras indispensables, acaso omitidas no por él sino en el proceso de edición. Por último, además de las notas al pie antes mencionadas, se incluyeron algunas más sobre alusiones mitológicas o juegos de palabras en los añadidos.

ROMEO Y JULIETA

Personajes

Escalus, príncipe de Verona;

Paris, un joven conde, pariente del príncipe; **Montesco**, **Capuleto**, jefes de dos familias enemistadas entre sí; **Un anciano**, primo de Capuleto;

Romeo, hijo de Montesco;

Mercucio, pariente del príncipe y amigo de Romeo; **Benvolio**, sobrino de Montesco y amigo de Romeo; **Tybaldo**, sobrino de la señora Capuleto;

Fray Lorenzo, **Fray Juan**, franciscanos; **Baltazar**, sirviente de Romeo;

Sansón, **Gregorio**, sirvientes de los Capuleto; **Abram**, sirviente de los Montesco;

Pedro, sirviente del ama de Julieta;

Un boticario;

Tres músicos;

Paje de Paris;

Señora Montesco, esposa de Montesco;

Señora Capuleto, esposa de Capuleto;

Julieta, hija de Capuleto;

El ama de Julieta;

{Otros sirvientes de los Capuleto}

{Tres guardias}

Coro;

Ciudadanos de Verona, hidalgos y señoras de ambas familias, enmascarados, pajes, guardias, centinelas y personal del séquito.

La mayor parte de la acción se desarrolla en Verona.

Una parte del quinto acto, en Mantua.

Prólogo

(Entra el coro *).*

Coro:

En la bella Verona esto sucede:

dos casas ambas en nobleza iguales

con odio antiguo hacen discordia nueva.

La sangre tiñe sus civiles manos.

Por mala estrella, de estos enemigos

nacieron los amantes desdichados:

sólo su muerte aniquiló aquel odio
y puso término a la antigua cólera.
Nada sino la muerte de los hijos
pude llevar los padres a la paz.
Dos horas durará en nuestro escenario
esta historia: escuchadla con paciencia,
suplirá nuestro esfuerzo lo que falte.
{ *(Sale)*}.

Acto I

Pregones:

¡Pescados, pescados de plata!
¡Aquí las rosas de Verona!
¡La fragante mercadería!
¡Compre flores! ¡Vendo alegría!
¡Vasijas, tinajas, porrones!
¡Alcancías, platos, platones!
¡Para cristianos y moros
aquí tengo el maíz de oro!
¡Las uvas, las verdes manzanas!
¡Las naranjas y las bananas!
¡Rubíes de fuego, zafiros!
¡Se los cambio por un suspiro!
¡Tapices de Samarkanda!
¡Alfombras de Paparandanga[1]!

Escena I

[Verona, una plaza pública.]

(Entran Sansón *y* Gregorio *, armados con espadas y escudos).*

Sansón:

A fe mía, Gregorio, no seguiremos cargando insultos.

Gregorio:

No. Porque no somos burros de carga.

Sansón:

Quiero decirte: si nos enfurecen, sacaremos la espada.

Gregorio:

Pero mientras vivas no sacarás el cuello del collar.

Sansón:

Me buscan y me encuentran. Pego en el acto.

Gregorio:

Pero no te acalores tan fácilmente.

Sansón:

Un perro de la casa de los Montesco me acalora.

Gregorio:

Acalorarse es moverse. El valiente se queda en su sitio. Por eso, la verdad es que si te mueves, te escapas.

Sansón:

Un perro de esa familia me dejará en mi sitio. Me arrimaré a la pared cuando me encuentre con cualquier siervo o sierva de los Montesco.

Gregorio:

Lo que demuestra que eres un pobre esclavo, porque el más débil es el que se arrima a la pared.

Sansón:

¡De veras! Por eso a las mujeres, que son frágiles cristales, hay que empujarlas contra el muro. Yo sacaré de la pared a los hombres de los Montesco y a sus mujeres las arrimaré contra la pared.

Gregorio:

La pelea es entre nuestros amos y también entre nosotros los sirvientes.

Sansón:

Es lo mismo. Quiero que me tomen por tirano. Cuando haya peleado con los hombres, seré cruel con las muchachas. Les romperé las cabezas.

Gregorio:

¿Las cabezas de las muchachas?

Sansón:

Sí, las cabezas de las muchachas o bien les romperé algo mejor. Tómalo como quieras.

Gregorio:

Ellas lo tomarán como lo sientan.

Sansón:

A mí me sentirán cuando me tengan encima. Ya se sabe que tengo bien puesto mi pedacito de carne.

Gregorio:

¡Saca tu herramienta! Llegan dos de la casa de los Montesco.

(Entran Abram *y* Baltazar *, sirvientes de los Montesco).*

Sansón:

Pongamos la ley de nuestra parte. Que comiencen ellos.

Gregorio:

Frunciré el entrecejo cuando me miren y que lo tomen como quieran.

Sansón:

No. Como se atrevan a tomarlo. Me morderé el dedo pulgar delante de ellos. Esto es una ofensa. A ver si la soportan.

Abram:

Señor, ¿se muerde por nosotros el pulgar?

Sansón:

Señor, me estoy mordiendo el dedo pulgar.

Abram:

Señor, ¿se muerde por nosotros el pulgar?

Sansón *(aparte a* Gregorio *)***:**

¿Está la ley de nuestra parte si le digo que sí?

Gregorio *(aparte a* Sansón *)***:** No.

Sansón:

No, señor, no me muerdo el pulgar por ustedes, señor. Pero me muerdo el pulgar, señor.

Gregorio:

¿Quiere pelea, señor?

Abram:

¿Pelea, señor? No, señor.

Sansón:

Pero si usted lo quiere, señor, estoy con usted. Sirvo a un patrón tan bueno como el suyo.

Abram:

Pero no mejor.

Sansón:

Bueno, señor.

(Entra Benvolio *).*

Gregorio *(aparte a* Sansón *)***:** Di «mejor». Aquí viene un pariente del amo.

Sansón:

Sí, mejor, señor.

Abram:

Mientes.

Sansón:

Saquen la espada, si son hombres.

Gregorio:

Acuérdate de tu golpe maestro.

(Se bate).

Benvolio:

¡Apártense, idiotas!

(Les baja las espadas con la suya).

¡Guarden las espadas! ¡No saben lo que hacen!

(Entra Tybaldo *).*

Tybaldo:

¿Tú, espada en mano entre estos viles siervos?

Vuelve, Benvolio: ¡enfréntate a tu muerte!

Benvolio:

Sólo quiero la paz, guarda tu espada

o con ella apartemos a estos hombres.

Tybaldo:

¿Espada en mano, hablas de paz? Yo odio

esta palabra paz como al infierno,

como a ti y los Montesco. ¡Ven, cobarde!

(Se baten. Entran varias personas de ambos bandos que se unen a la refriega. Entran ciudadanos armados con garrotes).

Ciudadano 1.º:

¡Ciudadanos, con garrotes y picas, apaleadles, pegadles! ¡Mueran los Capuleto!

¡Mueran los Montesco!

(Entran el viejo Capuleto *, vestido con bata de casa, y la señora* Capuleto *).*

Capuleto:

¿Qué ruido es éste? ¡Denme mi espada grande!

Sra. Capuleto:

¿Por qué pides espada? ¡Un palo! ¡Un palo!

Capuleto:

Mi espada, he dicho. ¡Llega el viejo Montesco y con su espada quiere provocarme!

(Entran el viejo Montesco *y la señora de* Montesco *).*

Montesco:

¡Villano Capuleto! ¡No me tomes, apártate!

Sra. Capuleto:

¡No moverás un pie hacia el enemigo!

(Entra el príncipe Escalus *con su séquito).*

Príncipe:

¡Enemigos de la paz, rebeldes súbditos!

¡Con sangre ciudadana habéis manchado

las espadas! ¿No oís? Hombres no sois,

sino bestias sedientas cuyo encono
quiere apagar su fuego con la sangre
de vuestras propias venas.
Arrojad, bajo pena de tormento,
de las manos sangrientas las espadas
y oíd a vuestro príncipe que sufre.
Con riñas, hijas de palabras vanas,
tú, viejo Capuleto, tú, Montesco,
tres veces habéis roto la quietud
de nuestras calles y habéis incitado
a los viejos vecinos de Verona
a arrojar sus severos paramentos
poniendo en viejas manos armas viejas;
aquellas que la paz había oxidado
ahora las oxida el odio vuestro.
Si otra vez nuestras calles perturbáis,
pagaréis con la vida el desacato.
Por ahora esto basta. Idos todos.
Tú, Capuleto, seguirás conmigo.
Montesco, por la tarde ven a verme
a la Audiencia común de Villafranca
y sabrás mi sentencia en este caso.
Bajo pena de muerte, una vez más
repito: Nadie más en este sitio.
(Salen todos, menos Montesco *, su* mujer *y* Benvolio *).*

Montesco:

¿Quién volvió a despertar riña tan vieja?
Sobrino, ¿estabas tú cuando empezó?

Benvolio:

Ya los sirvientes de nuestro adversario,
cuando llegué, peleaban con los nuestros.
Cuando los aparté yo con la espada,
Tybaldo, el cruel, desenvainó la suya
silbando el desafío en mis orejas,
enarbolándola y cortando el viento
que se burlaba de él sin que lo hiriera.
Luego entre golpe y golpe otros vinieron
peleando en este bando o en el otro
hasta que vino el príncipe a apartarlos.

Sra, Montesco:

¿Y dónde está Romeo? ¿Tú lo has visto?
¡Qué alegría, no estuvo en esta riña!

Benvolio:

Señora, una hora antes de que el sol
la áurea ventana del oriente abriera,
una preocupación me llevó andando
donde al oeste de Verona arraiga
el bosque de elevados sicomoros.
Allí encontré a Romeo tan temprano.
Corrí a su encuentro, pero, al divisarme,

se escondió en la espesura del follaje, y midiendo sus penas por las mías,

que buscaban consuelo sin hallarlo,

cansado de mí mismo y de mi hastío

seguí mis pensamientos sin seguirle

y huí contento del que alegre huía.

Montesco:

Muchos le han visto con el alba allí

aumentando el rocío con sus lágrimas.

Grande y sombría debe ser su pena

si no tiene ninguno que lo ayude.

Benvolio:

¿Tú conoces la causa, noble tío?

Montesco:

No la sé, ni por él puedo saberla.

(Entra Romeo *a distancia).*

Seré feliz si te confiesa todo.

Quédate, pues. Marchémonos, señora.

(Salen Montesco *y señora de* Montesco *).*

Benvolio:

¡Has madrugado, primo!

Romeo:

¿Es tan temprano?

Benvolio:

Recién suenan las nueve.

Romeo:

Largas me parecen

las tristes horas. ¡Ay! ¿Era mi padre

el que tan rápido partió de aquí?

Benvolio:

Él era, pero, dime, ¿qué tristeza

hace largas las horas de Romeo?

Romeo:

El no tener lo que las hace cortas.

Benvolio:

¿Enamorado?

Romeo:

Sin que…

Benvolio:

¿Del amor?

Romeo:

Sin que me corresponda la que amo.

Benvolio:

Ay, ¿por qué el amor que parece tan dulce

cuando se prueba, es áspero y tirano?

Romeo:

¿Cómo el amor con la vista vendada

puede ver el camino que nos lleva?

¿Hoy dónde comeremos? ¡Ah! ¿Una gresca

hubo aquí? No respondas. Lo comprendo.

Hay que hacer mucho por el odio aquí
y hay mucho más que hacer por el amor.
¿Por qué el amor que riñe? ¿El odio que ama?
¡Y de la nada todo fue creado!
¡Vanidad seria! ¡Levedad pesada!
¡Informe caos de agradables formas!
¡Pluma de plomo! ¡Humo que ilumina!
¡Salud enferma! ¡Fuego congelado!
¡Sueño de ojos abiertos, que no existe!
Este amor siento y no hay amor en esto.
¿Y tú, no ríes?

Benvolio:

No, primo, más bien lloro.

Romeo:

¿Por qué, buen corazón?

Benvolio:

Por tu buen corazón atormentado.

Romeo:

Así el amor quebranta nuestras vidas.
Siento el pecho pesado con mis penas.
¿Tú quieres aumentarlas con las tuyas?
Mi dolor es tan grande que tu afecto
me hace daño. El amor es una nube
hecha por el vapor de los suspiros.
Si se evapora brilla como el fuego

en los ojos que aman, si se ataca
hacen un mar de lágrimas de amor.
¿Qué más es el amor? Una locura
benigna, una amargura sofocante,
una dulzura que te da consuelo.
¡Adiós, primo!
(Yéndose).

Benvolio:

¡Despacio! ¡Voy contigo!
¡Me ofendes si te vas de esta manera!

Romeo:

¡Chist! Me he perdido, yo no estoy aquí.
No soy Romeo. Él anda en otra parte.

Benvolio:

Dime con seriedad, ¿quién es la que amas?

Romeo:

¡Vaya! ¿Voy a llorar para decírtelo?

Benvolio:

¡Dime con seriedad, quién es! ¡No llores!

Romeo:

¿Con seriedad se pide a un hombre enfermo
que haga su testamento?
No son consejos para el que agoniza.
En serio, primo, estoy enamorado.

Benvolio:

¿Anduve cerca cuando lo supuse?

Romeo:

¡Gran puntería! ¡Y bella es la que amo!

Benvolio:

¡Primo, es más fácil dar un lindo blanco!

Romeo:

Bueno, pero errarás, porque no alcanzan
hasta ella las flechas de Cupido.

Benvolio:

Hazme caso: ¡no pienses más en ella!

Romeo:

¡Ay, enséñame tú cómo se olvida!

Benvolio:

¡Deja libres tus ojos que contemplen
otras mujeres!

Romeo:

¡Sería la manera
de hallar más exquisita su hermosura!
Aquellas máscaras afortunadas,
que un rostro ocultan bajo el color negro,
¿no nos hacen pensar que lo que esconden
bajo la oscuridad es la blancura?
No olvidarán los que se quedan ciegos
el tesoro perdido de sus ojos:
muéstrame la más bella entre las bellas,

¿de qué me serviría su belleza
si no para leer como en un libro
que hay otra más hermosa que la hermosa?
¡Adiós! No sabes enseñar olvido.

Benvolio:

Viviré o moriré por enseñártelo.

{(Salen).}

Escena II

[Una calle.]

(Entran Capuleto *, el conde* Paris *y un* sirviente *).*

Capuleto:

Si como yo Montesco está ligado
a castigos iguales, no es difícil
que vivamos en paz dos hombres viejos.

Paris:

Ambos sois igualmente prestigiosos
y es triste esta querella tan antigua.
Pero, señor, responde a mi demanda.

Capuleto:

Te repito lo que antes te dijera:
mi hija no conoce aún el mundo,
ni siquiera ha cumplido catorce años;
que dos veranos más le den sosiego,
aún no ha madurado para esposa.

Paris:

Madres felices hay que son más jóvenes.

Capuleto:

Pero también se marchitaron pronto.
La tierra se tragó mis esperanzas,
sólo me queda ella, que resume
todas las esperanzas de mi tierra.
Pero, cortéjala, querido Paris,
mi voluntad es parte de la suya:
tú debes conquistar su corazón.
Su dulce voz, cuando ella se decida,
habrá dado también mi asentimiento.
Por antigua costumbre hay una fiesta
en mi casa, esta noche, y he invitado
a muchas de las gentes que más quiero
y si tú vienes aumentando el número,
bienvenido, serás el predilecto.
Verás mi pobre casa en esta noche
habitada de estrellas terrenales
que alumbrarán la oscuridad del cielo.
El placer que los jóvenes alegres
sienten llegando abril engalanado
detrás de los talones del invierno
que huye cojeando, y la delicia
de verte entre muchachas en capullo,
sentirás esta noche, allí en mi casa.

Habla con todas. Míralas a todas

y que te agrade la que más merece.

Una más entre tantas es mi hija

a los ojos de todos en el número,

pero, por sus virtudes, una sola.

Vamos, sigamos juntos,

(Dirigiéndose a un sirviente *y dándole un papel).*

y tú, bellaco,

ándate por las calles de Verona,

encuentra a las personas que aquí nombro

y diles que en mi casa las espero.

(Salen Capuleto *y* Paris *).*

Sirviente:

¡Mandarme a mí a buscar a estos cuyos nombres están escritos en esta lista! Está escrito que el zapatero se las arregle con su yarda, el sastre con su horma, el pescador con sus pinceles y el pintor con sus redes, pero a mí me mandan a buscar

a esta gente cuyos nombres están escritos aquí, ¿y cómo voy a encontrarla si no sé leer los nombres que tienen escritos aquí? Voy a pedir consejos. Me daré un tiempecito.

(Entran Benvolio *y* Romeo *).*

Benvolio:

Así es, muchacho, un fuego apaga a otro,

la angustia de otro calma nuestra pena,

si giras al revés se va el mareo,

un gran dolor se cura si otro sufre.

Si una nueva infección cogen tus ojos

se muere el viejo mal que padecías.

Romeo:

Las hojas de llantén son excelentes.

Benvolio:

¿Para qué, por favor, es la receta?

Romeo:

Para cuando te rompan las canillas.

Benvolio:

¿Estás loco, Romeo?

Romeo:

No, no estoy loco, pero, más que un loco
atado, en mi prisión, sin alimentos,
me siento atormentado y azotado,
y además…
(Dirigiéndose al sirviente *).*
¡Buenas tardes, buen muchacho!

Sirviente:

¡Dios los guarde! ¿Saben leer, señores?

Romeo:

¡Yo leo mi destino en mi desdicha!

Sirviente:

¡Tal vez eso no lo aprendió en los libros!
Pero, por favor, ¿puede usted leer
de corrido cualquier cosa que vea?

Romeo:

Conociendo las letras y el idioma…

Sirviente:

No lo hace mal usted. Que siga divirtiéndose.

(Intenta marcharse).

Romeo:

¡Espera, hombre! Soy capaz de leer.

(Lee).

«Señor Martino, esposa e hijas; el conde Anselmo y sus bellas hermanas; la señora viuda de Vitruvio; el señor Placencio y sus lindas sobrinas; Mercucio y su hermano Valentín; mi tío Capuleto, su señora y sus hijas; mi preciosa sobrina Rosalina; Livia; el señor Valencio y su prima; Tybaldo; Lucio y la alegre Elena».

(Le devuelve el papel).

Qué linda reunión. ¿Y dónde deben ir?

Sirviente:

Arriba

Romeo:

¿A dónde?

Sirviente:

A cenar, a nuestra casa.

Romeo:

¿En qué casa?

Sirviente:

En la de mi amo.

Romeo:

En verdad debí haberlo preguntado.

Sirviente:

Ahora se lo diré sin que me lo pregunte. Mi amo es el gran rico Capuleto, y si usted no es de la casa de los Montesco, venga, se lo ruego, a beber con nosotros unas copas de vino. ¡Diviértanse, señores!

(Sale).

Benvolio:

A este antiguo festín de Capuleto

la bella Rosalina, que tú amas,

viene con las bellezas de Verona.

Anda y mira con ojos imparciales,

su semblante compara con los rostros

de las otras muchachas que te muestre

y verás que tu cisne es sólo un cuervo.

Romeo:

La religión devota de mis ojos

convertiría lágrimas en fuego

si tan grande mentira mantuviera.

¿Otra más bella? El sol omnipotente

no vio su igual desde que el mundo es mundo!

Benvolio:

La viste hermosa donde nadie había,

se equilibró en cada uno de tus ojos;

pero en esas balanzas cristalinas

pon a la que amas y a otra de las bellas

que hallarás deslumbrantes en la fiesta,

y ya verás que siendo tan hermosa

¡habrá otra más hermosa todavía!

Romeo:

Iré, pero no a ver esas bellezas,

sino a ver a mi amada en su esplendor.

{(Salen).}

Escena III

[Habitación en casa de los Capuleto *.]*

(Entran la señora Capuleto *y el* ama *).*

Señora:

Ama, ¿dónde está mi hija? ¡Ve a llamarla!

Ama:

¡Por mi virginidad de los doce años

le juro que le dije que viniera!

(Llamándola).

¡Chinita! ¡Mi cordera! ¡Dios la guarde!

¿Dónde está esta muchacha? ¡Ven, Julieta!

(Entra Julieta *).*

Julieta:

¿Qué pasa? ¿Quién me llama?

Ama:

Es vuestra madre.

Julieta:

Señora, estoy aquí. ¿Qué se le ofrece?

Señora:

Se trata de… ¡Ama, ándate un rato!

Debo hablarte en secreto. ¡Ama, vuelve!
Lo he pensado mejor, debes oírnos.
Ya sabes que mi hija está en edad.

Ama:

Ni en una hora me equivocaría.

Señora:

No llega a los catorce.

Ama:

Apostaría
catorce de mis dientes, aunque sólo
me van quedando cuatro, a que no cumple
aún los catorce. ¿Cuándo cae San Pedro?

Señora:

Dentro de una quincena.

Ama:

Sean pares
o nones, entre los días de este año
en esa víspera tendrá catorce.
Tendrían una edad con mi Susana
—y que en su santo reino Dios la guarde—.
Bueno. Susana está con Dios ahora.
Yo no la merecía. Como dije,
cumplirá catorce años en la víspera
de San Pedro. ¡Lo tengo en la memoria!
Hace once años ya del terremoto

cuando fue destetada. No me olvido
entre todos los días de aquel día.
Me había puesto ajenjo en los pezones,
sentada al sol, al pie del palomar.
Usted y mi señor por Mantua andaban.
¡Caramba, qué memoria! Les decía
que, apenas la tontuela en el pezón
encontró el gusto amargo del ajenjo,
se enojó mucho y manoteó la teta.
En ese instante crujió el palomar,
sin darme cuenta me largué a correr.
Once años hace desde aquellos tiempos
y ya sólita se tenía en pie.
¿Qué estoy diciendo, ¡por la Santa Cruz!,
si ya corría y pataleaba entonces?
Ahora recuerdo que el día anterior
se dio un porrazo y se rompió la frente
y mi marido —Dios lo tenga en su gloria—
la alzó del suelo —¡qué hombre tan alegre!—
diciéndole: «Caíste ahora de bruces,
más adelante caerás de espaldas.
¿Verdad, Julieta?». Y juro por la Virgen
que dejó de llorar mi linda pícara
y contestó que «Sí». Vamos a ver
si aquella broma va a resultar cierta.

Aunque viva mil años yo les digo
que no lo olvidaré. «¿Verdad, Julieta?».
dijo él y la locuela dijo «Sí».

Señora:

Ya es bastante, te ruego que te calles.

Ama:

Sí, señora. No dejo de reírme
porque no lloró más y dijo «Sí».
a pesar del chichón sobre su frente.
Fue feo el golpe, la cubría el llanto,
mi marido le dijo: «¿Caes de bruces?
¡cuando seas mayor caerás de espaldas!
¿Verdad, Julieta?» y ella dijo «Sí».

Julieta:

Cállate, por favor, ama, te pido.

Ama:

¡Paciencia! ¡He terminado! ¡Dios te guarde!
Fuiste la más preciosa que crié,
y si te alcanzo a ver ya desposada
me harás feliz…

Señora:

Pues ése era mi tema,
de matrimonio te quería hablar.
¿Te sientes tú como para casarte?

Julieta:

Es un honor que no he soñado aún.

Ama:

¿Por qué un honor? Si yo no hubiera sido
la única nodriza que tuviste
pensaría que todo lo que sabes
lo sacaste del pecho que te di.

Señora:

Piensa en tu matrimonio. Aquí en Verona
más jóvenes que tú, damas de alcurnia,
ya son madres, y si no me equivoco,
por esta edad, en que eres aún doncella,
yo era tu madre. Escúchame, es muy simple:
Te pide por esposa el noble Paris.

Ama:

¡Y qué hombre!, mi muchacha, si parece
que fuera el mundo, un hombre tan bonito
que parece recién hecho de cera.

Señora:

No hay flor en el verano de Verona
como él.

Ama:

¡De verdad, es una flor!

Señora:

¿Qué dices tú? ¿Te gustará este hidalgo?
Lo verás esta noche en nuestra fiesta.

¿En el rostro gentil del joven Paris
lee como en un libro tu deleite
escrito por la pluma del encanto!
¡Observa sus facciones armoniosas!
Lo que en el bello libro queda oscuro
hállalo escrito al margen de sus ojos.
¡Este libro de amor será perfecto
si lo embellece una cubierta espléndida!
El pez vive en el mar y por orgullo
su belleza visible se ha escondido.
Este libro que bajo broche de oro
guarda también una leyenda de oro
extenderá su gloria a muchos ojos.
Así tendrás tú todo lo que él tiene
y teniéndolo a él no disminuyes.

Ama:

¿Disminuir? ¡Qué va! ¡Si las mujeres
engruesan, es por culpa de los hombres!

Señora:

¡Dímelo ahora! ¿Aceptarás a Paris?

Julieta:

¡Voy a ver, porque viendo se conmueve
el amor, pero el vuelo de mis ojos
no irá más lejos de lo que dispones!

(Entra un sirviente *).*

Sirviente:

¡Ya llegaron los convidados! ¡La cena está servida! ¡Todos la reclaman! ¡Todos preguntan por la señorita! ¡En la despensa echan maldiciones al ama! Y todo anda revuelto. ¡Tengo que irme a servir! ¡Por favor, vayan pronto!

{Señora:

Vamos.

(Sale el sirviente *).*

Julieta, el conde por ti espera. ¿Qué dices?

Ama:

Ve por noches felices para días felices.}

(Salen).

Escena IV

[Una calle.]

(Entran Romeo, Mercucio, Benvolio, *con cinco o seis enmascarados, portadores de antorchas y otros).*

Romeo:

¿Diremos un discurso como excusa

o entramos sin preámbulo ninguno?

Benvolio:

Ya pasó el tiempo de esas ceremonias:

con el compás que quieran que nos midan,

¡Bailemos un compás y nos marchamos!

Romeo:

¡No me hables de bailar! ¡Dame una antorcha!

¡La luz debe llevarla el apagado!

Mercucio:

¡No, Romeo! ¡Queremos que tú bailes!

Romeo:

¡No puedo, la verdad, ustedes llevan
escarpines ligeros para el baile,
mientras yo tengo el alma hecha de plomo:
me clava al suelo y no puedo moverme!

Mercucio:

¡Estás enamorado! ¡Pídele alas
a Cupido y remóntate con ellas!

Romeo:

Estoy tan malherido por sus flechas
que no me sostendrán sus leves alas.
Y tan atado estoy por mis dolores
que no podré elevarme y derrotarlos.
¡El grave peso del amor me abruma!

Mercurio:

Si le caes encima lo lastimas,
es harto peso para un ser tan frágil.

Romeo:

¿Un ser tan frágil, el amor? Es rudo,
brutal, violento; ¡y clava como espina!

Merendó:

Trata mal al amor si él te maltrata,
clávalo si te clava y lo derrotas.

Voy a guardar mi rostro en una caja,

(Poniéndose una máscara).

¡una careta sobre otra careta!

¡Qué me importa que vean mis defectos!

¡Llevaré estas mejillas de cartón

que por mi cuenta deben sonrojarse!

Benvolio:

¡Llamemos y pasemos, y que adentro

cada uno se valga de sus piernas!

Romeo:

¡Que me den una antorcha! Porque aquellos

de corazón ligero harán cosquillas

con sus talones a los juncos muertos,

y como en el refrán de los abuelos

iré y repicaré en la procesión,

pero no cazaré en la cacería!

Mercucio:

¡A ver si te sacamos de ese amor

en que te hundes hasta las orejas!

Quemando estamos ya la luz del día…

Romeo:

No, no es así.

Mercucio:

Quiero decir, señor,

que con estas tardanzas consumimos

nuestras luces en vano, como lámparas
en día claro.

Romeo:

De buena fe, sin duda,
entraremos en esta mascarada,
porque con buen sentido no lo haríamos.

Mercucio:

¿Por qué? ¿Puedo saberlo?

Romeo:

Tuve un sueño…

Mercucio:

Y yo también, anoche…

Romeo:

¿Cuál fue el tuyo?

Mercucio:

Que nos mientan, a veces, los que sueñan.

Romeo:

Pero, dormidos, sueñan cosas ciertas.

Mercucio:

Ah, me doy cuenta que la reina Mab,
partera de las hadas, vino a verte.
Es pequeñita como piedra de ágata
que brilla en el meñique de un obispo;
tiran su coche atómicos caballos
que la pasean sobre las narices

de los que están durmiendo;
rayos de luna hicieron los arneses
y una arañita le tejió las bridas;
es tan pequeño como un gusanito
el cochero que guía la carroza,
y trabajó una ardilla este carruaje
en la concavidad de una avellana.
Y así la reina Mab con su cortejo
galopa noche a noche por las almas
de los enamorados, y los hace
soñar con el amor… Sobre los dedos
de los sastres su séquito galopa
y éstos sueñan que pagan sus deudores;
otras veces, cabalga en la nariz
del cura, y sueña el cura dormilón
que sin duda muy pronto será obispo.
¡Ésta es la reina Mab! Es la que trenza
en la noche la tuza del caballo
y la que, cuando las muchachas duermen
de espaldas, las oprime y les enseña
por vez primera a soportar el peso
que con el tiempo las hará mujeres…

Romeo:

¡Basta, Mercucio, basta! ¡No delires!

Mercucio:

¡Es verdad, es verdad, hablo de sueños
que son los hijos de una mente ociosa,
concebidos por varia fantasía,
sustancia tan delgada como el aire,
más inconstante que el cambiante viento!

Benvolio:

¡Démonos prisa, es demasiado tarde!

Romeo:

Demasiado temprano, tengo miedo;
mi corazón presiente una desgracia
que aún está suspendida en las estrellas;
comenzará esta noche con la fiesta
este camino amargo que señala
el fin que cerrará mi pobre vida
que se encierra en mi pecho. Un golpe vil
me llevará a la muerte prematura.
Pero Aquel que dirige mi destino
conducirá la nave de mi suerte.
¡Alegres compañeros, adelante!

{Benvolio:}

¡Que suenen los tambores!

{(Marchan alrededor del escenario y salen).}

Escena V

[Salón en la casa de Capuleto *.]*

{(Entran sirvientes *con servilletas).*

Sirviente 1.º:

¿Dónde está Cazuela, que no ayuda a servir? ¿Mover él una fuente? ¿Fregar él una fuente?

Sirviente 2.º:

Cuando los buenos modales quedan todos en manos de uno o dos, y encima no lavadas, es una cosa sucia.

Sirviente 1.º:

Afuera las banquetas acopiadas, a quitar el aparador, cuidado con la platería.

Amigo, guárdame un pedazo de mazapán, y, como me quieres, deja que el portero deje entrar a Susana Molinera y a Nelly.

(Sale el sirviente 2.º *).*

¡Antonio y Cazuela!

(Entran otros dos sirvientes).

Sirviente 3.º:

Sí, muchacho, acá estamos.

Sirviente 1.º:

Los buscan y los llaman, los solicitan y los requieren en el salón grande.

Sirviente 4.º:

No podemos estar acá y allá a la vez. ¡Alegría, muchachos! A poner fuerza por un rato, y el que viva más que se lleve todo.

(Salen).}

{(Entra un cantante).}

Cantante:

¡Ven a Verona, ven caballero!

Ya dejarás aquí enterrado

junto a tu castidad tu dinero.

¡Hacia Verona, enamorados,

hacia Verona, afortunados!

Dame, noche oscura, tu belleza

y tu dulzura, dame en vez del vino,

las estrellas del camino.

(Entran Capuleto *, su* esposa *,* Julieta *,* Tybaldo *y todos los invitados y enmascarados).*

Capuleto:

Vete y vuelve. Toma esta bolsa.

Volvió mi juventud con tu romanza.

{(Sale el cantante). }[2]

¡Bienvenidos, señores! ¡Las señoras

sin callos en los pies os desafían!

¡Ja! ¡Ja! ¡Señoras mías! ¿De vosotras

cuál no quiere bailar? ¡La que se aparta

tiene callos, lo juro! ¿Le acerté?

¡Bienvenidos, señores! En mis tiempos

también usé antifaz y en los oídos

de más de alguna bella susurré

historias que podían deleitarlas.

¡Aquel tiempo pasó, pasó, pasó!

¡Bienvenidos, señores! ¡Vamos, músicos:

a tocar! ¡Sitio! ¡Sitio! ¡Al baile todos!

(Comienza la música y bailan).

¡Más luz, bribones! ¡Retirad las mesas!

¡Hace calor! ¡Hay que apagar el fuego!
¡Ay, compadre, esta fiesta inesperada
nos ha caído bien! ¡No! ¡No! ¡Siéntate aquí,
para nosotros, primo Capuleto,
ya pasó el tiempo de bailar! ¿Recuerdas
cuánto tiempo hace desde que tú y yo
usábamos careta?

Capuleto 2.º:

¡Virgen mía!
¡Hace treinta años ya!

Capuleto:

¡No tanto! ¡No tanto!
Fue para el casamiento de Lucencio
hacia Pentecostés. ¡Hará apenas
veinticinco años, y nos disfrazamos!

Capuleto 2.º:

¡Hace más! ¡Hace más! ¡Su hijo es mayor,
ya tiene treinta!

Capuleto:

¿Qué me estás diciendo?
¡Era menor de edad hace dos años!

Romeo *(a un* sirviente *)***:**

¿Quién es esa señora que enriquece
con su preciosa mano a aquel galán?

Sirviente:

No sé, señor.

Romeo:

¡Oh, ella enseña a brillar a las antorchas!
¡Su belleza parece suspendida
de la mejilla de la noche como
una alhaja en la oreja de un etíope!
—¡para gozarla demasiado rica,
para la tierra demasiado bella!—.
¡Como paloma blanca entre cornejas
entre sus compañeras resplandece!
¡Después del baile observaré su sitio
y con mi mano rozaré su mano
para que la bendiga su contacto!
¿Amó mi corazón hasta ese instante?
¡Que lo nieguen mis ojos! ¡Hasta ahora
nunca vi la belleza verdadera!

Tybaldo:

¡Me parece un Montesco, por la voz!
(Oye).
¡Niño, trae mi espada! ¿Que este infame
se atreviera a venir enmascarado
a escarnecer nuestra solemne fiesta?
¡Por el nombre y honor de mi familia
no pecaré si aquí lo dejo muerto!

Capuleto:

¿Qué sucede, sobrino, qué te enoja?

Tybaldo:

Aquél es un Montesco, un enemigo
nuestro, un villano que ha llegado aquí.

Capuleto:

¿No es el joven Romeo?

Tybaldo:

¡Es el mismo Romeo, ese villano!

Capuleto:

Mi buen sobrino, déjalo tranquilo,
se porta como un noble caballero.
Digamos la verdad. Se honra Verona
con él, por su virtud y su finura.
Ni por todo el dinero de Verona
aquí en mi casa yo lo ofendería.
Ni pienses más en él.
Ésta es mi voluntad. ¡Si la respetas
ponte de buen humor, fuera ese ceño!
¡Tu semblante no va con esta fiesta!

Tybaldo:

Mi semblante está bien para un canalla
como él. ¡Por mi parte, no lo acepto!

Capuleto:

¡Lo aceptarás, muchacho, te repito!
¡Vamos! ¿Quién es el amo en esta casa?

¿Tú o yo? ¡Caramba! ¿No lo aceptas tú?

¡Que Dios me guarde! ¿Y quieres provocar

entre mis invitados una riña?

¿Quieres armar la grande? ¿Tú lo harías?

Tybaldo:

¡Tío, es una vergüenza!

Capuleto:

¡Vamos! ¡Vamos!

¡Qué pendenciero eres!, ¿no es verdad?

¡Esta broma te puede costar cara!

¡Sé lo que digo, no me contraríes!

¡Y en qué ocasión!

(Volviéndose a los invitados).

¡Magnífico, muchachos!

(Aparte a Tybaldo *).*

¡Eres un arrogante! ¡Tranquilízate!

(A los sirvientes *).*

¡Más luz! ¡Más luz!

(Aparte a Tybaldo *).*

¿Conque es una vergüenza?

¡Te haré entrar en vereda!

(Volviéndose a los invitados).

¡Alegría, muchachos!

Tybaldo:

¡Mi paciencia y mi cólera se juntan!

¡Me voy! ¡Mas la presencia de este intruso

parece dulce ahora, pero pronto

va a convertirse en una amarga hiel!

(Sale).

(Todos cantan y danzan, y surge de entre ellos el cantante *. Todos se ríen y aplauden. Cae cortina.)*[3]

Romeo *(a* Julieta *)***:**

Si yo profano con mi mano indigna

este santuario, mi castigo es éste:

¡mis labios peregrinos se disponen

a borrar el contacto con un beso!

Julieta:

¡Injusto con tu mano, peregrino,

eres, porque ella se mostró devota!

No olvides que los santos tienen manos

y que se tocan una mano y otra

y palma a palma en el sagrado beso

de los romeros en la romería.

Romeo:

¿No tienen labios, santos y romeros?

Julieta:

¡Sólo para rezar, ay, peregrino!

Romeo:

¡Entonces, dulce santa, que los labios

hagan también lo que las manos hacen!

¡Ellos ruegan, concédeles la gracia

y así no desesperen de su fe!

Julieta:

¡Los santos no se mueven, aunque otorguen!

Romeo:

¡Entonces no te muevas, que mis ruegos

van a obtener la gracia que esperaban!

¡Ahora por la gracia de tus labios

quedan mis labios libres de pecado!

(La besa).

(Se oye, lejana, la voz del cantante).

Cantante:

Oh, noche oscura, no termines;

tu terciopelo con jazmines

me ha vuelto el corazón azul.

¡Qué labios, qué bocas tan bellas!

Me besan todas las estrellas,

suenan las cítaras del sur[4].

Julieta:

¡Ahora tu pecado está en mis labios!

Romeo:

¿Pecado de mis labios?

¡Qué culpa deliciosa me reprochas!

¡Tienes que devolverme mi pecado!

Julieta:

Besas por devoción…

(Entra el ama *).*

Ama:

Señora, vuestra madre quiere hablaros.

(Se alza la cortina.)[5]

Romeo *(al* ama *)***:**

¿Quién es su madre?

Ama:

¡Vamos! ¡Mozalbete!

¡Su madre es la señora de esta casa;

buena, cuerda y virtuosa es mi señora!

Yo amamanté a su hija, a la que hablabais,

y le aseguro que el que se la lleve

tendrá un tesoro.

Romeo:

¿Es una Capuleto?

¡Oh, qué alto precio pago! ¡Desde ahora

soy deudor de mi vida a una enemiga!

Benvolio:

¡Fuera! ¡Vamos! ¡La fiesta ya se acaba!

Romeo:

¡Lo temía! ¡Más grande es mi desdicha!

Capuleto:

¡Aún no es hora de irse, caballeros!

¡Una pequeña cena está esperando!

¿Insistís? Bueno. ¡Adiós! ¡Gracias a todos!

¡Gentiles caballeros, buenas noches!

Muchas gracias.

(A los sirvientes *).*

¡Antorchas! ¡Más antorchas!

¡Muy bien, entonces, a la cama todos!

(A Capuleto 2.º *).*

¡Hola, compadre, es demasiado tarde,

me voy a descansar!

(Salen todos, menos Julieta *y el* ama *).*

Julieta:

A ver, ama, ¿quién es aquel señor?

Ama:

El heredero del viejo Tiberio.

Julieta:

¿Y aquél que va saliendo por la puerta

Ama:

Es el joven Petrucio, me parece.

Julieta:

¿Y el otro que le sigue y no bailó?

Ama:

No sé quién es.

Julieta:

¡Averigua su nombre! ¡Si es casado

yo por lecho nupcial tendré una tumba!

Ama:

Es Romeo su nombre, es un Montesco

y es hijo único de tu enemigo.

(El ama *se aleja).*

Julieta:

¡Ha nacido lo único que amo

de lo único que odio! ¡Demasiado

temprano te encontré sin conocerte

y demasiado tarde te conozco!

Ama:

¿Qué hablabas, niña?

Julieta:

Es una rima que he aprendido ahora.

¡Alguien me la enseñó mientras bailaba!

¡Oh, sobrehumano amor que me hace amar

al odiado enemigo!

(Una voz desde adentro: ¡Julieta! ¡Julieta! *).*

Ama:

¡En seguida! ¡En seguida! ¡Ya nos vamos!

¡Los invitados ya se fueron todos!

{(Salen).}[6]

Acto II

{(Entra el coro *).*

Coro:

Ahora en lecho de muerte yace el viejo deseo,

y la joven pasión quiere heredar su huella;
la bella que por amor moría en gimoteo,
al lado de la tierna Julieta ya no es bella.
Romeo ahora es amado y ahora él ha vuelto a amar,
igualmente encantado por la bruja mirada;
pero él a su enemiga supuesta ha de obsequiar,
y ella robar de horribles anzuelos la carnada.
Visto como enemigo, ¿cómo él accedería
a expresar esos votos que un amante vocea?
Y ella con mismo amor cuenta con menos vía
para ver a su amado reciente en donde sea.
Pero el ardor da fuerzas y el tiempo la franquicia,
templando los extremos con la extrema delicia.
(Sale).}

Escena I

[Una callejuela junto a los muros del jardín de los Capuleto.]

(Entra Romeo *).*

Romeo:

¿Cómo puedo ir más lejos si se queda
aquí mi corazón? ¡Vuélvete atrás,
busca tu propio centro, oscura tierra!
(Trepa el muro y salta hacia adentro).
(Entran Benvolio *y* Mercucio *).*

Benvolio:

¡Romeo! ¡Primo mío!

Mercucio:

¡No es un tonto!

Estará ya en su casa y en su cama.

Benvolio:

Corrió por este lado y saltó el muro

de este jardín. ¡Mi buen Mercucio, llámalo!

Mercucio:

Muy bien, voy a llamarlo y conjurarlo:

¡Romeo! ¡Caprichoso! ¡Loco! ¡Amante!

¡Aparécete en forma de suspiro!

¡Si me dices un verso estoy contento!

Siquiera di «ay de mí» o «estrella y bella».

¡Dile un piropo a mi comadre Venus!

No se mueve, no se oye, no se agita:

como parece muerto yo lo invoco.

¡Yo te conjuro por los ojos claros

de Rosalina, por sus labios rojos,

por su alta frente y por sus finos pies,

por sus muslos vibrantes, por sus piernas,

y por sus territorios adyacentes

aparece como eres, te conjuro!

Benvolio:

¡Vas a enojarlo si te está escuchando!

Mercucio:

No se puede enojar. Le enojaría

si en torno de su amada yo invocase
un espíritu extraño y lo dejara
plantado allí hasta que ella lo sacuda.
Esto lo ofendería. Lo que invoco
es justo y es honesto; yo le pido
en nombre de su amada que aparezca.

Benvolio:

Vamos, se habrá escondido entre los árboles
para fundirse con la noche intacta.
Su amor es ciego y busca las tinieblas.

Mercucio:

Si amor es ciego, no dará en el blanco.
Ahora estará debajo de una higuera
esperando la breva de su amada.
¡Ah! ¡Pícaro Romeo! Lo que buscas
es un etcétera para tu nabo.
Romeo, buenas noches, yo me marcho
a mi cama de ruedas a dormir
porque la hierba es demasiado fría.
Bueno, ¿nos vamos?

Benvolio:

¡Ándate, es inútil
buscar al que no quiere ser hallado!

(Salen).

Escena II

[Jardín de Capuleto *.]*

(Entra Romeo *).*

Romeo:

¡Se burla aquel que nunca ha sido herido

de nuestras cicatrices!

(Julieta *aparece en una ventana, arriba, sin darse cuenta de la presencia de* Romeo *).*

¡Silencio! ¿Qué ilumina

desde aquella ventana las tinieblas?

¡Es Julieta, es el sol en el oriente!

Surge, espléndido sol, y con tus rayos

mata a luna enferma y envidiosa,

porque tú, su doncella, eres más clara.

No sirvas a la luna que te envidia.

¡Su manto de vestal es verde y triste,

ninguna virgen ya lo lleva, arrójalo!

¡Es ella en la ventana! ¡Es la que amo!

¡Oh, cuánto diera porque lo supiese!

Habla, aunque nada dice; no me importa,

me hablan sus ojos, les respondo a ellos.

¡Qué idea loca! ¡No es a mí a quien hablan!

Dos estrellas magníficas del cielo

ocupadas en algo allá en la altura

les piden a sus ojos que relumbren.

¿No estarán en su rostro las estrellas

y sus ojos girando por el cielo?
El fulgor de su rostro empañaría
la luz de las estrellas, como el sol
apaga las antorchas. Si sus ojos
viajaran por el cielo brillarían
haciendo que los pájaros cantaran
como si fuera el día y no la noche.
¡Ved cómo su mejilla está en su mano!
¡Ay, si yo fuera el guante de esa mano
y pudiera tocar esa mejilla!

Julieta:

¡Ay de mí!

Romeo:

¡Ha hablado ahora!
¡Habla otra vez, oh ángel luminoso!
En la altura esta noche te apareces
como un celeste mensajero alado
que en éxtasis, echando atrás la frente,
contemplan hacia arriba los mortales
cuando pasa entre nubes perezosas
y navega en el ámbito del aire.

Julieta:

Oh, Romeo, ¿por qué eres tú Romeo?
¡Reniega de tu padre y de tu nombre!
Si no quieres hacerlo, pero, en cambio,

tú me juras tu amor, eso me basta,

dejaré de llamarme Capuleto.

Romeo *(aparte)***:**

¿Debo seguir oyendo o le respondo?

Julieta:

¡Solamente tu nombre es mi enemigo!

Seas Montesco o no, tú eres el mismo.

¿Qué es Montesco? No es un pie, ni una mano,

no es un rostro, ni un brazo, no es ninguna parte del hombre. ¡Cambia de apellido!

Porque, ¿qué puede haber dentro de un nombre?

Si otro título damos a la rosa

con otro nombre nos dará su aroma.

Romeo, aunque Romeo no se llame,

su perfección amada mantendría

sin ese nombre. Quítate ese nombre

y por tu nombre que no es parte tuya

tómame a mí, Romeo, toda entera.

Romeo:

Te tomo la palabra. Desde ahora

llámame sólo Amor. Que me bauticen

otra vez, dejo de ser Romeo.

Julieta:

¿Quién eres tú que oculto por la noche

entras en mis secretos pensamientos?

Romeo:

Quien soy no te lo digo con un nombre:
santa mía, mi nombre me es odioso
porque es un enemigo para ti.
De haberlo escrito yo, lo rompería.

Julieta:

Aún no han bebido cien palabras tuyas
mis oídos y ya te reconozco.
¿No eres Romeo? ¿No eres un Montesco?

Romeo:

No seré ni lo uno ni lo otro,
bella, si las dos cosas te disgustan.

Julieta:

¿Cómo llegaste aquí? ¿De dónde vienes?
Altas son las murallas y difíciles,
y sabiendo quién eres, si te encuentran
en este sitio, te darán la muerte.

Romeo:

Con alas del amor pasé estos muros,
al amor no hay obstáculo de piedra
y lo que puede amor, amor lo intenta:
no pueden detenerme tus parientes.

Julieta:

Si ellos te ven aquí te matarían.

Romeo:

Ay, en tus ojos veo más peligro
que en veinte espadas de ellos. Si me miras
con dulzura, podré vencer el odio.

Julieta:

No quisiera por nada en este mundo
que te vieran aquí.

Romeo:

Llevo el ropaje
de la noche que esconde mi figura,
pero si no me amas, que me encuentren.
Que acaben con mi vida los que me odian
antes que sin tu amor tarde la muerte.

Julieta:

¿Quién dirigió tus pasos a este sitio?

Romeo:

El amor, que me hizo averiguarlo,
me dio consejos, yo le di mis ojos.
Aunque no soy piloto, si estuvieras
tan lejana de mí como las playas
del más lejano mar, te encontraría,
navegando hasta hallar ese tesoro,

Julieta:

Me cubre con su máscara la noche,
de otro modo verías mis mejillas
enrojecer por lo que me has oído.

Cuánto hubiera querido contenerme,
cuánto me gustaría desmentirme,
pero le digo adiós al disimulo.
Dulce Romeo, si me quieres, dímelo
sinceramente, pero, si tú piensas
que me ganaste demasiado pronto,
frunciré el ceño y te diré que no
y seré cruel para que tú me ruegues,
aunque de otra manera el mundo entero
no podría obligarme a rechazarte.
Bello Montesco, te amo demasiado;
tal vez por ello me hallarás ligera,
pero te daré pruebas, caballero,
de ser más verdadera que otras muchas
que por astucia se demuestran tímidas.
Más reservada hubiera sido, es cierto,
pero yo no sabía que escuchabas
mi pasión verdadera. Ahora, perdóname,
y no atribuyas a liviano amor
lo que te descubrió la oscura noche.

Romeo:

Señora, por la luna que de plata
corona esta arboleda, yo te juro…

Julieta:

No jures por la luna, la inconstante, que al girar cada mes cambia en su órbita,

no sea que tu amor cambie como ella.

Romeo:

¿Por quién voy a jurar?

Julieta:

No jures y, si lo haces,

jura por ti, por tu gentil persona,

que yo te creeré. Eres un dios

dentro de mi secreta idolatría.

Romeo:

Si el amor que me abrasa…

Julieta:

No jures, aunque tú eres mi alegría.

Este pacto de amor en esta noche

no me contenta, es demasiado rápido,

demasiado imprevisto y temerario.

Este botón de amor con el aliento

de las respiraciones del verano

tal vez dará una flor maravillosa

cuando otra vez tú y yo nos encontremos.

¡Adiós! ¡Adiós! Que el dulce sueño caiga

tanto en tu corazón como en el mío.

Romeo:

¿Y así me dejas lleno de deseos?

Julieta:

¿Qué deseos quisieras ver cumplidos?

Romeo:

Cambiar tu juramento por el mío.

Julieta:

Te di mi amor sin que me lo pidieras

y aún quisiera dártelo de nuevo.

Romeo:

¿Y me lo quitarías, amor mío?

Julieta:

Sólo para entregártelo otra vez.

Deseo lo que tengo, sin embargo

tengo tanto que darte como el mar,

y como el mar mi amor es de profundo:

uno y otro parecen infinitos,

pues mientras más te doy yo tengo más.

Escucho un ruido adentro. ¡Adiós, mi amor!

(El ama llama desde adentro).

¡Ama, ya voy! Y tú, Montesco amado,

sé fiel. Espérame. ¡En seguida vuelvo!

(Se retira).

Romeo:

¡Oh dulce, oh dulce noche! Pero temo

que todo sea un sueño de la noche

sin otra realidad que su dulzura.

(Vuelve a entrar Julieta *, arriba).*

Julieta:

Dos palabras, mi amor, y buenas noches.

Si tu amor es honesto y me deseas

como esposa, respóndeme mañana,

con alguien que en tu busca mandaré, la hora y el lugar de nuestra boda.

Así pondré a tus plantas mi destino

y serás mi señor en este mundo.

Ama *(desde adentro)***:**

¡Señora!

Julieta:

¡Ya voy!

Pero si tienes malas intenciones,

te suplico…

Ama *(desde adentro)***:**

¡Señora!

Julieta:

¡En seguida! ¡En seguida!… Te suplico

que no me sigas cortejando más

y me abandones a mi desconsuelo.

Te irán a ver…

Romeo:

Es mi alma la que espera.

Julieta:

¡Buenas noches, mil veces!

{(Sale, arriba).}

Romeo:

¡Mil veces tristes noches sin tu luz!

El amor va al amor como los niños

arrancan de sus libros en la escuela,

pero el amor se aleja del amor

como el niño forzado va al colegio.

(Se retira lentamente. Entra Julieta *, arriba).*

Julieta:

¡Ay! ¡Romeo, Romeo! Oh, quién tuviera

la voz del halconero que obligase

a volver al halcón a nuestras manos.

{La esclavitud es ronca, debe hablar en voz baja;

si no, yo rompería la gruta en que Eco vive

y haría a su aérea lengua más ronca que la mía

con la repetición de «mi Romeo».}

Romeo:

Es mi alma que me llama por mi nombre.

¡Qué tañido de plata a medianoche,

qué arrobadora música se siente

cuando se oye la voz de los amantes!

Julieta:

¡Romeo!

Romeo:

¡Amada mía!

Julieta:

¿Dime a qué horas

te enviaré el mensajero?

Romeo:

Hacia las nueve.

Julieta:

Allí estará. ¡Hay un siglo hasta esa hora!

¿Para qué te llamaba? Lo olvidé.

Romeo:

Aquí estaré hasta que lo recuerdes.

Julieta:

Lo olvidaré para que aquí te quedes

y mi recuerdo te haga compañía.

Romeo:

¡Me quedo aún para que aún lo olvides,

nada recordaré sino este sitio!

Julieta:

Ya llega el día. Yo hubiera querido

decirte que te fueras, no tan lejos,

como lo hace la niña que libera

por un minuto un pájaro cautivo,

un pobre prisionero encadenado,

y luego lo recobra con un hilo

celosa de su nueva libertad.

Romeo:

Quiero ser ese pájaro.

Julieta:

También yo lo quisiera, amado mío,

pero tendría miedo de matarte

con mis caricias. ¡Buenas, buenas noches!

Decirte adiós es un dolor tan dulce

que diré buenas noches hasta el alba.

(Sale).

Romeo:

¡Baje el sueño a tus ojos, y la paz

baje a tu corazón! ¡Me gustaría

ser el sueño y la paz que te acaricien!

{Visitaré a mi fraile, su celda de clausura,

para rogarle auxilio y hablar de mi ventura.

(Sale).}

Escena III

[Celda de fray Lorenzo *.]*

(Entra fray Lorenzo *con un canasto).*

F. Lorenzo:

Ya sonríe la aurora de ojos grises

que desafían a la torva noche,

inundando las nubes del oriente

con listones de luz, y tambalea

como un borracho la manchada sombra

frente al camino que inaugura el día.
Debo llenar de plantas esta cesta:
malezas venenosas, flores puras
que rezuman un líquido precioso.
La tierra es madre y tumba de la vida,
es el útero y es la sepultura
y de ella nacen hijos diferentes
amamantados por su vasto seno.
Dentro del tierno cáliz de esta flor
residen el veneno y la salud.
Como en la planta viven en el hombre
dos fuerzas, la bondad y la dureza;
(Entra Romeo).
si en ellos predomina lo peor
el cáncer de la muerte los devora.

Romeo:

Muy buenos días, padre.

F. Lorenzo:

¡Benedicite!
¿Qué voz temprana y suave me saluda?
Hijo mío, algún mal te intranquiliza
si dejaste tu lecho tan temprano.
Acecha la ansiedad desde su torre
en los ojos de todos los ancianos,
no viene el sueño a reposar con ella;

pero donde la intacta juventud
deja caer sus miembros sin zozobra,
allí es el reino de los sueños de oro.
Por eso tu visita matutina
me dice que un afán te ha despertado.
Si no es así, ahora sí que acierto;
no se ha acostado aún nuestro Romeo.

Romeo:

Así fue y mi descanso fue más dulce.

F. Lorenzo:

¡Dios te perdone! ¿Viste a Rosalina?

Romeo:

¿A Rosalina, Padre? No, por cierto.
Me olvidé de ese nombre y sus tristezas.

F. Lorenzo:

¿Dónde estuviste entonces, hijo mío?

Romeo:

No me preguntes más, voy a decírtelo:
estuve en un festín con mi enemigo,
y allí de pronto recibí una herida
de una persona a quien yo había herido.
De tu sagrada ciencia y de tu ayuda
depende que se alivien estos daños.
Ya ves, santo varón, que no es el odio lo que me trae, porque lo que pido también lo pido para mi adversario.

F. Lorenzo:

¡Sé sencillo, hijo mío, en tu relato!

¿Cómo absolver la confesión ambigua?

Romeo:

Sabrás entonces que amo sin medida

a la hija del rico Capuleto.

Como es suyo mi amor, su amor es mío,

y para nuestra unión sólo nos falta

que nos unas en santo matrimonio.

Dónde nos encontramos, cuándo y cómo

para hablarnos de amor y enamorarnos

y cómo se selló nuestra promesa

te lo diré más tarde. Ahora te ruego

que hoy mismo tú consientas en casarnos.

F. Lorenzo:

Qué cambio es éste, ¡santo San Francisco!

¿Olvidaste tan pronto a Rosalina?

Mira cómo aparece en tu mejilla

sin que se haya borrado todavía

la mancha de una de tus viejas lágrimas.

¿Has cambiado? Pronuncia esta sentencia:

«¿Si no tienen firmeza los varones

por qué pedir virtud a las mujeres?».

Romeo:

No me reprendas; la que yo amo ahora

me devuelve confianza por confianza

y el amor por amor. No así la otra.

F. Lorenzo:

Ella sabía que le recitabas

de memoria tu amor, sin comprenderlo.

Pero, joven voluble, ven conmigo;

vamos, voy a ayudarte en una cosa;

{por} si alcanza {esa alianza} que me pides[7]

a cambiar, dando pruebas de su dicha,

en puro amor ese odio de familias.

Romeo:

¡Vamos andando, me siento impaciente!

F. Lorenzo:

¡Con calma y con cordura! Tú ya sabes:

¡quien apurado vive apurado muere!

(Salen).

Escena IV

[Una calle.]

(Entran Benvolio *y* Mercucio *).*

Mercucio:

¿Dónde diablos estará Romeo? ¿No volvió a casa anoche?

Benvolio:

A casa de su padre, no. Hablé con su criado.

Mercucio:

Es claro que esa pálida mujerzuela, de corazón duro, esa Rosalina, tanto lo atormenta que él acabará por volverse loco.

Benvolio:

Tybaldo, el pariente del viejo Capuleto, le ha mandado una carta a casa de su padre.

Mercucio:

¡Caramba! Eso es un desafío.

Benvolio:

Romeo le contestará.

Mercucio:

Cualquiera que sepa escribir puede contestar una carta.

Benvolio:

No es eso. Digo que contestará la carta como se debe al que se la escribió.

Desafío por desafío.

Mercucio:

¡Ay, pobre Romeo, ya está muerto! Lo apuñalaron los ojos negros de una muchacha blanca. Le dispararon una canción de amor en las orejas. Le dividieron el centro del

corazón con un solo flechazo del arquerito ciego. ¿Te parece que es un hombre como para batirse con Tybaldo?

Benvolio:

¿Qué es eso de Tybaldo? ¿Quién es Tybaldo, después de todo?

Mercucio:

Para empezar te diré que es algo más que el príncipe de los gatos. Oh, es un bravo capitán de la galantería. Te provoca a duelo con la misma facilidad con que tú cantas un estribillo. Sabe guardar el tiempo, la distancia y la proporción. Te da una mínima para que descanses y luego, una, dos, tres, ¡y a tu pecho! Es un carnicero con botones de seda{, un

duelista, un duelista, un caballero de primera escuela, de la primera y la segunda causa}. ¡Ah, qué inmortal { *passado*}! ¡{El *punto reverso*}!

¡El { *hai*}![8]

{Benvolio:

¿El qué?

Mercucio:

¡La peste de esos petimetres grotescos, ceceosos, afectados, esos nuevos afinadores de acentos! «¡Jesús, qué buen filo! ¡Qué hombre más soberbio! ¡Qué buena puta!». Caray, ¿no es una cosa lamentable, abuelo, que tengamos que sufrir con estas moscas extrañas, estos traficantes de modas, estos «con vuestra licencia», que se paran tanto en la forma nueva que no pueden sentarse cómodos en el banco viejo? Ah, sus *bons*, sus boñigas.}[9]

(Entra Romeo *).*

Benvolio:

¡Aquí viene Romeo!

Mercucio:

Viene sólo la mitad de él, como si fuera un arenque seco. ¡Oh, carne, carne, cómo te vas convirtiendo en pescado! {Ahora está para los versos en que abundaba

Petrarca. Laura ante su dama no era más que una moza de cocina —Virgen santa, ella tuvo un amante mejor para las rimas—, Dido una mal vestida, Cleopatra una gitana, Helena y Hero inútiles y rameras, Tisbe de ojos grises, pero que no hacían al caso.}[10] *¡Signor Romeo, bonjour!* ¡Ahí va un saludo en francés para tus calzones a la francesa! ¿Qué bien lo hiciste anoche, verdad?

Romeo:

¿Qué dices que hice anoche?

Mercucio:

¡Que te escurriste! ¡Que te escapaste! ¿No

{entiendes}? [11]

Romeo:

Perdón, mi buen Mercucio, era un asunto de importancia, y en un caso como el mío un hombre puede pasar por alto la cortesía.

{Mercucio:

Eso es tanto como decir que un caso como el tuyo obliga a un hombre a encorvarse.

Romeo:

Quiero decir la cortesía de la reverencia.

Mercucio:

Has acertado de lo más amablemente.

Romeo:

Qué explicación más cortés.

Mercucio:

No, si yo soy la rosa de la cortesía.

Romeo:

Rosa por la flor.

Mercucio:

Exacto.

Romeo:

Caramba, entonces mi calzado está bien florido.

Mercucio:

Buen ingenio, sígueme esta broma ahora hasta que se te gaste el calzado, así, cuando su suela única esté gastada, se puede seguir gastando la broma y queda sola y única.

Romeo:

Ah, broma de suela simple, sola y única por la simpleza.

Mercucio:

Intercede, buen Benvolio; mi ingenio se desvanece.

Romeo:

¡Látigo y espuelas, látigo y espuelas! O cantaré victoria.

Mercucio:

No, si nuestros ingenios corren la carrera del ganso, estoy perdido, porque tú tienes más de ganso en uno solo de tus sentidos que yo, sin duda alguna, en todos mis cinco. ¿Estuve ahí contigo con lo de ganso?

Romeo:

Tú nunca estuviste conmigo para nada cuando no estuviste en el lugar de la gansa.

Mercucio:

Voy a picarte la oreja por esa broma.

Romeo:

No, buen ganso, no piques.

Mercucio:

Tu ingenio es agridulce; es una salsa picante.

Romeo:

¿Y no está bien servido, entonces, con un dulce ganso?

Mercucio:

Ah, he aquí un ingenio de cabritilla, que se estira de una pulgada de estrechez a una vara de largo.

Romeo:

Voy a estirarte por esa palabra «largo», que, agregada a la de ganso, prueba que eres por lejos y a lo ancho largamente un ganso.

Mercucio:

¿Qué, no es mejor esto de ahora que andar gimiendo de amor? Ahora eres sociable, ahora eres Romeo; ahora eres el que eres, por ser y por arte. Porque ese amor de andar diciendo bobadas es como un ser tonto que corre con la lengua afuera a esconder su chuchería en un agujero.

Benvolio:

Para ahí, para ahí.

Mercucio:

Tú quieres que pare la cola de mi cuento contra mi deseo.

Benvolio:

Si ni, habrías hecho la cola de tu cuento demasiado larga.

Mercucio:

Ah, te engañas; la habría hecho corta, porque ya había llegado al fondo y en verdad no pensaba ocupar más la cosa.

Romeo:

¡Aquí hay buen material!}

(Entran el ama *y* Pedro *).*

¡Fragata a la vista[12]!

{Mercucio:}

¡Con dos velas: una camisa y una blusa!

Ama:

¡Pedro!

Pedro:

¿Qué pasa?

Ama:

¡Mi abanico, Pedro!

Mercucio:

Dáselo, Pedrito, para que se tape la cara. ¡Es mejor el abanico!

Ama:

Buenos días les dé Dios, caballeros.

Mercucio:

¡Buenas tardes te dé Dios, hermosa dama!

Ama:

¿Son ya las buenas tardes?

Mercucio:

No son menos, te lo digo. Las indecentes manitas del reloj se están metiendo en el agujero de las 12.

Ama:

¡Basta! ¿Qué clase de hombre es éste?

Romeo:

Señora, es uno que Dios hizo para que él mismo se echara a perder.

Ama:

Es verdad. Muy bien dicho esto de para que él mismo se echara a perder.

¿Señores, alguno de ustedes puede decirme dónde puedo hallar al joven Romeo?

Romeo:

Yo puedo. Pero el joven Romeo será más viejo cuando lo encuentres que cuando lo buscabas. A falta de otro peor, yo soy el más joven de los Romeo.

Ama:

Lo dices bien.

Mercucio:

¿Cómo? ¿El peor te ha parecido bien? ¡Qué bien lo has visto! ¡Eres muy lista, muy lista!

Ama:

Si usted es Romeo, debo hacerle una confidencia.

Benvolio:

Lo va a atrapar para una cena.

Mercucio:

¡Ja! ¡Ja! ¡Una alcahueta! ¡Una alcahueta! ¡Una alcahueta!

Romeo:

¿Qué has descubierto?

Mercucio:

No es una liebre, señor, a menos, señor, que se haya puesto rancia antes de comerla.

(Canta).

Una liebre rancia, una liebre vieja

en cuaresma es muy buena comida

pero no es bocado

una vieja liebre que así se ha quedado

porque estaba rancia antes de engullida.

Mercucio *(a* Romeo *)***:**

¿No vendrás a casa de tu padre? Allí comeremos.

Romeo:

También iré yo.

Mercucio:

¡Adiós, mi antigua señora! ¡Adiós! ¡Adiós!

(Canta).

«¡Señora! ¡Señora! ¡Señora!».

(Salen Mercucio *y* Benvolio *).*

Ama:

¡Muy bien! ¡Adiós! Por favor, señor, ¿quién es ese mercachifle descocado tan contento de sus payasadas?

Romeo:

Ama, es un caballero que goza escuchándose hablar y que habla más en un minuto de lo que es capaz de oír en un mes.

Ama:

Que se largue a hablar mal de mí y me las pagará, aunque sea más fortacho de lo que es y aunque sean veinte de su calaña. Y si yo no puedo, me buscaré quienes puedan. ¡Desgraciado! ¡Piojento! Yo no soy ninguna de sus putillas. ¿Me cree de su patota?

(Volviéndose a Pedro *).*

¿Y tú, ahí te quedas tieso, y dejas que cualquier desgraciado se ría de mí como se le antoje?

Pedro:

No he visto a ningún hombre que se burlara de usted. Si lo hubiera visto, hubiera desenvainado la espada de inmediato, se lo aseguro. Si hay ocasión para una buena pelea y tengo la ley de mi parte, no hay otro como yo para desenvainarla.

Ama:

¡Por Dios santo! ¡Me siento tan ofendida que tiemblo por todas partes!

¡Desgraciado piojento!

(Dirigiéndose a Romeo *).*

Permitidme, señor, una palabra, y como ya lo he dicho, mi señorita me ha mandado a buscarte. Lo que me encargó, eso lo guardo para mí sola. {Pero primero déjeme decirle que, si la condujera al paraíso del tonto, como dicen, sería una manera muy grosera de comportarse, como dicen. Porque la dama es joven; y por eso, si usted la trata con doblez, sería verdaderamente una cosa fea para ofrecérsela a cualquier dama, y un tratamiento muy flojo.}

Romeo:

Ama, recomiéndame a tu señora y dueña. Yo te juro que…

Ama:

¡Qué gran corazón! Se lo aseguro que todo se lo diré. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué feliz va a ser!

Romeo:

¿Qué vas a decirle, si no me has oído?

Ama:

Le diré, señor, a ella que me ha jurado usted, y esto para mí es palabra de caballero.

Romeo:

Dile que encuentre un pretexto esta tarde para ir a confesarse a la celda de fray Lorenzo. Él nos confesará y nos casará.

(Dándole dinero).

Toma esto por lo que te has molestado.

Ama:

¡No, señor, ni un centavo!

Romeo:

¡Anda! ¡Te digo que lo tomes!

Ama:

¿Esta tarde, señor? Allí estará.

Romeo:

Y tú, buen ama, quédate detrás del muro de la abadía. Dentro de una hora mi criado estará contigo. Te llevará una escala de cuerdas que en el secreto de la noche me llevará a la altura, a lo más alto de mi alegría. ¡Adiós! Sénos fiel, que compensaré tus afanes. ¡Adiós! {Recomiéndame a tu señora.}

Ama:

¡Que Dios lo bendiga! {Escúcheme, señor.

Romeo:

¿Qué quieres, pues, decirme, ama querida?

Ama:

¿Es su criado confiable? ¿No oyó que se dijera

«dos guardan un secreto si se deja a uno fuera»?

Romeo:

Mi criado, no lo dudes, es fiel como el acero.

Ama:

Bueno, señor, mi señora es la más dulce de las damas… ¡Señor Dios! Cuando era una cosita parlanchina… Ah, hay un noble caballero en la ciudad, un tal Paris, que de buena gana entraría su cuchillo a bordo; pero ella, alma bendita, más querría ver un sapo, un sapo de verdad, que verlo a él. Yo la hago enojar a veces diciéndole que Paris es el hombre más apropiado, pero le garantizo a usted que, cuando digo eso, ella se pone más pálida que ningún trapo en el universo mundo. ¿No empiezan romero y Romeo las dos con la misma letra?

Romeo:

Sí, ama, ¿y qué hay con eso? Las dos con R.

Ama:

¡Ah, burlón! Así llaman al perro por su gruñido; la R es para… No, sé que eso empieza con alguna otra letra; y ella tiene los dichos más bonitos con eso, con usted y el romero, que le haría muy bien a usted escuchar.}

Romeo:

Recomiéndame a tu señora.

Ama:

¡Por supuesto, mil veces!

(Sale Romeo *).*

¡Pedro!

Pedro:

¡Aquí estoy!

Ama:

¡Pedro, toma el abanico! ¡Anda delante de mí y apresúrate!

(Salen).

Escena V

[Jardín de los Capuleto *.]*

(Entra Julieta *).*

Julieta:

Eran las nueve cuando mandé al ama;
me prometió volver en media hora.
Tal vez no lo encontró. Pero no es eso.
No puede andar, es coja. Los heraldos
del amor deben ser los pensamientos,
que caminan diez veces más que el sol
cuando ahuyenta la sombra en las colinas.
Por eso son palomas de alas ágiles
las que conducen al Amor; por eso
Cupido, hijo del viento, tiene alas.
Ya cubrió el sol la más alta colina
en su camino de hoy porque hay tres horas,
tres largas horas hay de nueve a doce,
y el ama no regresa todavía.
Si en sus venas ardiera sangre joven

rebotaría como una pelota,
hacia él la enviarían mis palabras,
sus palabras me la devolverían.
Pero los viejos son como los muertos,
lentos, torpes, pesados como el plomo.
(Entra el ama *con* Pedro *).*
¡Dios mío! ¡Ya llegó! Ama adorada,
¿qué noticias me traes? ¿Lo encontraste?
Despide a este muchacho.

Ama:

Pedro, espérame a la puerta.
(Sale Pedro *).*

Julieta:

Ama mía… Dios mío, ¿qué te pasa?
Si son malas noticias, por favor
dilas alegremente y, si son buenas,
no maltrates la música que traen
dándomelas con cara de vinagre.

Ama:

Estoy cansada. ¡Aguárdame un minuto!
¡Ay, me duelen los huesos, qué carrera!

Julieta:

Cambiemos tus noticias por mis huesos,
ama querida, habla, te suplico.

Ama:

¡Jesús! ¡Qué apuro! ¡Espérate un instante!

¿No te das cuenta que estoy sin aliento?

Julieta:

¡Tú sin aliento, pero con aliento

para decirme que te falta aliento!

¡Es más larga la excusa que me das

que lo que no me cuentas excusándote!

¿Son buenas o son malas tus noticias?

Respóndeme, después me dirás todo:

¿tus noticias son buenas o son malas?

Ama:

¡Bueno! ¡Qué mal has elegido! ¡No sabes cómo escoger un hombre! ¿Romeo? No, no es el hombre para ti, aunque tiene mejor cara que ninguno. En cuanto a pierna nadie se la gana. No hablemos de sus manos, ni de sus pies, ni de su figura. No tienen igual. No es la flor de la cortesía, pero te aseguro que es suave como un corderito. Chiquilla mía, vas bien encaminada. ¡Sirve a Dios! Cómo, ¿ya comieron aquí?

Julieta:

No, no. ¡Pero ya todo eso lo sabía yo! ¿Qué ha dicho de nuestro casamiento? ¿Qué ha dicho de eso?

Ama:

¡Jesús! Cómo me duele la cabeza;

siento que se me parte en mil pedazos.

¡Y por acá mi espalda, ay, ay, mi espalda!

¡Qué corazón de piedra el que tú tienes

para mandarme de una parte a otra

a corretear hasta caerme muerta!

Julieta:

¡Cuánto lamento que no te halles bien!

Amita mía, dime, amita mía,

¿qué te dijo mi amor?

Ama:

Tu amor me ha dicho, como honrado caballero que es, amable, bondadoso y de buena presencia, y te lo aseguro, como virtuoso… ¿Dónde está tu madre?

Julieta:

¿Que dónde está mi madre? ¡Pues, adentro!

¿Dónde va a estar? ¡Qué cosas raras dices!

«Tu amor, que es un honrado caballero…

¿en dónde está tu madre?…».

Ama:

¡Virgen santa!

¿Tan pronto te acaloras? Me imagino…

¿Es éste el bálsamo para mis dolores?

¡Lleva tú tus recados, desde ahora!

Julieta:

¡Qué enredo! Dime, ¿qué dice Romeo?

Ama:

¿Tienes permiso para confesarte?

Julieta:

Sí.

Ama:

Entonces, corre donde fray Lorenzo;

en su celda un marido está esperando
para hacerte su esposa. Estoy viendo
cómo sube el rubor a tus mejillas.
Se pondrán escarlata cuando escuches;
anda a la iglesia. Yo por otro lado
me buscaré una escala con la cual
tu amor va a encaramarse hacia su nido
como un pájaro, apenas anochezca.
Ya ves cómo trabajo por tu dicha,
pero esta noche es para ti el trabajo.
¡Vamos! Voy a comer. ¡Corre a la celda!

Julieta:

¡Corro a la dicha! ¡Adiós, ama querida!

{(Salen por separado)}.

Escena VI

{[Celda de fray Lorenzo *.]}*

(Entran fray Lorenzo *y* Romeo *).*

F. Lorenzo:

Sonría el cielo a este sagrado rito
y que ningún dolor pueda dañarlo.

Romeo:

¡Amén! ¡Amén! ¡Pero ningún dolor
podría equipararse a la alegría
que siento al verla junto a mí un instante!
Que tus palabras unan nuestras manos

y la devoradora del amor,
la muerte, haga después su voluntad;
a mí me basta que a la amada mía
pueda llamarla desde ahora mía.

F. Lorenzo:

El fin violento del placer violento
muere triunfando como fuego y pólvora
que se consumen en su propio beso,
y la más dulce miel resulta odiosa,
su excesiva dulzura nos hastía.
Te durará el amor si lo moderas.
Llega el veloz tan tarde como el lento.
(Entra Julieta *).*
Aquí está la muchacha. Un pie tan leve
no gastará jamás la piedra eterna.
Un amante es capaz de cabalgar
sobre las telarañas que en verano
pueblan el aire; tal vez no caería,
así es la levedad del desvarío.

Julieta:

¡Buenas tardes, mi padre confesor!

F. Lorenzo:

Será Romeo quien te dé las gracias.

Julieta:

Es también mi saludo para él.

Romeo:

Julieta, si se mide tu alegría
por la mía y la expresas con más arte,
endulza con tu aliento el aire libre
y deja que tu voz llena de música
diga la dicha de este dulce encuentro.

Julieta:

El sentimiento tiene más sustancia
que las palabras y se enorgullece
no del adorno, sino de su esencia.
Su caudal sólo cuenta el pordiosero;
¡mi amor se ha acrecentado de tal modo
que se hace incalculable mi riqueza!

F. Lorenzo:

¡Vamos y aceleremos nuestra obra!
Perdón, porque no puedo dejar solas
a dos personas hasta que de ellas
haga una sola nuestra santa Iglesia.

(Salen).

Acto III

Escena I

[Verona, una plaza.]

(Entran Mercucio, Benvolio, *un* paje *y* sirvientes *).*

Benvolio:

¡Vámonos, buen Mercucio, te lo ruego!

¡Hace calor! Andan los Capuleto

sueltos, y si con ellos nos hallamos

habrá gresca, porque con estos días

de calor, llega a hervir la sangre loca.

Mercucio:

Tú me recuerdas a uno de esos valentones que cuando entran en una taberna blanden la espada sobre la mesa diciendo: «Dios quiera que no te necesite». Y a la segunda copa la sacan y amenazan sin motivo alguno al mozo que les quita el vino.

Benvolio:

¿Me crees uno de ésos?

Mercucio:

¡Vamos, vamos! En Italia no hay otro tan arrebatado como tú, y tan pronto te irritas hasta enfurecerte como te enfureces por haberte irritado.

{Benvolio:

¿Y qué?

Mercucio:

No, si hubiera dos así, en breve no tendríamos ninguno, porque se matarían uno a otro. ¡Tú! Caramba, tú querrías pelea con un hombre que tuviera un pelo más o un pelo menos que tú en la barba. Tú querrías pelea con un hombre si rompiera nueces, por ninguna otra razón que porque tú tienes ojos almendrados. ¿Qué ojo sino un ojo así encontraría una pelea así? Tu cabeza está tan llena de peleas como un huevo está lleno de alimento, y sin embargo por pelear tu cabeza ha quedado a

golpes más huera que un huevo. Te has peleado con un hombre porque tosió en la calle, pues despertó a tu perro que se había echado a dormir al sol. ¿No reñiste con un sastre porque se puso un jubón nuevo antes de Pascua, y con otro porque se ató los zapatos nuevos con cinta vieja? Y sin embargo quieres enseñarme a abstenerme de pelear.

Benvolio:

Si yo fuera tan propenso a la pelea como tú, cualquiera podría comprar el simple total de mi vida por nada más que una hora y cuarto.

Mercucio:

¡El simple total! ¡Ah, simplón!}

Benvolio:

¡Por mi cabeza! ¡Aquí vienen los Capuleto!

Mercucio:

¡Por mis talones! ¡Me tienen sin cuidado!

(Entran Tybaldo *y otros).*

Tybaldo:

¡Sigan a mi lado! ¡Yo quiero hablar con ellos! ¡Buenas tardes, señores! ¡Una palabra con uno de ustedes!

Mercucio:

¿Y una sola palabra con uno de nosotros? ¡Hay que agregarle algo, digamos una palabra y un golpe!

Tybaldo:

¡Estoy listo para eso, si me dan la ocasión!

Mercucio:

¿Y no puede tomarse la ocasión sin que se la demos?

Tybaldo:

Mercucio, tú te has concertado con Romeo.

Mercucio:

¿Concertado? ¿Nos tomas por musicantes? ¡Si quieres hacer musicantes de nosotros, no vas a oír acordes, sino discordias! ¡Aquí tengo el arco de mi violín!

(Se toca la espada).

¡Con él te haré bailar! ¡Vaya! ¡Qué acordes!

Benvolio:

¡Aquí hablamos en medio de las gentes;

busquemos un lugar más reservado

y razonemos con serenidad

sobre nuestros agravios, o bien vámonos!

¡Aquí todos los ojos nos observan!

Mercucio:

Deja que nos observen. Es para eso que tenemos los ojos en la cara.

¡Yo no me moveré por darles gusto!

(Entra Romeo *).*

Tybaldo:

¡Sea la paz conmigo! Aquí está mi hombre.

Mercucio:

¡Que me ahorquen si lleva tu librea!

Te seguirá si sales al terreno

y será el hombre de Su Señoría.

Tybaldo:

Romeo, es tanto lo que yo te quiero

que no tengo otro modo de expresarlo,

sino decirte que eres un «villano».

Romeo:

Tybaldo, las razones que yo tengo

para quererte excusarán la rabia

de tu saludo. ¡No soy un villano!

¡Por eso, adiós! ¡Tal vez no me conoces!

Tybaldo:

¡Muchacho! ¡Esto no excusa las ofensas

que me has hecho! ¡No sigas! ¡Ponte en guardia!

Romeo:

Te aseguro que nunca te he ofendido

y que te quiero más de lo que piensas.

Pronto sabrás la causa de mi afecto;

¡buen Capuleto, deberá bastarte

que tu nombre lo estimo como el mío!

Mercucio:

¡Qué sumisión tan vil y deshonrosa!

¡ *Alla stoccata* borraremos eso!

(Saca la espada).

¡Ven a bailar, Tybaldo, matarratas!

Tybaldo:

¿Qué quieres tú conmigo?

Mercucio:

¡Nada, buen rey de los gatos, sino una de tus siete vidas! ¡Ésa me dará más audacia, y según te portes conmigo, después les pegaré de lo lindo a las seis que te queden! ¿Quieres tirar tu espada de las orejas y desenvainarla? ¡Date prisa! ¡No sea que antes de sacarla te zumbe la mía por tus orejas!

Tybaldo:

¡A tus órdenes!

(Saca la espada).

Romeo:

¡Guarda tu espada, Mercucio querido!

Mercucio:

¡Vamos a ver, señor, el pase tuyo!

(Se baten).

Romeo:

¡Benvolio, desenvaina! ¡A desarmarlos!

¡Paremos sus espadas! ¡Qué vergüenza!

¡Que no ocurra esta infamia, caballeros!

¡Oh, Tybaldo, Mercucio! ¡Nuestro príncipe

prohibió estas pendencias en Verona!

¡Para, Tybaldo! ¡Ay, mi buen Mercucio!

(Tybaldo *hiere a* Mercucio *por debajo del brazo de* Romeo *y huye con los suyos).*

Mercucio:

¡Estoy herido! ¡Ya me despacharon!

¡Malditas sean vuestras dos familias!

¿Y ése se fue? ¿Y no le tocó nada?

Benvolio:

¿Cómo, estás herido?

Mercucio:

¡Sí, un rasguño!

¡Válgame Dios, pero con esto basta!

¿Mi paje, dónde está? ¡Tráete un médico!

(Sale el paje).

Romeo:

¡Valor! ¡La herida no ha de ser tan grave!

Mercucio:

No. No es tan honda como un pozo, ni tan ancha como puerta de iglesia, pero es bastante. ¡Cumplirá su fin! ¡Pregunta por mí mañana y verás qué tieso estoy! ¡Lo que es para este mundo ya estoy cocinado! ¡Malditas sean vuestras dos familias!

¡Qué cosa! ¡Que un perro, un ratón, una rata, un gato puedan matar a un hombre de un arañazo! ¡Un matón, un pícaro, un bellaco, que se batía según su libro de aritmética! ¿Por qué diablos te metiste entre nosotros dos? ¡Me hirió por debajo de tu brazo!

Romeo:

¡Quise hacer lo mejor!

Mercucio:

Ay, llévame, Benvolio, a alguna casa

o me desmayaré. ¡Malditas sean

vuestras familias! ¡Culpa de las dos

soy desde ahora carne de gusanos!

¡Ya me dieron lo mío! ¡Qué familias!

(Sale, ayudado por Benvolio *).*

Romeo:

¡Este Mercucio, familiar del príncipe

y mi mejor amigo, ha sido herido

de muerte, por mi causa! Está manchado

mi honor por la insolencia de Tybaldo,

por Tybaldo que desde hace una hora

es mi primo. ¡Julieta, mi Julieta!

¡Tu belleza me vuelve afeminado!

¡Se ablanda en mí el acero del valor!

(Entra Benvolio *).*

Benvolio:

¡Nuestro Mercucio, el valeroso, ha muerto!

¡Ah, Romeo, Romeo, su alma noble

que tan temprano desdeñó a la tierra

llegó por fin a unirse con las nubes!

Romeo:

¡El sombrío destino de este día

amenaza los días venideros!

¡Aquí sólo empezó la desventura,

otros días habrán de darle fin!

{(Entra Tybaldo *).}*

Benvolio:

¡El furioso Tybaldo está de vuelta!

Romeo:

¡Mercucio muerto y tú vivo y triunfante!

¡Al diablo que se vaya mi cordura,

que los ojos de fuego de la cólera

dirijan desde ahora mi conducta!

(A Tybaldo *).*

¡Te devuelvo el «villano» que me diste!

¡Porque, Tybaldo, el alma de Mercucio

vuela apenas encima de nosotros

esperando que tu alma la acompañe!

¡Tú, yo, o bien los dos, la seguiremos!

Tybaldo:

¡Tú, pobre diablo, que lo acompañabas

aquí abajo, irás a verlo arriba!

Romeo *(sacando la espada)***:**

¡Es esto lo que debe decidirlo!

(Se baten. Cae Tybaldo *).*

Benvolio:

¡Romeo, vete! ¡Corre!

¡Tybaldo ha muerto! ¡El vecindario acude!

¡No te quedes pasmado! ¡Si te cogen,

tu sentencia de muerte impondrá el príncipe!

¡Corre! ¡Pronto!

Romeo:

¡Qué idiota es mi destino!

Benvolio:

¿Aún estás aquí?

(Sale Romeo *. Entran* ciudadanos *).*

Ciudadano 1.º:

¿Por dónde ha huido el que mató a Mercucio?

¿Dónde escapó Tybaldo, ese asesino?

Benvolio:

¡Ahí está, tendido, ese Tybaldo, muerto!

Ciudadano 1.º:

¡Vamos, señor, y sígame! ¡En el nombre

del príncipe, le pido que obedezca!

(Entran el príncipe *con su séquito, el viejo* Montesco *,* Capuleto *, sus* esposas *y otros).*

Príncipe:

¿Quiénes son los canallas que empezaron

esta reyerta?

Benvolio:

¡Oh, mi noble príncipe,

puedo contarte esta fatal querella!

A tu pariente, el ejemplar Mercucio,

lo mató este que yace aquí, Tybaldo.

Y a éste lo mató el joven Romeo.

Sra. Capuleto:

¡Es mi primo, es el hijo de mi hermano!

¡Oh, príncipe! ¡Oh, esposo! ¡Ésta es sangre

de mi pariente amado! ¡Si eres justo,

oh príncipe, por esta sangre nuestra

que se derrame sangre de Montesco!

¡Oh, Tybaldo, mi primo!

Príncipe:

Tú, Benvolio, ¿quién provocó esta riña?

Benvolio:

Fue Tybaldo, aquí yace, lo mató

la mano de Romeo. Con nobleza

antes le suplicó que meditara

en las mezquinas causas de la lucha.

{Lo expresó gentilmente, con calma, de rodillas.}

La ira desenfrenada de Tybaldo,

lo ensordeció para esta voz de paz. {Y arremete

al pecho del audaz Mercucio con su acero,

que igual de airado opone mortal punta a la punta, y, con marcial desdén, con una mano aparta

de sí a la fría muerte y envíala con la otra

de vuelta hacia Tybaldo, cuya extrema destreza

la repele. Romeo grita: «¡Amigos, cesad!

¡Amigos, separaos!». Más veloz que su lengua,

su ágil brazo echa abajo las dos puntas fatales

y se apresura entre ellas; bajo su brazo un golpe

artero de Tybaldo fue a acertar en la vida

del valiente Mercucio, y allí Tybaldo huyó;

pero inmediatamente se vuelve hacia Romeo,

que empezaba a acoger la idea de venganza,

y a ella van como un rayo, porque antes que pudiera

con mi espada apartarlos, cayó el bravo Tybaldo,

y al instante Romeo se dio vuelta y corrió.}

¡Si ésta no es la verdad, que yo me muera!

Sra. Capuleto:

Él es un familiar de los Montesco.

¡Por afecto, no dice la verdad!

¡Una veintena de ellos combatían

en esta horrible riña y entre tantos
sólo alcanzaron a matar un hombre!
¡Debes hacer justicia! ¡Te la pido,
príncipe! ¡Pido que Romeo muera
si fue Romeo el que mató a Tybaldo!

Príncipe:

Romeo lo mató y él a Mercucio.
¿Quién paga ahora esta preciosa sangre?

Montesco:

Romeo era el amigo de Mercucio,
hizo lo que la ley habría hecho:
sentenciar a Tybaldo.

Príncipe:

¡Y por su ofensa
que desterrado sea del país!
¡Llegó hasta mí vuestro camino de odio,
se derramó mi sangre en vuestras riñas!
Voy a imponeros un castigo tal
que vais a arrepentiros de mi duelo.
Seré sordo a defensas y pedidos,
ni lágrimas ni ruegos servirán
para pasar por alto estos abusos.
No los uséis, por Santo. Y que Romeo
se aleje de este sitio sin tardanza.
Si es encontrado aquí, debe morir.

¡Llevaos el cadáver de Tybaldo
y respetad las órdenes que he dado!
¡Si la clemencia absuelve a los que matan
participa del crimen la clemencia!
(Salen).

Escena II

[Jardín de Capuleto.]

(Entra Julieta *, sola).*

Julieta:

{¡Velozmente galopen, oh fogosos corceles,
en pos de la morada de Febo! Tal auriga
como Faetón a azotes los llevaría al oeste
y traería la noche nubosa de inmediato.}[13]
¡Oh, noche, protectora del amor!
¡Extiende tu cortina negra, oh noche!
¡Que se cierren los ojos acechantes
para que así, en silencio y en secreto,
pueda llegar Romeo hasta mis brazos!
¡Cubre con tu mantón la sangre indómita
que sube y se amotina en mis mejillas
y dale audacia al temeroso amor
para que con pureza se abandone!
¡Oh, noche, ven! ¡Ven tú, día en la noche,
Romeo, porque brillas en sus alas
como la nieve fresca sobre un cuervo!

¡Noche de cejas negras, dulce noche,
noche amorosa, ven con mi Romeo,
y córtalo en estrellas pequeñitas:
dará tal esplendor al firmamento
que el mundo enamorado de la noche
se olvidará del sol y de su fuego!
(Entra el ama *con unas cuerdas).*
¡Oh, aquí llega mi ama
y me trae noticias,
y aunque sólo diga «Romeo».
es música celeste!
Bien, ama, ¿qué noticias? ¿Y esas cuerdas
son las que él te dijo que buscaras?
Ama:
¡Sí, las cuerdas!
(Las tira al suelo).
Julieta:
¡Ay de mí! ¿Qué ha pasado?
¿Por qué estás restregándote las manos?
Ama:
¡Ay, qué día! ¡Está muerto, muerto, muerto!
Se acabó todo. ¡Todo se acabó!
¡No existe, lo mataron, está muerto!
Julieta:
¿Y puede ser el cielo tan malvado?

Ama:

¡El cielo no, pero Romeo sí!

¡Quién lo hubiera pensado de Romeo!

¡Oh, Romeo, Romeo!

Julieta:

¿Qué demonio eres para atormentarme?

¡Este suplicio es digno del infierno!

¿Romeo se mató? Si dices «sí»,

será esta sílaba más venenosa

que la mortal mirada de la arpía.

Ama:

¡Yo vi la herida con mis propios ojos

—que Dios me ampare— sobre su ancho pecho!

Un cadáver sangriento, lastimoso,

pálido, pálido como la ceniza

y cubierto de sangre y de coágulos,

¡Apenas lo miré, perdí el sentido!

Julieta:

Corazón mío, derrotado, rómpete,

rómpete de inmediato. ¡A la prisión,

ojos míos! ¡La libertad se acaba!

¡Cuerpo mortal, resígnate a la tierra!

¡Termina todo movimiento aquí!

¡Y que sobre Romeo y sobre ti

descienda el peso de una misma losa!

Ama:

¡Oh, tú, Tybaldo, mi mejor amigo!

¡Cortés Tybaldo! ¡Honesto caballero!

¡Que haya vivido para verte muerto!

Julieta:

¡Qué tempestad de vientos tan contrarios!

¿Mataron a Romeo y a Tybaldo?

¿Mi primo amado y mi adorado esposo?

¡Entonces, oh trompeta pavorosa,

resuena! ¡Ya llegó el día del Juicio!

¡Porque si han muerto aquellos dos,

no hay nadie que pueda seguir vivo en este mundo!

Ama:

Tybaldo ha muerto. Lo mató Romeo.

¡Romeo debe irse, desterrado!

Julieta:

¡Dios mío! ¿Fue la mano de Romeo

la que esparció la sangre de Tybaldo?

Ama:

¡Así es! ¡Así es! ¡Ay, qué maldito día!

Julieta:

{¡Corazón de serpiente bajo un rostro florido!

¿Guardó una vez algún dragón tan bella gruta?

¡Bellísimo tirano! ¡Demonio angelical!

¡Cuervo rapaz con plumas de paloma!

¡Cordero lobuno! ¡Mala esencia con aspecto divino!
¡Justo opuesto a lo que justamente pareces,
un santo condenado y un villano honorable!}
Naturaleza, ¿qué hay en el infierno
cuando alojaste el alma de un demonio
en el edén de un cuerpo tan hermoso?
{¿Ha existido algún libro con tan vil contenido
y bello encuadernado? ¿Por qué el engaño habita
en un palacio tan vistoso?}

Ama:

{No hay confianza,
ni fe, ni honestidad en los hombres; son todos
perjuros, todos falsos, hipócritas, malvados.
¿Dónde está el que me sirve? Necesito aguardiente.}
¡Me están poniendo vieja tantas penas,
tantos quebrantos, tantas aflicciones!
¡Que a Romeo le caiga la deshonra!

Julieta:

¡Que te queme la lengua lo que has dicho!
¡Él no nació para deshonra alguna!
¡Y se deshonraría el deshonor
si tocara su frente que merece
recibir la corona del amor
como único rey del universo!
¡Qué monstruo he sido yo para insultarlo!

Ama:

¡No hables así del que mató a tu primo!

Julieta:

¿Y quieres que hable mal del que es mi esposo?
Ay, mi pobre señor, ¿qué lengua humana
te podrá respetar, si a las tres horas
de ser tu esposa, yo te he calumniado?
Pero, infame, ¿qué causa te llevó
a matar a mi primo? ¡El primo infame
que habría asesinado a mi marido!
¡Vuélvete, llanto inútil, a tu fuente,
tus gotas son tributos al dolor
que ofreces por error a la alegría!
Mi marido está vivo, al que Tybaldo
quiso matar, pero Tybaldo ha muerto.
¡El que quiso matar a mi marido!
¡Todo esto me consuela! ¿Y por qué lloro?
Ha sido una palabra que escuché,
algo peor que la muerte de Tybaldo,
lo que me aniquiló. ¡La olvidaría
con gusto, pero oprime mi memoria
como un crimen el alma del culpable!
¡Romeo, mi Romeo desterrado!
¡Ha sido la palabra «desterrado».
la que en verdad mató diez mil Tybaldos!

La muerte de Tybaldo era bastante
dolor, si allí se hubiera terminado.
O si la desventura se deleita
acompañándose con otras penas,
¿por qué cuando ella me anunció la muerte
de Tybaldo, no continuó diciéndome
que mi padre o mi madre habían muerto?
¡Cabían todos en el sufrimiento!
Pero siguió a la muerte de Tybaldo
Romeo «desterrado». Esa palabra
significa que madre, padre, primo,
y Romeo y Julieta, han muerto todos.
¡Romeo «desterrado»! ¡No hay medida,
no hay límite, no hay fin, no tiene término
la muerte que contiene esa palabra,
no hay palabra que exprese ese dolor!
Mi padre, ama, mi madre, ¿dónde están?

Ama:

¿Quieres verlos? Están junto al cadáver
de Tybaldo, gimiendo y sollozando.
Ven conmigo.

Julieta:

¡Si con lágrimas lavan sus heridas,
cuando se sequen, gastaré las mías
a causa del destierro de Romeo!

¡Toma esas cuerdas! Fuimos engañadas,

pobre escala, tú y yo, porque Romeo

ha sido desterrado. Él pretendía

que fueras tú el camino hasta mi lecho.

¡Ahora soy una doncella viuda!

¡Moriré virgen! Vamos andando, escala,

vamos, ama, voy al lecho nupcial,

¡que mi virginidad tome la muerte

y no Romeo!

Ama:

Márchate a tu alcoba,

voy a salir en busca de Romeo

para que te consuele. ¡Sabré hallarlo!

¡Vendrá a verte esta noche tu Romeo!

¡Corro a verme con él! Está escondido en la celda de fray Lorenzo, ¿me oyes?

Julieta:

¡Ay, encuéntralo, encuéntralo, y entrega

este anillo a mi claro caballero!

¡Que venga! ¡Le daré mi último adiós!

(Salen).

Escena III

[Celda de fray Lorenzo *.]*

(Entra fray Lorenzo. *).*

F. Lorenzo:

¡Romeo, ven acá; ven, receloso!
¡De ti se ha enamorado la desdicha
y te casaste con la desventura!
(Entra Romeo *).*

Romeo:

Padre, ¿tienes noticias? ¿Qué sentencia
ha dado el príncipe? ¿Cuáles tristezas
que no conozco aún se dan la mano?

F. Lorenzo:

¡Qué acostumbrado estás, hijo querido,
a andar en tan amarga compañía!
Romeo, el príncipe ya dio su juicio.

Romeo:

¿Es menos duro que el Juicio Final?

F. Lorenzo:

De sus labios salió un fallo más suave.
¡No te condena a muerte: te destierra!

Romeo:

¿Me destierra? ¡Ten lástima de mí!
Dime «muerte». ¡El destierro es más terrible
que la muerte! ¡No me hables de destierro!

F. Lorenzo:

¡Has sido desterrado de Verona!
¡Y ten paciencia, porque el mundo es ancho!

Romeo:

¡No hay mundo sin los muros de Verona,
sino tortura, purgatorio, infierno!
¡Si yo salgo de aquí, salgo del mundo,
y si salgo del mundo soy un muerto!
¡Exilio es otro nombre de la muerte,
y si tú llamas a la muerte exilio,
me decapitas con un hacha de oro
y sonríes del golpe que me mata!

F. Lorenzo:

¡Qué pecado mortal, qué ingratitud!
¡La ley condena a muerte tu delito,
pero, pasando por sobre la ley,
el buen príncipe se puso de tu parte:
cambió a destierro tu condena a muerte!
¡Y esta clemencia tú no la agradeces!

Romeo:

No es clemencia, es tormento. ¡Aquí está el cielo,
donde vive Julieta! Y todo gato,
todo perro o ratón, todas las cosas
por indignas que sean, ellas viven
en el cielo, si miran a Julieta.
¡Sólo Romeo no puede mirarlas!
Las moscas, hijas de la podredumbre,
merecen más honor y más respeto
que Romeo. Ellas pueden detenerse

tocando, si lo quieren, de Julieta

la blanca maravilla de su mano.

{Y robar la inmortal bendición de sus labios, que siempre por su pura modestia virginal

se ruborizan como si al besarse pecaran;

mas Romeo no puede, porque está desterrado.}

¿Y dices que el destierro no es la muerte?

{¿No tienes un veneno, o un cuchillo filoso,

medios de muerte rápida, pero menos mediocres

que «desterrado» para matarme? ¿Desterrado?}

Oh, fraile, esta palabra, entre alaridos,

la dice el condenado en el infierno,

¿y tienes corazón para decírmela

tú, que confiesas almas, que eres siervo

de Dios, tú, que perdonas los pecados

y que te dices mi mejor amigo?

¡La palabra «destierro» me desgarra!

F. Lorenzo:

¡Amante loco, escucha una palabra!

Romeo:

¿Me seguirás hablando de destierro?

F. Lorenzo:

Defiéndete, aquí tienes la armadura:

es la filosofía, dulce bálsamo

contra el dolor, {incluso desterrado[14].

Romeo:

¿Más «desterrado»? ¡A la horca con la filosofía!

Si la filosofía no crea una Julieta,

no revoca sentencias, no mueve una ciudad,

no sirve, no podrá prevalecer. No sigas.

F. Lorenzo:

Ya veo que los locos nada tienen de oídos.

Romeo:

¿Cómo van a tener, si el sabio no tiene ojos?

F. Lorenzo:

Déjame razonar contigo de tu estado.}

Romeo:

¡No me hables tú de lo que tú no sientes!

¡Si tuvieras mi edad y si Julieta

fuera tu amor, si te hubieras casado

hace sólo una hora, si a Tybaldo

hubieras tú tenido que matar,

si amaras con delirio como yo

y como yo estuvieras desterrado,

entonces sí que podrías hablar,

tirarte los cabellos, desplomarte

sobre la tierra como lo hago ahora

tomando la medida de mi tumba!

(Llaman adentro).

F. Lorenzo:

Escóndete, Romeo. ¡Están llamando!

Romeo:

Yo no lo haré. ¡Que mi dolor me esconda!

(Golpean).

F. Lorenzo:

¿Oyes cómo golpean? ¿Quién es? ¡Vamos,

Romeo, arriba! ¡Van a detenerte!

(Otra vez golpean).

¡Corre a mi estudio!

(Llaman otra vez).

¡Un momento! ¡Un momento!

¡Dios mío, qué locura! ¡Voy! ¡Ya voy!

(Llaman de nuevo).

¿Quién golpea tan fuerte? ¿Qué desean?

Ama *(desde adentro)***:**

¡Déjenme entrar y sabrán lo que quiero!

¡Vengo de parte de doña Julieta!

F. Lorenzo:

¡Entonces, bienvenida!

(Entra el ama *).*

Ama:

¡Oh, santo fraile! Oh, dime, santo fraile,

¿en dónde está el señor de mi señora?

¿En dónde está Romeo?

F. Lorenzo:

¡Ahí, en el suelo,

está borracho con sus propias lágrimas!

Ama:

¡Está lo mismo que mi señorita,

está como ella!

F. Lorenzo[15]:

¡Triste semejanza!

¡Qué condición doliente!

Ama:

¡Está tendida

llorando y sollozando, como él

sollozando y llorando!

(A Romeo).

¡Levántate, levántate!

¡Pórtate como un hombre por Julieta!

¡Por su amor, por su amor, ponte de pie!

¿Cómo puedes llegar a este quebranto?

Romeo *(se levanta)***:**

Ama…

Ama:

¡Bueno, la muerte se lo lleva todo!

Romeo:

¿Hablabas de Julieta? ¿Cómo está?

¿Piensa de mí que soy un asesino,

o que manché con sangre casi suya

el nacimiento de nuestra alegría?
Ama, ¿qué dice mi secreta esposa
de nuestro amor deshecho? ¿Dónde está?
Ama:
¡Señor, no dice nada, pero llora,
llora, cae en su cama, y sigue el llanto!
Llama a Tybaldo, grita por Romeo,
y otra vez cae.
Romeo:
¡Como si este nombre
disparado por un arma terrible
la hubiera asesinado, la maldita
mano con ese nombre que también
asesinó a su primo! Oh, dime, fraile,
¿en qué parte malvada de mi cuerpo
se halla mi nombre? Dímelo, que quiero
aniquilar ese lugar odioso.
(Saca su daga. Trata de clavársela {pero lo detienen}.) **F. Lorenzo:**
¡Detén tu mano insana! ¿Eres un hombre?
¡Tu figura es de tal, pero tu llanto
es de mujer y tu violencia muestra
la cólera salvaje de una fiera!
¿Mataste tú a Tybaldo? ¿Y ahora quieres
matarte tú, matando al mismo tiempo
a Julieta que vive de tu vida?

¿Quieres más odio sobre tu cabeza?

{¿Por qué tu nacimiento, la tierra, el cielo ultrajas, siendo que nacimiento, tierra y cielo se aúnan

en ti a la vez, y quieres perderlos a la vez?

Bah, avergüenzas tu forma, tu amor, tu entendimiento, y, como un usurero, tienes todo abundante

y de nada haces uso con el uso debido

para adornar tu forma, tu amor, tu entendimiento.

No es más tu noble forma que una imagen de cera,

si es que así se desvía del valor varonil;

tu caro amor jurado sólo hueco perjurio,

si matas ese amor que juraste abrigar;

tu entendimiento, ornato de tu forma y tu amor,

desgraciado en el modo de guiar a una y el otro,

como pólvora en manos de un soldado inexperto

viene a prenderse fuego por tu propia ignorancia

y quedas desmembrado por tu propia defensa.

¡Vamos, hombre, levántate! Tu Julieta está viva,

por cuyo caro amor morías hace poco; en eso tienes suerte, Tybaldo te mataba,

pero tú lo mataste, y en eso tienes suerte.}

La ley que amenazaba exterminarte

se dulcifica enviándote al destierro. {Y en eso tienes

[suerte.

Un haz de bendiciones se aliviana en tu espalda,

la suerte te corteja con sus galas mejores,

pero como una moza caprichosa y arisca
miras con mala cara tu fortuna y tu amor.
Atención, atención, porque ésos mueren mal.}
¡Anímate! ¡Ve a casa de tu amada
y sube a su aposento a consolarla!
No te quedes allí más de la hora
en que se apostarán los centinelas,
pues no podrías trasladarte a Mantua,
en donde vivirás hasta el momento
en que se reconcilien tus amigos,
se pueda conocer tu matrimonio
y logremos que el príncipe perdone.
¡Ándate, ama! ¡Saluda a tu señora!
Con la pena que tienen será fácil
que todo el mundo se acueste temprano.
¡No tardará Romeo!

Ama:

¡Oh, señor, escuchando estos consejos
me quedaría aquí toda la noche!
¡Oh, lo que es la instrucción! Bien, señor mío,
le diré a mi señora que vendrás.

Romeo:

Dile que se disponga a regañarme.

Ama:

Me encargó que te diera esta sortija.

¡Démonos prisa, se está haciendo tarde!

(Sale).

Romeo:

¡Este regalo me hace revivir!

F. Lorenzo:

¡Márchate! ¡Buenas noches! Se decide
tu suerte aquí. Debes estar ya lejos
cuando monten la guardia, o de otro modo
saldrás desde aquí mismo disfrazado
rompiendo el día. Vivirás en Mantua.
De tiempo en tiempo con tu servidor
te mandaré a contar lo que suceda.
Dame la mano. ¡Es tarde! ¡Buenas noches!

Romeo:

¡Sería un gran dolor decirte adiós,
pero me está esperando la alegría!
¡Adiós!

(Sale{n por separado}.)

Escena IV

[Una sala en la casa de los Capuleto.]

(Entran el viejo Capuleto *, su* mujer *y* Paris *).*

Capuleto:

Tan tristes son las cosas que han pasado,
señor, que aún no he hablado con mi hija.
Toma en cuenta el afecto que sentía

por su primo Tybaldo, como yo.
¡Bueno, todos tenemos que morir!
Es tarde ya, no bajará Julieta,
y si no fuera por acompañarte
yo me habría acostado hace una hora.

Paris:

¿Cómo hablarle de amor con tantas penas?
¡Señora, adiós! ¡Que no me olvide su hija!

Sra. Capuleto:

Mañana ya sabremos lo que piensa.
¡Esta noche la agobia su tristeza!

Capuleto:

Conde Paris, me atrevo a prometerle
la mano de mi hija. Estoy seguro
de que ella sólo hará lo que yo diga.
¡Sobre esto no cabe duda alguna!
Antes de irte a la cama, habla con ella,
que conozca el amor de mi hijo Paris,
¿me oyes, mujer?, y que el miércoles próximo,
pero, ¿qué día es hoy?

Paris:

Lunes, señor.

Capuleto:

¿Lunes? ¡Ya! ¡Ya! No puede ser el miércoles.
Es demasiado pronto. ¡Bien, el jueves

se casará con este noble conde!
¿Estarás listo? ¿Te complace este apuro?
Nada de pompa. Dos o tres amigos,
porque, comprenderás, es tan reciente
la muerte de Tybaldo, nuestro primo,
que pensarían mal de un gran festejo.
¡Media docena de invitados basta!
Pero, ¿tú estás de acuerdo con el jueves?

Paris:

¡Ay, señor, que mañana sea jueves!

Capuleto:

Ándate, pues. ¡Será el jueves, entonces!
¡Y tú, mujer, antes de irte a la cama
sube a ver a Julieta, y la preparas
para la fecha de su matrimonio!
¡Adiós, señor! ¡Traigan luz a mi pieza!
¡Ah, caramba! ¡Se está haciendo tan tarde
que en un instante más será temprano!
¡Buenas noches!
(Salen).

Escena V

[Jardín de Capuleto.]
(Entran Romeo *y* Julieta *).*

Julieta:

¿Ya quieres irte? No ha asomado el día,

la voz del ruiseñor, no de la alondra,
atravesó tu oído temeroso:
canta en la noche, encima del granado.
¡Fue el ruiseñor, ya sabes, amor mío!

Romeo:

¡Fue la alondra que anuncia la mañana,
no el ruiseñor, mi amor; mira las rayas
de la luz envidiosa que desgarra
las nubes, allá lejos, al oriente!
Se apagaron los cirios de la noche
y en puntillas el día se levanta
sobre la bruma de los altos montes.
¡Si parto, vivo! ¡Si me quedo, muero!

Julieta:

Aquella luz lejana no es el día;
el sol se desprendió de un meteoro
que te acompañe en el camino a Mantua
y como antorcha aclare tu camino.
¡Quédate, pues, aún te queda tiempo!

Romeo:

¡Que me aprisionen y me den la muerte
si así lo quieres tú, yo estoy contento!
¡Diré que aquella lejanía gris
no son los nuevos ojos de la aurora,
sino la frente pálida de Cynthia,

y que no son los trinos de la alondra
los que pueblan la bóveda del cielo!
Yo no quiero partir, quiero quedarme.
Bienvenida la muerte, si Julieta
lo quiere. Conversemos. No es de día.

Julieta:

¡Es de día! ¡Es de día! ¡Ándate pronto!
Es la alondra que canta y desafina
con feos desacordes y aspereza.
Si su canto reúne la dulzura
no es dulce si a nosotros nos separa.
¡Suelen decir que el sapo con la alondra
se prestaron los ojos uno a otro,
también debieron de trocar sus voces!
Porque ese trino rompe nuestro abrazo
echándote de aquí con su alborada.
¡Está aclarando más y más, adiós!

Romeo:

¡Está aclarando más y más el día,
más y más se oscurecen nuestras penas!

(Entra el ama *).*

Ama:

¡Señora!

Julieta:

¿Ama?

Ama:

Viene a tu pieza tu señora madre.

¡Prudencia! ¡Ten cuidado! ¡Apunta el día!

(Sale).

Julieta:

¡Ventana, entonces, deja entrar el día

y que salga la vida!

Romeo:

Un beso más, y bajo. ¡Adiós! ¡Adiós!

(Desciende).

Julieta:

¿Así te has ido, mi señor, mi amor,

mi amigo? ¡Esperaré noticias tuyas

durante todo el día de la hora,

porque en cada minuto hay muchos días!

¡Contando el tiempo así, seré ya vieja

cuando vea otra vez a mi Romeo!

Romeo:

¡Adiós! ¡No perderé ocasión alguna

de enviarte mis recuerdos, amor mío!

Julieta:

Ay, ¿nos encontraremos otra vez?

Romeo:

No lo dudes, ¡y todas estas penas

se endulzarán cuando las recordemos!

Julieta:

¡Dios mío, siento el peso de un presagio!

¡Es como si te viera, estás abajo,

como un muerto en el fondo de una tumba!

¡O mi vista me engaña o te ves pálido!

Romeo:

¡Así también, mi amor, te ven mis ojos!

¡El dolor bebe nuestra sangre! ¡Adiós!

(Sale).

Julieta:

¡Suerte! ¡Suerte! Te dicen veleidosa;

sí ésa es tu condición, ¿qué harás con él,

con su fidelidad? Sé caprichosa,

suerte, que te fatigue su presencia

y así me lo devuelvas.

Sra. Capuleto *(desde adentro)***:**

Hija mía,

¿te levantaste ya?

Julieta:

¿Quién es? ¿Mi madre?

¿Aún no se acuesta, o ya se levantó?

¿Por qué razón puede venir a verme?

(Entra la madre *).*

Sra. Capuleto:

¿Qué te pasa, Julieta?

Julieta:

No estoy bien.

Sra. Capuleto:

¿Todavía llorando por tu primo?

¿Crees que así lo sacas de la tumba?

No resucitaría con tus lágrimas.

¡Basta! ¡El dolor es prueba de cariño,

pero tanto dolor es tontería!

Julieta:

¡Yo tengo que llorar lo que he perdido!

Sra. Capuleto:

{Así vas a sentir la pérdida, no a aquel

por el que estás llorando.

Julieta:

Sintiendo así la pérdida,

no puedo menos que llorar siempre por él.

Sra. Capuleto:

Bueno, niña, tú lloras no tanto por su muerte

como porque el villano que lo ha matado vive.

Julieta:

¿Qué villano, señora?

Sra. Capuleto:

Sí, el villano Romeo.

Julieta *(aparte)***:**

Entre un villano y él hay millas de distancia.

(En voz alta).

Dios lo perdone, como de corazón yo lo hago;

no obstante, ningún hombre tanto como él me aflige.

Sra. Capuleto:

Eso es porque el traidor asesino vive aún.

Julieta:

Sí, señora, y muy lejos de alcance de mis manos.

¡Querría vengar sola la muerte de mi primo!

Sra. Capuleto:

Ya tendremos venganza por eso, tú no temas.

No llores más, entonces. Mandaré a alguien a Mantua, donde ese renegado desterrado vive ahora,

a que le dé a beber una tan rara dosis

que él pronto habrá de hacerle compañía a Tybaldo.

Y yo espero que entonces estarás satisfecha.

Julieta:

En verdad no podré nunca estar satisfecha

con Romeo hasta tanto consiga verlo… muerto,

tanto me aflige el pobre corazón mi pariente.

Señora, si es que puedes sólo encontrar a un hombre

que le lleve el veneno, yo lo prepararé,

de modo que Romeo, ni bien lo haya tomado,

se duerma en paz. ¡Ah, cómo mi corazón detesta

escucharlo nombrar y no poder ir a él

a mostrar el amor que tenía a mi primo

en el cuerpo de quien lo asesinó!}

Sra. Capuleto:

Encuentra tú los medios, y yo encontraré al hombre.

Pero ahora:} Voy a darte noticias que te alegren.

{Julieta:

Viene bien la alegría cuando hace tanta falta.

¿Cuáles son las noticias, te suplico?

Sra. Capuleto:

Bien, bien, hija, tú tienes un padre que te cuida,

y que, a fin de apartarte de tu desolación,

ha organizado un día de alegría imprevisto,

que tú no te esperabas ni yo estaba buscando.

Julieta:

Señora, enhorabuena, ¿qué día ha de ser ése?

Sra. Capuleto:}

¡Hija mía, temprano, el jueves próximo

te esperará en la iglesia de San Pedro

el joven y gallardo conde Paris:

ese día este noble caballero

te hará feliz haciéndote su esposa!

Julieta:

¡Ay, por San Pedro y por su santa Iglesia,

no puedo ser una feliz esposa!

¿Por qué este apremio para desposarme

con alguien que hasta ahora no me ha hablado

de amor? Quiero que digas a mi padre

que no quiero {aún} casarme{, y el día en que me case, con Romeo ha de ser, a quien sabes tú que odio,

antes bien que con Paris. ¡Ésas sí son noticias!}[16]

Sra. Capuleto:

¡Aquí viene tu padre! ¡Ve a decírselo,

y tú misma verás cómo lo toma!

(Entran Capuleto *y el* ama *).*

Capuleto:

{Al ocaso, la tierra suele garuar rocío, pero por el ocaso del hijo de mi hermano

llueve rotundamente.}

¿Todavía más lágrimas? Muchacha,

¿te has convertido en una cañería?

¿Sigue el diluvio? {En un} pequeño cuerpo

{tú eres la imitación de un mar, un viento, un barco: pues tus ojos, que bien puedo llamar el mar,

Huyen siempre con lágrimas; barco es tu cuerpo

[que anda

por esa agua salada; los vientos, tus suspiros

que, airados con tus lágrimas, y con aquéllos éstas, sin una calma súbita te oprimirán el cuerpo

que ondea en la tormenta.}

(A la señora Capuleto *).*

{Mujer, vamos,}[17]

¿la informaste de nuestra decisión?

Sra. Capuleto:

Sí, señor. ¡La agradece y la rechaza!
¡Por mí esta boba lo que debería
hacer es desposarse con la tumba!

Capuleto:

¡Calma! ¡Quiero entender! ¡Quiero entender!
¿Cómo? ¿Lo ha rechazado? ¿No agradece?
¿No se siente orgullosa? ¿No comprende
que aunque es indigna de él, hemos logrado
convencer a este noble caballero
para que la tomara por esposa?

Julieta:

¡No me siento orgullosa! ¡Lo agradezco!
¡Nunca estaré orgullosa de lo que odio,
pero hasta lo que odio lo agradezco
si el odio se desata por amor!

Capuleto:

¿Cómo? ¿Cómo? ¿Cómo? ¿Cómo? ¡Sofismas!
«orgullosa», «agradezco» y «no agradezco».
Y sin embargo «no estoy orgullosa».
¡Óyeme, señorita melindrosa,
no me agradezcas agradecimientos,
pero prepara bien tus piernecitas
para que el jueves próximo con Paris
te vayas a la iglesia de San Pedro,

y si no vas, te llevaré a las rastras!

¡Fuera de aquí, carroña con anemia!

¡Puta, fuera de aquí! ¡Cara de sebo!

Sra. Capuleto:

¡Ay, qué vergüenza! ¿Qué? ¿Te has vuelto loco?

Julieta:

¡Buen padre, te lo pido de rodillas,

escucha una palabra, con paciencia!

Capuleto:

¡Que te ahorquen, putilla, criatura

desobediente, oye bien lo que te digo:

estarás, este jueves, en la iglesia

o no me mirarás más a la cara!

¡No me contestes, no hables, no repliques!

¡Ya me comen las manos, mujer mía!

¡Nosotros que hasta hoy nos parecía

bendición del Señor esta hija única

ahora vemos que una es demasiado

y es una maldición que la tengamos!

¡Fuera de aquí, ramera!

Ama:

¡Dios la guarde!

¡Mi señor, te equivocas al juzgarla!

Capuleto:

¿Por qué, doña Sapiencia? ¡Tú te callas!

¡Ándate con tus chismes, imprudente!

Ama:

¡Hablar no es un pecado!

Capuleto:

¡Adiós, entonces!

Ama:

¿Una no puede hablar?

Capuleto:

¡Tonta, chismosa,

déjame en paz, derrama tu elocuencia

con tus comadres! ¡No hace falta aquí!

Sra. Capuleto:

¡Te estás acalorando demasiado!

Capuleto:

¡Me vuelvo loco, por la santa hostia,

tarde, temprano, de noche, de día,

viajando, en casa, solo, acompañado,

mi único afán fue verla desposada

y ahora que la pide el conde Paris,

un joven de familia principesca,

rico, hermoso, educado con nobleza,

esta increíble necia lo rechaza!

¡Vete a comer el pasto donde quieras,

porque en mi casa no pondrás los pies!

¡No estoy bromeando, el jueves está cerca!

¡Piensa, con una mano sobre el pecho:
si eres mi hija te daré a mi amigo,
y si no, que te cuelguen, que te mueras
de hambre y miseria en medio de la calle!
¿Oyes? ¡Jamás te reconoceré,
nada de lo que tengo será tuyo!
¡Piénsalo bien, soy hombre de palabra!
(Sale).

Julieta:

¿No hay piedad por encima de las nubes
para el abismo de mi sufrimiento?
¡Oh, dulce madre mía, no me expulses!
¡Te suplico que aplaces estas bodas
un mes, una semana; si no lo haces
que se prepare mi lecho nupcial
en la sombría tumba de Tybaldo!

Sra. Capuleto:

¡No me hables! ¡Yo no quiero hablar contigo!
¡Esto se ha terminado! ¡Haz lo que quieras!
(Sale).

Julieta:

¡Oh, Dios! ¡Oh, ama! ¿Cómo impedir esto?
Tengo esposo en la tierra y fe en el cielo,
¿cómo haré que la fe vuelva a la tierra?
¡A menos que mi esposo me la envíe,

si se va de este mundo, desde el cielo!
¡Ay de mí, aconséjame, consuélame!
¡Ay, cómo el cielo puede preocuparse
de engañar a una débil criatura!
¿Qué dices? ¿No me das algún consuelo?

Ama:

¡Sí, lo tengo! Romeo desterrado,
te apuesto el mundo contra cualquier cosa,
ya no se atreverá a acercarse a ti.
Y si llega a venir será en secreto.
Mirando bien las cosas como están
es mejor que te cases con el conde.
¡Qué hermoso caballero! ¡Tu Romeo
parece, junto a él, un estropajo!
¡Un águila no tiene ojos tan verdes,
tan luminosos como los de Paris!
Maldita sea mi alma, mi señora,
si no pensara en tu felicidad:
es mejor este nuevo casamiento
que el primero, y aunque así no fuera,
está ya muerto tu primer esposo.
No te sirve de nada aunque esté vivo.

Julieta:

¿Y esto lo dices con el corazón?

Ama:

¡Y también con el alma te lo digo:
que me condenen si es una mentira!

Julieta:

Amén.

Ama:

¿Cómo?

Julieta:

¡Y bien, me has consolado a maravilla!
Ahora vete y conversa con mi madre,
dile que salgo a ver a fray Lorenzo;
después del desagrado de mi padre
quiero que me confiese y que me absuelva.

Ama:

¡Has entrado en razón, corro a contárselo!
(Sale).

Julieta:

{¡Vieja condenación! ¡Ah, demonio perverso!
¿Es un mayor pecado quererme así perjura,
o hablar mal de mi dueño con esa misma lengua
que supo hablar bien de él como de alguien sin par
tantos miles de veces?}
¡Adiós, mi confidente! ¡Desde ahora
mi corazón y tú se han separado!
¡Corro a pedirle al fraile su consejo!
¡Y si todo fracasa, no me faltan

fuerzas a mí para buscar la muerte!

(Sale).

Acto IV

Escena I

[Celda de fray Lorenzo.]

(Entran fray Lorenzo *y el* conde Paris *).*

F. Lorenzo:

¿Es el jueves, señor? ¡Hay poco tiempo!

Paris:

Mi padre Capuleto lo ha fijado

y no tengo por qué calmar su prisa.

F. Lorenzo:

¡Y aún no sabes lo que piensa ella!

Esto es irregular, y no me gusta.

Paris:

Llora y llora la muerte de Tybaldo,

por eso apenas si le hablé de amor.

Venus no ríe en la mansión del llanto.

¡Señor, su padre juzga peligroso

que Julieta se entregue al sufrimiento

y sabiamente apresuró la boda

para que así se acaben estas lágrimas!

¡Se ha encerrado en su pena, solitaria,

tal vez la sanará mi compañía!

Ya sabes el motivo del apremio.

F. Lorenzo *(aparte)***:**

¡Y también de por qué debe aplazarse!

¡Aquí llega a mi celda la muchacha!

Paris:

¡Feliz encuentro, mi señora esposa!

Julieta:

Llámame así cuando yo sea esposa.

Paris:

¡Ese «yo sea» será el jueves próximo!

Julieta:

¡Lo que ha de ser, será!

F. Lorenzo:

¡Buena sentencia!

Paris:

¿Vienes a confesarte con el padre?

Julieta:

¡Responder eso es como confesarme!

Paris:

No le niegues que tú me amas a mí.

Julieta:

Te confesaré a ti que lo amo a él.

Paris:

Y también le dirás que a mí me amas.

Julieta:

Si lo hiciera sería más valiosa

mi confesión cuando no estás presente.

Paris:

¡Pobrecilla, se ve cómo las lágrimas

han causado perjuicios en tu cara!

Julieta:

¡Pequeño ha sido el daño que le han hecho,

ya estaba mal antes de que corrieran!

Paris:

¡Lo que has dicho es más duro que las lágrimas!

Julieta:

No es calumnia, y he dicho la verdad.

Lo que he dicho a mi cara se lo dije.

Paris:

¡Tu cara es mía! ¡Tú la calumniaste!

Julieta:

¡Podría ser, pues no me pertenece!

Padre, ¿dime si ahora tienes tiempo

o si debo volver después de misa?

F. Lorenzo:

¡Mi pensativa niña, tengo tiempo!

Señor, déjanos solos un momento.

Paris:

¡No quiero perturbar las devociones!

Iré de madrugada a despertarte,

Julieta, el jueves. Hasta entonces, pues,

guarda este santo beso.

(Sale).

Julieta:

¡Por favor

cierra esa puerta y cuando lo hayas hecho

ven a llorar conmigo! ¡Para mí

no hay auxilio, esperanza, ni consuelo!

F. Lorenzo:

¡Julieta, ya conozco tu dolor

que ya sobrepasó mi entendimiento!

Sé que el próximo jueves, sin remedio,

debes casarte con el conde Paris.

Julieta:

¡Padre, no me hables de este matrimonio;

si no me dices tú cómo impedirlo,

si tu sabiduría no me ayuda,

admite que mi decisión es sabia

y con este puñal voy a cumplirla!

{[Muestra un puñal.]

Dios me unió el corazón al de Romeo, tú

las manos; antes que ésta, que sellaste a la de él,

se transforme en el sello de otra acta contractual,

o mi fiel corazón en traidora revuelta

vire hacia otro, esto mismo los matará a los dos.

De manera que extrae de tu edad experiente

algún consejo rápido que darme, o si no, mira,
entre yo y mis penurias este puñal sangriento
ha de actuar como juez, arbitrando el asunto
al que la autoridad de tus años y tu arte
no es capaz de llevar a un resultado honroso.}
No tardes en hablar, quiero morir
si no me salvas con lo que me digas.

F. Lorenzo:

Calma, hija mía. ¡Existe una esperanza!
¡Para esta situación desesperada
una desesperada solución!
Si en verdad te dispones a morir
antes que desposarte con el conde,
tal vez será posible que te atrevas
a simular la muerte; de este modo
desafiarás la muerte con la muerte.
Si tú te atreves te daré el remedio.

Julieta:

¡Antes de dar mi mano al conde Paris
me dejaré caer de las almenas
de aquella torre! ¡Yo atravesaría
los caminos plagados de ladrones,
me metería en nidos de serpientes!
{Dime que me encadene junto a rugientes osos,
o que pase escondida la noche en una bóveda,

desbordada de huesos tableteantes de muertos,

con peronés hediondos y cráneos sin mandíbula;

o dime que entre en una fosa recién cavada

y que me esconda junto con un muerto en su tumba

—cosas que, sólo oyéndolas, me han hecho estremecer—, y lo haré sin temor ni duda, si así vivo

como esposa sin mancha de mi querido amor.}

F. Lorenzo:

Ándate a casa ahora, que te vean

contenta, acepta desposar a Paris;

es miércoles mañana; por la noche

quédate sola y cuando estés en cama

bebe el licor de este pequeño frasco,

sentirás que la sangre soñolienta

se enfriará de súbito en tus venas,

se detendrá el latido de tu pulso.

¡Como estarás helada y sin aliento

tu apariencia será la de una muerta!

{Las rosas de tus labios y rostro han de esfumarse

en ceniza, el visillo de tus ojos caerá

como la muerte al día de la vida clausura;

cada parte, privada de flexible gobierno,

tiesa, rígida y fría va a semejar la muerte.}

Después del simulacro de la muerte,

que cuarenta y dos horas durará,

despertarás como de un dulce sueño.
¡Así es que cuando el novio, en la mañana,
te venga a despertar, te hallará muerta!
Entonces, a la usanza del país,
te vestirán con las mejores galas
y serás transportada al mausoleo
donde sepultan a los Capuleto.
Yo advertiré a Romeo, mientras tanto.
Juntos esperaremos que despiertes.
De allí Romeo ha de llevarte a Mantua.
{Y eso va a liberarte de esta vergüenza actual,
si ninguna inconstancia ni miedo mujeril
abate tu valor al momento de hacerlo}.

Julieta:

¡Dame ese elixir, dámelo sin miedo!

F. Lorenzo:

¡Tómalo! ¡Ándate pronto! ¡Y tu propósito
cumple con decisión y con firmeza!
En este mismo instante saldrá un monje
que llevará una carta a tu marido.

Julieta:

¡Dame tu fuerza, amor, y tendré fuerzas
para salvarme! ¡Padre mío, adiós!

(Sale{n por separado}.)

Escena II

[Sala en la casa de Capuleto.]

(Entran Capuleto *, la* señora Capuleto *, el* ama *y dos* sirvientes *).*

Capuleto:

¡Ésta es la lista de los invitados!

(Sale un sirviente *).*

¡Sal a buscarme veinte cocineros!

Sirviente 2.º:

No habrá ninguno malo, señor, porque averiguaré primero si saben chuparse la punta de los dedos.

Capuleto:

¿Y para qué averiguas eso?

Sirviente 2.º:

¡Válgame Dios, señor! ¡No es cocinero el que no sabe chuparse los dedos! ¡Por lo tanto, el que no se chupa los dedos, no me conviene!

Capuleto:

Bueno, ¡vete!

(Sale el sirviente *).*

¡Por esta vez nos faltan provisiones!

Bueno, ¿mi hija está con fray Lorenzo?

Ama:

Sí, por cierto.

Capuleto:

¡Ojalá que cambie un poco!

¡Es tan porfiada y terca esta muchacha!

{Ama:}[18]

¡Se ha confesado, qué risueña viene!

(Entra Julieta *).*

{Capuleto:}

¿Cómo estás, mi pequeña testaruda?

¿Por dónde andabas?

Julieta:

Donde me enseñaron

a arrepentirme de mi rebeldía

y a pedirte perdón, arrodillada.

Así me lo aconsejó fray Lorenzo.

¡Te suplico perdón! ¡Y desde ahora

me dejaré guiar sólo por ti!

(Se arrodilla).

Capuleto *(a un* sirviente *)***:**

¡Vete a buscar al conde! ¡Cuéntale esto!

¡Se hará mañana el nudo del enlace!

Julieta:

Vi al joven conde donde fray Lorenzo,

le ofrecí tanto amor como podía

sin pasar las barreras del recato.

Capuleto:

¡Levántate! ¡Muy bien! ¡Estoy contento!

Todo va bien. Ahora veré al conde.

¡Repito! ¡Quiero verlo! ¡Que lo traigan!

¡Juro ante Dios que al fraile reverendo

toda nuestra ciudad le debe mucho!

Julieta:

¿Quieres venir conmigo hasta mi cámara,

ama, y buscar conmigo el atavío

que necesitaré para mañana?

Sra. Capuleto:

¡No queda mucho tiempo para el jueves!

{Capuleto:}[19]

¡Anda con ella! ¡Y mañana, a la iglesia!

(Salen Julieta *y el* ama *).*

{Sra. Capuleto:}

No queda tiempo para prepararnos.

¡Ya es de noche!

Capuleto:

¡Me ocuparé de todo!

Y todo andará bien. ¡Te lo aseguro!

Ve con Julieta. Ayúdala a vestirse.

Yo no me acostaré. Déjame solo.

Por esta vez haré de ama de casa.

¡Ah! ¿Qué ocurre? ¿Ya se han marchado todos?

Yo mismo iré a buscar al conde Paris

y lo prepararé para mañana.

¡Me ha quitado un gran peso de mi pecho el ver que entró en razón la testaruda!

{(Salen).}

Escena III

[Aposento de Julieta.]

(Entran Julieta *y el* ama *).*

Julieta:

¡Sí, ama, ese vestido es el mejor,

pero te ruego que me dejes sola!

Necesito hacer muchas oraciones,

¡pedir al cielo que me favorezca!

¡Tú sabes mi aflicción y mis pecados!

(Entra la señora Capuleto *).*

Sra, Capuleto:

¿Puedo ayudarte? ¿Estás muy ocupada?

Julieta:

No, señora. Ya hemos escogido

los atavíos de la ceremonia.

¡Te ruego ahora que me dejes sola,

y que el ama esta noche te acompañe,

porque con el apremio que tenemos

se necesitarán todas las manos!

Sra. Capuleto:

¡Entonces, buenas noches, y reposa,

que falta te hace!

(Salen la señora Capuleto *y el* ama *).*

Julieta:

¡Adiós! ¡Adiós, entonces!

¡Sólo Dios sabe cuándo nos veremos!

¡Siento que un miedo frío me recorre
helando casi el fuego de la vida!
Quiero llamarlos para que me ayuden.
¡Ama! Pero ¿de qué me serviría?
Debo estar sola en esta amarga escena.
¡Ésta es la droga!
¿Y si esta pócima no me hace efecto?
¿Tendría que casarme en la mañana?
No. ¡Esto lo impedirá! ¡Quédate aquí!
(Saca la daga {y la deja sobre el lecho}.)
{¿Y si esto es un veneno que en realidad el fraile
sutilmente me dio para tenerme muerta,
por miedo a que esta boda lo deje deshonrado,
puesto que antes él mismo me casó con Romeo?
Temo que sí; y no obstante me parece que no,
pues él ha demostrado ser siempre un hombre santo.}
¿Y si despierto cuando esté en la tumba
antes de la llegada de Romeo
que vendrá a libertarme? ¡Qué terrible!
¿Quedaré sofocada en el sepulcro
por cuya horrible boca no entra el aire
y moriré asfixiada antes que llegue?
¿Y si estoy viva, no se juntarán
el horror de la muerte y de la noche
en ese sitio, para torturarme?

En esa bóveda se amontonaron

los huesos de los míos hace siglos,

y ahora Tybaldo, aún ensangrentado,

comienza a corromperse en su mortaja. {Allí dicen

que en horas de la noche se congregan espíritus…

Ay, ay, ay, ¿no es probable que yo, si me despierto

a esas horas, lo que con olores inmundos, y gritos como de una mandrágora arrancada[20], que enloquecen a todo mortal que los escucha…,

ah, si despierto no voy a perder el juicio,

circundada por todos esos miedos horribles,

y a jugar como loca con los huesos de ancestros,

y a sacarle al ajado Tybaldo la mortaja,

y en tal furor, con huesos de algún viejo pariente,

como con una masa romper mis pobres sesos?}

¡Ah, aquí está! ¡Es el espectro de mi primo

persiguiendo a Romeo, cuya espada

atravesó su cuerpo! ¡No, Tybaldo!

¡Detente! ¡Voy! ¡Estoy aquí, Romeo!

Por ti bebo esta droga, mi Romeo.

(Cae en su lecho dentro de las cortinas).

Escena IV

[Sala en casa de los Capuleto.]

(Entran la señora Capuleto *y el* ama *).*

Sra. Capuleto:

¡Ama, toma las llaves! ¡Saca especias!

¡Me están pidiendo dátiles, membrillos!

(Entra el viejo Capuleto *).*

Capuleto:

¡Avivarse! ¡Avivarse! ¡Cantó el gallo

dos veces ya, sonaron las campanas!

¡Buena Angélica, cuida los pasteles!

¡No importa el gasto!

Ama:

¡Váyase a la cama

el pinche de cocina! ¡Estará enfermo

mañana, por pasar la noche en vela!

Capuleto:

¡Pasé la noche en vela muchas veces

por mucho menos, sin que me enfermara!

Sra. Capuleto:

¡Sí, lo recuerdo, eras tan mujeriego!

¡Pero ahora espiaré tus trasnochadas!

{(Salen la señora *y el* ama *).}*

Capuleto:

¡Celosa, estás celosa!

(Entran tres o cuatro sirvientes *, con leña, canastos y asadores).*

¿A ver, muchacho, qué es lo que tú traes?

Sirviente 1.º:

¡No sé lo que es! Es para el cocinero.

Capuleto:

¡De prisa, más de prisa!

(Sale el sirviente *).*

A ver, tú, pícaro,

pregunta a Pedro dónde hay leña seca.

Sirviente 2.º:

¡Con mi cabeza encontraré la leña!

¿Para qué usar la cabeza de Pedro?

Capuleto:

¡Qué bien dicho! ¡Chistoso este tunante!

Desde ahora te llamas «Palo Seco».

(Sale el sirviente 2.º *).*

¡Caramba, ya es de día! ¡Ya es la hora!

¡Ya va a llegar el conde con la música!

(Se oye la música).

¡Ya se oye! ¡Ama! ¡Mujer! ¡Ama! ¡No tarden!

(Entra el ama *).*

¡Ve y despierta a Julieta! ¡Y engalánala!

¡Yo voy a ver a Paris! ¡Más de prisa!

¡Más de prisa! ¡El novio ya está aquí!

¡Más de prisa, les digo!

(Sale).

Escena V

[Aposento de Julieta. Julieta *sobre su lecho.]*

(El ama *{va hacia el lecho}.)*

Ama:

¡Señorita! ¡Julieta! ¡Señorita!

¡Dormida como un tronco! ¡Señorita!

¡Pichona mía! ¡Dormilona! ¡Vamos!

¡Señora novia! ¡Corazón! ¡Levántate!

¿Cómo, ni una palabra? ¡Ni por ésas!

¡Duérmete una semana, por ahora;

el conde Paris ya se decidió

a que en lo sucesivo duermas poco!

¡Yo debo despertarla! Señorita,

deja que el conde te lleve a su cama,

¿te asustarás, verdad? ¿No te parece?

{(Descorre las cortinas del lecho).}

¿Cómo vestida, con tu ropa puesta?

¡A toda costa debo despertarte!

¡Julieta! ¡Señorita! ¡Señorita!

¡Ay, socorro! ¡Está muerta! ¡Auxilio! ¡Vengan!

¡No quisiera jamás haber nacido!

{¡Aguardiente, aquí, traigan! ¡Mi señor! ¡Mi señora!

(Entra la señora Capuleto *).*

Sra. Capuleto:

Eh, ¿qué ruidos son ésos?

Ama:

¡Ay, día lamentable!

Sra. Capuleto:

¿Qué es lo que ocurre?

Ama:

¡Mire, mire aquí! ¡Ay, día aciago!

Sra. Capuleto:

¡Ay de mí, ay, ay de mí! ¡Mi niña, vida mía!

¡Revive, abre los ojos, o moriré contigo!

¡Ayuda! ¡Pide ayuda!

(Entra Capuleto *).*

Capuleto:

Por pudor, a Julieta traigan. Vino su esposo.

Ama:

Ha muerto, está difunta. ¡Se ha muerto, ay de este día!

Sra. Capuleto:

¡Ay de este día, ha muerto, se ha muerto, se murió!

Capuleto:

¡Cómo! Déjenme verla. Pero, ¡ay!, qué fría está;

su sangre no circula, sus miembros están rígidos,

la vida y estos labios hace tiempo están lejos.

La muerte le cayó como súbita escarcha

sobre la flor más tierna de toda la pradera.

Ama:

¡Ay, día lamentable!

Sra. Capuleto:

¡Qué hora más dolorosa!

Capuleto:

La muerte la llevó para hacerme gemir

y me ha atado la lengua, no me permite hablar.

(Entran fray Lorenzo *y el* conde Paris *con músicos).*

F. Lorenzo:

¿Está lista la novia ya para ir a la iglesia?

Capuleto:

Esta lista para ir, para no volver nunca.

Ay, hijo, la noche antes del día de tu boda

la Muerte se acostó con tu esposa. Aquí yace,

una flor como fue, desflorada por ella.

Es mi yerno la Muerte, la Muerte mi heredero;

a mi hija ha desposado. Y ahora quiero morir

y dejárselo todo; vida, riquezas, todo.

Paris:

¿Tanto he esperado ver el rostro de este día,

y me otorga al final una vista como ésta?

Sra. Capuleto:

¡Maldito, desgraciado, mísero, odioso día!

¡La hora más desdichada que haya observado el

[tiempo

en la eterna labor de su peregrinaje!

¡Sólo una, una pobre, una pobre y amada niña,

una sola criatura para gozo y solaz,

y de mi vista la ha robado la cruel Muerte!

Ama:

¡Qué dolor! ¡Qué dolor! ¡Qué día doloroso!

¡Día más lamentable, día más doloroso que el que jamás, jamás, yo aún haya contemplado!

¡Oh día, oh día, oh día! ¡Qué día más odioso!

Jamás se ha visto un día tan negro como es éste.

¡Qué día doloroso, qué día doloroso!

Paris:

¡Burlado, divorciado, dejado, asesinado!

¡Ah, Muerte detestable, te has burlado de mí,

qué cruel, con qué crueldad me has derribado tú!

¡Amor! ¡Vida! ¡No vida, sino amor en la muerte!

Capuleto:

¡Despreciado, angustiado, martirizado, muerto!

Hora desconsolada, ¿por qué tú vienes ahora

a matar, a matar nuestra solemnidad?

¡Ay, hija! ¡Ay, hija mía! ¡Mi alma, ay, y no más mi hija!

¡Muerta estás! ¡Muerta estás! ¡Ay de mí, mi hija ha

[muerto,

y junto a mi hija está mi alegría enterrada!

F. Lorenzo:

¡Silencio, qué vergüenza! La cura del dolor

no está en estos dolores. Tenía el cielo parte

de esta hermosa doncella, y ahora la tiene toda,

y para la doncella tanto mejor está.

Su parte no pudisteis preservar de la muerte;

el cielo sí la suya para la vida eterna.

Lo que más procurasteis fue que ella se elevara,

puesto que vuestro cielo fue verla enaltecida;

¿y ahora lloráis al ver que ella está enaltecida

más allá las nubes, tan alto como el cielo?

Con ese amor amáis a la niña tan mal

que os volvéis ahora locos al ver que ella está bien.

La casada que vive largo tiempo casada

no está mejor casada que la que muere joven.

Secaos ya las lágrimas y adheridle el romero[21]

a este bello cadáver, y, según la costumbre,

y en sus mejores galas, llevadlo hasta la iglesia.

Si la naturaleza nos induce al lamento,

sus lágrimas le causan a la razón contento.

Capuleto:

Todo lo que ordenamos para un gran festival

va a pasar a servir al negro funeral:

serán los instrumentos campanas melancólicas;

el ánimo de bodas, un triste festín fúnebre;

nuestros himnos solemnes, lastimeras endechas;

nuestras flores nupciales, para un cuerpo enterrado; cada una de las cosas cambiará por lo opuesto.

F. Lorenzo:

Señor, vaya usted dentro; vaya con él, señora;

vaya usted, señor Paris. A prepararse todos

para ir junto a este bello cadáver a su tumba.

Os frunce el ceño el cielo por alguna maldad;

no lo irritéis obrando contra su voluntad.

(Salen. Permanece el ama *con los músicos).*

Músico 1.º:

Podríamos guardar los instrumentos e irnos.

Ama:

¡Buenos muchachos, ah, podéis guardar, guardadlos!

Pues bien sabéis que éste es un tema lamentable.

(Sale).

Músico 1.º:

Sí, sin dudas, habría que componer el tema[22].

(Entra Pedro *).*

Pedro:

Músicos, ah, músicos, «Consuelo del corazón», «Consuelo del corazón».
Ah, si queréis que yo viva, tocad «Consuelo del corazón».

Músico 1.º:

¿Por qué «Consuelo del corazón»?

Pedro:

Ah, músicos, porque mi propio corazón toca «Se hartó mi corazón»[23].
Ah, tocadme alguna endecha alegre para consolarme.

Músico 1.º:

Ni una endecha nosotros. No es éste momento de tocar.

Pedro:

¿No queréis, entonces?

Músico 1.º:

No.

Pedro:

Entonces yo os voy a dar sonoramente[24].

Músico 1.º:

¿Qué nos vas a dar?

Pedro:

No dinero, sin duda, sino el chasco; os voy a dar el título de juglares vagabundos.

Músico 1.º:

Entonces yo te voy a dar el de sirviente.

Pedro:

Entonces yo voy a descargar el puñal del sirviente en tu mollera. Ya verás cómo vas a cantar. Te voy a refasolar, te voy a dar la nota[25].

Músico 1.º:

Si tú me refasolas, soy yo el que te va a dar la nota.

Músico 2.º:

Por favor, envainad el puñal y desenvainad el ingenio.

Pedro:

¡Entonces vais a recibir de mi ingenio! Os voy a coser con un ingenio de acero, y me voy a envainar el puñal de acero. Respondedme como hombres:

«Si fuertes aflicciones lastima el corazón,

y dolientes descargas tiraniza la mente,

allí entonces la música con su plateado son…»[26]

¿Por qué «plateado son»? ¿Por qué «música con su plateado son? ¿Qué dice usted, Simón Tripacuerda?

Músico 1.º:

Caray, señor, porque la plata tiene un sonido dulce.

Pedro:

¡Muy bonito! ¿Qué dice usted, Hugo Trescuerdas?

Músico 2.º:

Digo que «plateado son» es porque los músicos suenan por plata.

Pedro:

¡Muy bonito también! ¿Qué dice usted, Santiago Clavija?

Músico 3.º:

La verdad, no sé qué decir.

Pedro:

Ah, imploro su clemencia, usted es el cantor. Voy a decirlo yo por usted. Es

«música con su plateado son» porque los músicos no obtienen nada de oro por sonar:

«allí entonces la música con su plateado son

brinda reparación con su ayuda eficiente».

(Sale).

Músico 1.º:

¡Qué truhán más apestoso!

Músico 2.º:

¡Que lo cuelguen, Juan Nadie! Vamos, esperemos aquí a los dolientes, y nos quedamos a comer.

(Salen).}

Acto V

Escena I

[Una calle en Mantua.]

(Entra Romeo *).*

Romeo:

Si hay verdad en los sueños que he tenido,
un presagio feliz me adelantaron.
¡Mi corazón tranquilo está en su trono
y todo el día un entusiasmo insólito
me levanta del suelo y me estremece!
Tuve un extraño sueño: ¡Estaba muerto
y soñé que mi esposa me encontraba,
tanta vida me daba con sus besos
que reviví sintiéndome monarca!
¡Si es capaz de crear tanta alegría
sólo la sombra del amor, qué dulce
será la posesión del ser amado!
(Entra Baltazar *, sirviente de* Romeo *).*
¿Qué hay, Baltazar? ¿Noticias de Verona?
¿Fray Lorenzo me manda alguna carta?
¿Mi esposa, cómo está? ¿Qué tal mi padre?
¿Cómo está mi Julieta? ¡Lo repito
porque nada está mal si ella está bien!

Baltazar:

{Entonces está bien, nada puede estar mal.}
Yace en la cripta de los Capuleto
y vuela entre los ángeles su alma.
Yo mismo vi cuando la sepultaban
en el panteón de sus antepasados.

De inmediato partí para decírtelo.
Perdona si te doy malas noticias,
cumplo con la misión que me confiaste[27].

Romeo:

Si es así, desafío a las estrellas.
Tú sabes dónde vivo. Necesito
papel y tinta. Alquila los caballos.
¡Parto esta misma noche hacia Verona!

Baltazar:

¡Ten paciencia, señor, te lo suplico!
¡Estás tan pálido y desencajado
que se lee en tu rostro la desgracia!

Romeo:

¡No te equivocas! ¡Haz lo que te digo!
¿No traes para mí cartas del monje?

Baltazar:

No, mi señor.

Romeo:

¡No importa! ¡Vete ahora,
alquila esos caballos! ¡Yo te sigo!
(Sale Baltazar *).*
¡Contigo dormiré esta misma noche,
Julieta! ¡Buscaremos la manera!
¡Con qué velocidad, astucia, llegas
a la cabeza de un desesperado!

Hace poco, recuerdo, un boticario
vivía por aquí. Tan flaco estaba
que parecía que sus mismos huesos
los había roído la miseria.
{En su indigente tienda colgaba una tortuga,
y también un lagarto disecado, otras pieles
de pescados deformes; y sobre los estantes
un mísero conjunto de cajitas vacías,
potes de arcilla verdes y semillas con moho,
restos de hilo de atar, viejos panes de rosas,
ralamente esparcido para dar impresión.}
Mirando esta pobreza yo me dije:
«Si alguien quiere comprar algún veneno,
cuya venta es penada con la muerte,
este pobre hombre se lo vendería».
¡Anticipé lo que necesitaba:
y este mismo infeliz debe vendérmelo!
{Si no recuerdo mal, ésta ha de ser la casa.
El mendigo ha cerrado su tienda porque es fiesta.
¡Hola, hola! ¡Boticario!
(Entra el boticario *).*

Boticario:

¿Quién llama así a los gritos?

Romeo:

Ven, hombre, ven aquí. Veo que eres muy pobre.

Ten, cuarenta ducados. Permíteme obtener

un poco de veneno, cosa de efecto rápido

que se esparza por todas las venas de tal modo

que un harto de la vida lo tome y caiga muerto,

y que todo el aliento del tronco se descargue

con la misma violencia que la encendida pólvora

empuja desde el vientre del funesto cañón.

Boticario:

De esas drogas mortales yo tengo, pero en Mantua tenemos ley de muerte para quien las expenda.

Romeo:

¿Tan harapiento y lleno de miseria estás tú,

y temes aún morir? Hay hambre en tus mejillas,

carencia y opresión en tus ojos famélicos,

mendicidad, desdén colgando de tu espalda.

El mundo no es tu amigo, ni lo es la ley del mundo;

no hay en el mundo ley que pueda hacerte rico.

No seas pobre, entonces; infríngela y toma esto.

Boticario:

Mi pobreza mas no mi voluntad consiente.

Romeo:

Le pago a tu pobreza, pues, no a tu voluntad.

Boticario:

Ponga esto en cualquier líquido que elija a voluntad y bébaselo todo, que aun de tener la fuerza

de veinte hombres, con esto moriría al instante.

Romeo:

Ten tu oro, peor veneno para el alma del hombre,
motivo de más muertes en este mundo odioso
que estos pobres compuestos que no puedes vender.
Soy yo el que a ti te vende veneno, no tú a mí.
Adiós. Compra comida, que en carnes te haga entrar.
Ven, cordial, no veneno, ven conmigo al baluarte
de la tumba en que está Julieta; allí he de usarte.}[28]

(Salen por separado).}

Escena II

[Celda de fray Lorenzo, en Verona.]

(Entra fray Juan *).*

F. Juan:

¡Hermano! ¡Fraile franciscano! ¡Eeeh!

(Entra fray Lorenzo *).*

F. Lorenzo:

¿No es la voz de fray Juan ésta que oigo?
¿Llegas de Mantua? ¿Cómo está Romeo?
¡O bien, si me escribió, dame su carta!

F. Juan:

Para seguir a Mantua en compañía,
me fui a buscar a un hermano descalzo,
uno de nuestra Orden, que se hallaba
aquí en Verona, visitando enfermos.
Al dar con él, los guardias sospecharon

que estábamos los dos en una casa
ya contagiada por la peste negra.
¡Y procedieron a sellar las puertas!
¡De allí ya no pudimos salir más!
¡Y así se terminó mi viaje a Mantua!

F. Lorenzo:

¿Quién llevó, entonces, mi carta a Romeo?

F. Juan:

¡No la pude mandar! ¡Aquí la tengo!
Tanto miedo tenían de la peste
que no pude mandársela con nadie.

F. Lorenzo:

¡Qué suerte desdichada, Santo Padre!
No era una carta frívola, era grave,
de tremenda importancia. ¡Si se atrasa
puede causar inmensas desventuras!
¡Fray Juan, corre a buscarme una palanca
y tráela a mi celda de inmediato!

F. Juan:

¡Corro a buscarla, hermano, y te la traigo!
{(Sale).}

F. Lorenzo:

Ahora debo ir solo hasta la tumba;
de aquí a tres horas la hermosa Julieta
ya se habrá despertado. Y cuando sepa

que Romeo no sabe nuestros planes
va a descargar en mí sus maldiciones.
Por eso a Mantua escribiré otra vez
y aquí en mi celda esconderé a Julieta
hasta el regreso de Romeo.
¡Pobre muerta viviente en una tumba!
{(Sale)}.

Escena III

[Mausoleo de los Capuleto.]

(Entra Paris *con su* paje *y una antorcha).*

Paris:

¡Muchacho, vete, y déjame la antorcha!
¡Más bien, apágala, que no me vean!
Recuéstate debajo de esos pinos,
pon tu oído en el suelo removido
para que nadie pise el cementerio
sin que lo escuches. Si alguien se aproxima,
dame un silbido. ¡Déjame las flores!
¡Ándate ahora… y haz lo que te mando!

Paje *(aparte)***:**

¡Pobre de mí! ¡Tiritando de miedo
y tener que quedarme entre las tumbas!
{(Se esconde).}

Paris:

¡Oh dulce flor! ¡Voy a cubrir con flores

este lecho nupcial en donde yaces!

¡Ay, tu dosel es sólo polvo y piedra!

¡Todas las noches regaré estas flores

con agua dulce o con el llanto mío!

¡Llanto nocturno y flores en tu cripta,

éstas son las exequias que te ofrezco!

(Se oye un silbido del paje *).*

¡Me avisa el paje que alguien se aproxima!

¿Qué pies malditos llegan esta noche

a interrumpir el rito del amor?

¿Y qué? ¿Con una antorcha? ¡Con tu manto

oh noche, escóndeme por un momento!

{(Se esconde).}

(Entran Romeo *y* Baltazar *con una antorcha, un azadón y una palanca de fierro).*

Romeo:

¡Pásame el azadón y la palanca!

¡Toma esta carta! Mañana temprano

la entregarás a mi señor y padre.

¡Dame la luz! ¡Te advierto, por tu vida,

que oigas lo que oigas, veas lo que veas,

bribón, no se te ocurra interrumpirme!

¡Voy a bajar a este lecho de muerte,

no sólo a ver el rostro de mi amada,

sino a sacar desde su dedo muerto

una sortija para mí preciosa!
Ándate ahora. ¡Pero si volvieras
a mirar lo que pienso hacer después,
voy a descuartizarte, te lo juro!
{¡Y a sembrar con tus trozos el camposanto
[hambriento!
La ocasión y mis planes son de un cruel salvajismo,
más feroces y lejos mucho más implacables
que los tigres famélicos y que el rugiente mar.}

Baltazar:

¡Me voy, señor, no te molestaré!

Romeo:

¡Así me probarás tu afecto! ¡Toma!
(Le da una bolsa).
¡Vive feliz! ¡Adiós, buen compañero!

Baltazar *(aparte)***:**

Voy a esconderme por aquí. Sus ojos
me dan miedo. ¿Qué se propone hacer?
{(Se esconde).}

Romeo:

¡Entraña de la muerte, boca horrible,
te obligaré a comer, aunque te hartaste
con la carne más pura de la tierra!
¡Voy a abrir tus mandíbulas podridas!
(Abre la tumba).

Paris:

Éste es el desterrado de Verona,
el soberbio Montesco, el asesino
del primo de mi amada —y, según dicen,
este dolor fue el que mató a Julieta—.
¡Y aquí ha venido a profanar los muertos!
¡Es oprobioso! ¡Debo detenerlo!
(Se adelanta).
¡Alto! ¡Suspende tu trabajo infame,
sacrílego Montesco! ¡La venganza
más allá de la muerte no es posible!
¡Bandido condenado, te detengo!
¡Debes morir! ¡Ven conmigo! ¡Obedece!

Romeo:

¡Me dices la verdad! ¡Debo morir!
¡Para eso he venido, buen muchacho!
¡No desafíes a un desesperado!
¡Sé bueno, huye de aquí, déjame solo,
yo quiero que te asustes de estos muertos!
¡No agregues otra culpa a mis pecados
desesperándome y enfureciéndome!
¡Por Dios! ¡Ándate pronto! ¡Yo te juro!
¡Te quiero más de lo que yo me quiero
porque contra mí mismo estoy armado!
¡No te quedes, camina! ¡Vive y cuenta

que un loco permitió que te escaparas!

Paris:

¡Y bien, yo desafío tu mandato

y te detengo como criminal!

Romeo:

¿Me provocas? ¡Defiéndete, muchacho!

(Se baten).

Paje:

¡Voy a buscar los guardias! ¡Se pelean!

(Sale).

Paris:

¡Me muero!

(Cae).

¡Por piedad, abre la tumba

y colócame al lado de Julieta!

(Muere).

Romeo:

¡Lo haré! ¡Te juro! ¡Voy a ver de cerca tu cara! ¡Es el pariente de Mercucio!

¡El noble conde Paris! ¡Decía algo

mi sirviente en el viaje, cabalgando,

que mi alma confundida no escuchaba!

Creo que me decía que Julieta

debía desposar al conde Paris.

¿No es esto lo que dijo? ¿Lo he soñado?

¿O estoy loco y oyendo hablar de ella
pensé tal cosa? ¡Oh, dame tu mano,
se escribieron unidos nuestros nombres
en el libro fatal de la desdicha!
¡Yo te daré un sepulcro victorioso!
¿Un sepulcro? ¡No, un faro, joven muerto!
¡Porque donde Julieta está enterrada
convertirá el sepulcro su belleza
en un salón de fiesta luminoso!
(Lo coloca en la tumba).
¡Descansa, muerte! ¡Un muerto te ha enterrado!
¡Dicen que a punto de morir el hombre
siente un último instante de alegría;
es esto lo que el enfermero llama
el relámpago antes de la muerte!
¿Puedo llamar a esto mi relámpago?
¡Amor mío, mi esposa, ya la muerte
secó la miel de tu respiración,
pero aún no domina tu belleza!
¡Aún no te conquista! ¡El estandarte
de la belleza muestra su escarlata
aún en tus mejillas y en tus labios!
No ha llegado a tu rostro todavía
la pálida bandera de la muerte.
¿Oh, Tybaldo, respóndeme, eres tú,

dormido en tu sudario ensangrentado?
¡Qué otro favor pudiera hacerte a ti sino que con la mano que cortó
tu juventud en flor, cortar la vida
del que hasta entonces fuera tu enemigo!
¡Primo mío, perdóname! Ah, Julieta,
¿por qué sigues tan bella? ¡Estoy pensando
que tal vez te ama la inasible muerte!
Y que este monstruo te ha escondido aquí
y en esta oscuridad seas su amante.
Me quedaré contigo todavía
por miedo de esto, y ya no saldré más
de este palacio de la noche oscura.
¡Aquí me quedaré con los gusanos
que son tus servidores! ¡Fijaré
aquí la eternidad de mi descanso
y libraré a mi pobre cuerpo hastiado
del maligno poder de las estrellas!
¡Ojos, dadle la última mirada!
¡Brazos míos, llegó el último abrazo!
¡Labios, sellad con este beso puro
un pacto eterno con la muerte ansiosa!
¡Amargo conductor, piloto ciego,
áspero guía, lanza de una vez
contra las duras rocas tu navío,
que ya estaba cansado de los mares!

¡Amor mío, salud!

(Bebe).

¡Buen boticario,

es rápido el veneno y mi agonía

termina con la muerte y con un beso!

(Muere, Entra fray Lorenzo *con un farol, una palanca y un azadón).*

F. Lorenzo:

¡San Francisco me valga! ¡Cuántas veces

mis viejos pies erraron tropezando

por las tumbas! ¿Quién anda por ahí?

Baltazar:

Soy yo. ¡Un amigo que os conoce bien!

F. Lorenzo:

¡Bendito seas! Dime, buen amigo,

¿qué antorcha es ésa que pretende en vano

iluminar las calaveras ciegas

y los gusanos? Me parece ver

que arde en la cripta de los Capuleto.

Baltazar:

Padre, es así. Y allí está mi señor.

¡Uno que amáis!

F. Lorenzo:

¿Y quién es él?

Baltazar:

¡Romeo!

F. Lorenzo:

¿Desde cuándo está allí?

Baltazar:

¡Una media hora!

F. Lorenzo:

¡Ven conmigo al sepulcro!

Baltazar:

¡No me atrevo!

¡No sabe mi señor que estoy aquí!

Me amenazó de muerte si seguía

por aquí vigilando sus afanes.

F. Lorenzo:

¡Quédate aquí! Iré solo. ¡Tengo miedo

de que algo muy grave haya pasado!

Baltazar:

¡Yo me dormí debajo de aquel pino

y soñé que peleaba mi señor

con otro caballero y lo mataba!

F. Lorenzo *(avanzando)***:**

¡Romeo!

¿Y estas manchas de sangre que han teñido

los umbrales de piedra de la cripta?

¿Y estas armas caídas y sangrientas,

qué hacen en este reino de la paz?

(Entra a la tumba).

¿Es Romeo, y qué pálido, y el otro?
¡Paris también! ¡Y están ensangrentados!
¿Qué hora espantosa trajo esta desgracia?
¡Julieta se ha movido!
(Julieta *se despierta).*

Julieta:

Padre de los consuelos, dime: ¿dónde
está mi esposo? Yo recuerdo bien
la cita. ¡Y aquí estoy! ¿Y mi Romeo?
(Ruido adentro).

F. Lorenzo:

¡Oigo un ruido! Salgamos de este sitio
de muerte, podredumbre y falso sueño.
¡Una fuerza más alta que nosotros
malogró nuestras buenas intenciones! {Vayámonos.}
¡Tu esposo ha muerto! ¡Míralo a tu lado!
{Y también Paris. Vamos, te voy a colocar
dentro de una hermandad de santas monjas.
No hagas ahora cuestiones, porque viene la guardia.}
¡Vamos, dulce Julieta.
(Se oyen otros ruidos).
¡No me atrevo
a quedarme! ¡Salgamos! ¡Ven conmigo!
(Sale).

Julieta:

¡Vete de aquí! ¡Yo no me moveré!

¿Qué es esto? ¡Es una copa aún apretada

en la mano ya fría de mi amor!

¡Ah, fue veneno el que causó su muerte!

¿Por qué te lo bebiste todo, ingrato,

sin dejar una gota para mí?

¡Voy a besarte para que tus labios

si han guardado una gota de veneno

me maten con el beso que te doy!

(Lo besa).

¡Están tibios tus labios todavía!

Guardia 1.º *(desde adentro)***:**

Guíame tú, muchacho. ¿Por qué lado?

Julieta:

¡Oigo un ruido! ¡Me queda poco tiempo!

¡Oh, querido puñal!

(Toma la daga de Romeo).

¡Ésta es tu vaina!

¡Aquí te quedarás! ¡Dame la muerte!

(Se hiere. Cae sobre el cuerpo de Romeo *y muere. Entran la ronda y el* paje *de Paris).*

Paje:

¡Allí es! ¡Donde la antorcha está encendida!

Guardia 1.º:

¡Aquí hay sangre en el suelo! ¡Hay que apresar

a todo el que ande por el cementerio!

(Salen algunos guardias *).*

{¡Triste vista! Aquí yace, y asesinado, el conde,

y Julieta sangrando, caliente, recién muerta,

que había aquí yacido dos días sepultada.}

¡Busquen al príncipe, a los Capuleto,

despierten en seguida a los Montesco!

(Salen otros guardias *).*

{Vemos la base donde yacen ahora estos males,

pero cuál fue la base de estos males penosos

no podemos sin más detalles discernirlo.

(Vuelven a entrar algunos guardias *, con* Baltazar *).*

Guardia 2.º:

El criado de Romeo. Lo hallé en el camposanto.

Guardia 1.º:

Hasta que llegue el príncipe mantenedlo en custodia.

(Entran fray Lorenzo *y otro* guardia *).*

Guardia 3.º:

Aquí hay fraile que suspira llora y tiembla.

A él le quitamos esta pala y este azadón

cuando venía de este lugar del camposanto.

Guardia 1.º:

Sospechoso. También al fraile detenedlo.

(Entra el príncipe *con acompañantes).*

Príncipe:

¿Cuál es la desventura que tan de madrugada

quita a nuestra persona descanso matinal?

(Entran Capuleto *y su* esposa *).*

Capuleto:

¿Qué será eso que gritan así por todas partes?

Sra. Capuleto:

Ah, la gente en la calle va clamando

«Romeo», otros «Julieta» y otros «Paris», y corren todos con abiertos clamores hacia nuestro panteón.

Príncipe:

¿Qué miedo es este que nos alarma el oído?

Guardia 1.º:

Soberano, aquí yace matado el conde Paris, también Romeo muerto, Julieta, antes difunta,

caliente y recién muerta.

Príncipe:

Buscad y descubrid cómo fue esta matanza.

Guardia 1.º:

Aquí hay un fraile y un sirviente de Romeo,

que iban con herramientas útiles para abrir

las tumbas de estos muertos.

Capuleto:

¡Cielos! ¡Esposa, mira cómo sangra nuestra hija!

¡Ah, fíjate, esta daga cometió algún error:

vacío está en la espalda de Montesco su hogar

y se ha envainado mal en el pecho de mi hija!

Sra. Capuleto:

¡Ay de mí! Es esta vista de muerte una campana
que advierte a mi vejez acerca del sepulcro.
(Entra Montesco *).*

Príncipe:

Ven, Montesco, que te has levantado temprano
a ver a tu heredero caído más temprano.

Montesco:

Ay, señor, mi mujer esta noche murió;
el exilio de mi hijo la dejó sin aliento.
¿Qué otra aflicción conspira contra mi ancianidad

Príncipe:

Mira y verás tú mismo.

Montesco:

¡Oh, tú, maleducado! ¿Qué modales son ésos
de precipitarte antes que tu padre a una tumba?

Príncipe:

Sella por un momento la boca del reclamo,
hasta tanto aclaremos estas ambigüedades
y sepamos su origen, su verdadera herencia;
y entonces yo seré jefe de la aflicción
y os guiaré a la muerte. Por ahora conteneos,
y sea la desgracia sierva de la paciencia.
Que vengan ante mí las partes sospechosas.

F. Lorenzo:

Yo soy la principal, menos capaz de hacerlo
pero el más sospechado, porque la hora y el sitio
declaran en mi contra sobre esta cruel matanza;
y aquí estoy, con el fin de acusarme y librarme
de lo que me condena mas con lo que me excusa.

Príncipe:

Di entonces de una vez lo que de esto conoces.

F. Lorenzo:

Seré breve; lo poco que me queda de aliento
no es tan largo como es un tedioso relato.
Romeo, aquí difunto, fue esposo de Julieta,
y ella, a quien veis difunta, fiel mujer de Romeo.
Yo los casé, y el día de su boda furtiva
fue el final de Tybaldo, cuya temprana muerte
desterró al recién hecho novio de esta ciudad,
por quien, no por Tybaldo, Julieta suspiraba.
Usted, para sacarla de ese ataque de pena,
la prometió y la quiso por la fuerza casar
con este conde Paris. Vino ella a verme entonces, y me pidió turbada que encontrara algún medio
para librarla de ese segundo matrimonio,
o dentro de mi celda, si no, ella iba a matarse.
Le di entonces —según mi arte me aleccionaba—
un brebaje somnífero, que tal efecto tuvo
como yo pretendía, porque en ella labró

la forma de la muerte. Le escribí allí a Romeo
que debía venir aquí esta noche aciaga
a ayudar a sacarla de su prestada tumba,
porque a esa hora cesaba la fuerza del brebaje.
Pero aquel que llevaba mi carta, el fraile Juan,
tardó por accidente, y en la noche de ayer
me devolvió la carta. Yo, a la hora establecida
de que ella despertase, me vine solo para
sacarla de la cripta de sus antepasados,
pensando en ocultarla con sigilo en mi celda
hasta el momento propio para enviar por Romeo.
Pero al llegar, algún minuto antes de la hora
en que ella despertase, vi prematuramente
al noble conde Paris y al fiel Romeo muertos.
Despierta ella, y rogué que saliera de allí
y soportase esta obra del cielo con paciencia.
Pero entonces un ruido me hizo irme de la tumba,
y ella, desesperada, no quiso acompañarme,
sino, según parece, cometerse violencia.
Es todo lo que sé, y en cuanto al matrimonio,
está al corriente su ama. Si en esto alguna cosa
salió mal por mi culpa, pues que mi anciana vida
sea sacrificada poco antes de su tiempo
bajo todo el rigor de la ley más severa.

Príncipe:

Siempre te hemos tenido por un santo varón.
¿Y el criado de Romeo? ¿Qué puede él decir de esto?

Baltazar:

Yo anuncié a mi señor la muerte de Julieta,
y entonces él se vino de Mantua por la posta
a este mismo lugar, a este mismo panteón.
Esta carta pidió que le diera a su padre,
e, ingresando en la cripta, me amenazó de muerte
si yo no me marchaba dejándolo allí solo.

Príncipe:

Entrégame esa carta; quiero verla yo mismo.
Bien, ¿y el paje del conde, que convocó a la ronda?
Di, señorito, ¿qué hizo tu amo en este lugar?

Paje:

Vino a cubrir de flores la tumba de su dama,
y pidió que guardase distancia, y es lo que hice.
Enseguida viene alguien con luz a abrir la tumba,
y al punto mi señor desenvainó contra él,
y allí salí a llamar a la ronda corriendo.

Príncipe:

Esta carta hace buenas las palabras del fraile,
el curso del amor, las nuevas de ella muerta;
incluso aquí él escribe que le compró un veneno
a un boticario pobre, y así con eso vino
a esta cripta a morir y yacer con Julieta.}[29]

¿Y ahora dónde están los enemigos?
¡Qué maldición, Montesco, Capuleto,
ha caído en el odio qué sembrasteis!
¡Porque el cielo dispuso que el amor
fuera el que aniquiló vuestra alegría!
¡Y yo por tolerar vuestras discordias
he debido perder a dos parientes!
¡El castigo ha caído sobre todos!

Capuleto:

¡Montesco, ésta es la dote de mi hija:
hermano mío, estréchame la mano,
ya no tengo otra cosa que pedirte!

Montesco:

Pero yo puedo darte mucho más.
Levantaré en recuerdo de Julieta
su estatua construida de oro puro.
¡No habrá imagen más bella y venerada
como la de la pura y fiel Julieta
mientras dure la vida de Verona!

Capuleto:

¡Con igual esplendor haré a Romeo
otra, junto a la estatua de su esposa!
¡Ay, pobres víctimas del odio nuestro!

Príncipe:

En la paz enlutada de este día

el doloroso sol no se levanta.

Salgamos de este sitio para hablar

de estos amargos acontecimientos.

De los que del rencor participaron

unos tendrán perdón y otros castigo.

Jamás se oyó una historia tan doliente

como ésta de Julieta y su Romeo.

{(Salen).}

Notas

[1] Estos «pregones» no provienen del texto inglés sino que son creación de P.

Neruda. (N. de P. I.) <<

[2] El cantante, su canción y los dos versos iniciales de Capuleto son creación de Neruda, a modo de remplazo de la intervención de los sirvientes que él suprime; las acotaciones de entrada y salida del cantante son un agregado de esta edición.

(N. de P. I.) <<

[3] Acotación ideada por P. Neruda; en el original no hay cantante, y la única cortina que había en el teatro isabelino era la que cubría el pequeño escenario posterior, empleado para las llamadas «escenas de descubrimiento». (N. de P. I.) <<

[4] Nuevamente aquí el cantante y su canción son creación de P. Neruda, aunque en este caso el agregado no remplaza ninguna supresión. (N. de P. I.) <<

[5] Acotación de P. Neruda; según el texto inglés: «Julieta se retira». (N. de P. I.) <<

[6] Este pasaje final fue reordenado de acuerdo con el texto inglés; allí los cuatro versos que van de «Ha nacido…» a «te conozco» están constituidos por dos pareados rimados, de donde: «Es una rima…»; para que la falta de esa rima se diluya, P. Neruda traslada «¿Qué hablabas niña? / ¡Es una rima…» al final; por último, el verso y medio «¡Oh, sobrehumano… /… enemigo» son creación de P.

Neruda sin correlato en el texto inglés. (N. de P. I.) <<

[7] Según la traducción de P. Neruda: «si alcanza el matrimonio que me pides». (N.

de P. I.) <<

[8] P. Neruda traduce aproximadamente los términos italianos relativos a la esgrima:

«pasada», «La punta reversa», «El ay»; aquí han sido restituidos porque, caso contrario, no se advertiría el sentido de los dos parlamentos siguientes, que él omite. (N. de P. I.) <<

[9] El juego de palabras en inglés es con *bones*, «huesos», que suena parecido al francés *bons*, «buenos». <<

[10] Lista de célebres enamoradas míticas o históricas y literarias: Laura, a quien el poeta Petrarca dirigió sus poemas de amor; Dido, reina de Cartago que se suicidó al ser abandonada por Eneas; Helena, cuyo rapto por parte del troyano Paris dio origen a la guerra de Troya; Hero, amada de Leandro, y Tisbe, amada de Píramo, las dos últimas con fin trágico no muy distinto del que tendrán los protagonistas de esta obra. (N. de P. I.) <<

[11] Según la traducción de P. Neruda: «¿No sabías»; «¿No entiendes?» alude al chiste que Mercucio acaba de hacerle a Romeo, y que se extenderá a continuación en el pasaje omitido por Neruda, plagado de juegos de palabras, en buena parte con doble sentido obsceno. <<

[12] P. Neruda asigna esta frase de Romeo a Mercucio, y la siguiente de Mercucio a Benvolio. <<

[13] Febo: Apolo, aquí igualado con Helio, dios sol, que por las noches va a dormir en el oeste.

Faetón: hijo de Helio, quien le concedió por un día conducir su carro; incapaz de dominar los caballos, el joven fue abatido por Zeus.

El resto de este parlamento está algo resumido y adaptado por P. Neruda. (N. de P.

I.) <<

[14] Según la traducción de P. Neruda, «contra el dolor, aun en el destierro». <<

[15] P. Neruda sigue aquí una enmienda; en la segunda edición en cuarto, continua hablando el ama. (N. de P. I.) <<

[16] En la traducción de P. Neruda, este parlamento termina: «que no quiero casarme todavía». (N. de P. I.) <<

[17] Los ocho versos que concluyen aquí son resumidos por P. Neruda del siguiente modo: «¿Sigue el diluvio? ¡Tu pequeño cuerpo / es la nave, el océano y el viento /

al mismo tiempo! Vamos, mujer». (N. de P. I.) <<

[18] P. Neruda hace seguir hablando aquí a Capuleto. (N. de P. I.) <<

[19] P. Neruda hace seguir hablando aquí a la señora Capuleto. <<

[20] Se creía que la raíz de la mandrágora remedaba la forma humana, y que al ser arrancada de la tierra emitía un chillido. La sintaxis descoyuntada de esta frase es propia del estado de exaltación en que se halla Julieta. (N. de P. I.) <<

[21] «Romero»: símbolo de inmortalidad y de amor perdurable, por ende empleado tanto en los funerales como en las bodas. (N. de P. I.) <<

[22] «Tema / tema»: el juego de palabras en inglés con *case*, que significa «caso» y

«estuche». (N. de P. I.) <<

[23] Se trata de dos baladas populares de la época, *Heart's ease* y *My heart is full*.

(N. de P. I.) <<

[24] «Sonoramente»: *soundly*, forma adverbial de *sound*, «sólido, firme» y

«sonido». (N. de P. I.) <<

[25] «Refasolar»: *re* y *fa*, las dos notas musicales transformadas en verbos. «Te voy a dar la nota»: *Do you note me?* , «¿me atendéis?» y «¿me ponéis en música?». (N.

de P. I.) <<

[26] Pasaje de una canción de R. Edward. Sendas aliteraciones al inicio de los dos primeros versos (en *f* y en *d* respectivamente) remedan las del original. (N. de P. I.)

<<

[27] Además de omitir el verso inicial de este parlamento, P. Neruda ubica los dos últimos al principio. (N. de P. I.) <<

[28] P. Neruda resume este pasaje en tres versos: «Como aquí puedo comprar mi muerte / ya con mi propia muerte bien pagada / correré hasta la tumba de Julieta».

(N. de P. I.) <<

[29] En lugar de este extenso pasaje, P. Neruda comienza aquí un «Epílogo» con este parlamento del príncipe, que se abre con seis versos que resumen lo omitido:

«Doy fe al triste relato que me hicieran / el buen fraile Lorenzo y los testigos. / Ya me enteré de todo. En esta fosa / por fin descansan los enamorados. / Ellos sólo buscaron el amor, / el odio ajeno los llevó a la muerte». (N. de P. I.) <<

Document Outline

- Romeo y Julieta
- Introducción
- Nota sobre la traducción
- Romeo y Julieta
  - Personajes
  - Prólogo
  - Acto I
    - Escena I
    - Escena II
    - Escena III
    - Escena IV
    - Escena V
  - Acto II
    - Escena I
    - Escena II
    - Escena III
    - Escena IV
    - Escena V
    - Escena VI
  - Acto III
    - Escena I
    - Escena II
    - Escena III

        - Escena IV
        - Escena V
    - Acto IV
        - Escena I
        - Escena II
        - Escena III
        - Escena IV
        - Escena V
    - Acto V
        - Escena I
        - Escena II
        - Escena III
- Notas